VINO a Molestar



Rich Amooi

VINO a *Molestar*

VINO A MOLESTAR

Derechos de Autor
Copyright 2026 © Rich Amooi
www.richamooi.com

Si esta historia no es lo tuyo, bebe un poco de vino y relájate. Recuerda que este libro es una obra de ficción. De veras. Las referencias a personas reales, cruasanes de chocolate, guindillas, empresas, muertos, restaurantes, vides, eventos, productos, abdominales marcados, servicios, mascarillas de barro, negocios, abuelas entrometidas, corporaciones, camisetas manchadas, el pisado de la uva, organizaciones o lugares tienen como único fin aportar una sensación de autenticidad y se utilizan de forma ficticia. Los personajes, nombres, historias, lugares, incidentes y diálogos provienen de la inigualable imaginación del autor y no deben interpretarse como reales. Advertencia: aunque no está demostrado científicamente ni está inspirado en un hecho real, este libro puede ser un afrodisíaco.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, grabada, o distribuida en formato impreso o electrónico sin el permiso del autor.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Agradecimientos
Acerca del autor

A Maché.
Por su amistad y generosidad.

Capítulo Uno

Ted

—Necesito que hagas algo de lo que probablemente te arrepentirás —dijo la abuela Loretta tras entrar y acercarse a mí en la sala de catas de la bodega Perro Bailón. Llevaba una bolsa de uno de mis sitios favoritos, Le Paris, una pastelería y cafetería francesa de Napa, California—. Sé lo que es mejor para la familia, así que no te pongas a darle mil vueltas como haces siempre.

Exageraba, por supuesto.

Yo me consideraba más curioso que analítico.

Era una maldición o una bendición, según a quién le preguntaras.

«Yo no le doy mil vueltas a las cosas».

Mientras examinaba la bolsa de Le Paris que la abuela Loretta había dejado sobre el mostrador, me pregunté cuántos bollos habría dentro. Dependería de cómo los hubiera colocado el dependiente: o bien unos encima de otros, o bien de canto, uno al lado del otro. También tendría que tener en cuenta el tipo de bollo que había comprado la abuela.

Que conste que ni mi amor por esos manjares dulces ni mi capacidad para comérmelos todos de una sentada se verían afectados por la forma en que estuvieran empaquetados.

La verdad es que los devoraría incluso si alguien los hubiera aplastado accidentalmente con un mazo y los hubiera metido en la

bolsa de un puñado.

—Ya veo cómo funcionan las ruedecitas de esa cabezota tuya —dijo la abuela Loretta—. Estás intentando averiguar cuántos bollos hay en la bolsa.

«Has acertado de pura chorra».

—Ni siquiera sabes lo que he traído, así que buena suerte adivinando —añadió sonriendo.

Me rugieron las tripas.

—¿Pastel de queso crema y frambuesa?

La abuela Loretta negó con la cabeza.

—¿Caracolas? —dije.

Ella me dedicó un «no» con la cabeza y dijo:

—Ni te acercas.

Arqueé una ceja y adiviné otra vez:

—¿Cruasanes de chocolate?

La abuela Loretta asintió y sonrió.

—Ese es mi chico.

«*Tres*».

Había exactamente tres dentro de la bolsa.

No pude más y me abalancé sobre ellos.

—No tan deprisa. —La abuela Loretta me arrebató la bolsa antes de que pudiera echarle mano—. Primero tenemos que hablar.

Señalé la bolsa con el dedo y dije:

—Entrégamela y nadie saldrá herido.

—Teddy…

—Es cruel ponerme la miel en los labios de esa manera —dije—. ¿Y por qué has venido hasta Napa?

—Tenía cita con el médico.

—¿Qué médico?

La abuela Loretta sacudió la cabeza, frustrada.

—¿Puedes concentrarte un minuto? Te he dicho que necesito que hagas algo por mí.

—Ese día estaré ocupado. —Evité mirarla a los ojos porque tenía una mirada capaz de hacer que me hincara de rodillas.

Se cruzó de brazos y me preguntó:

—¿Qué día?

—Todos, desde ahora hasta la eternidad. —Incapaz de aguantar la risa, me eché a reír—. Vale. ¿Qué quieres que haga esta vez? ¿Atracar un banco?

A la abuela Loretta se le pusieron los ojos como platos y respondió:

—Pues te has quedado bastante cerca, la verdad.

Mi abuela era la mujer más maravillosa que conocía, con un genio de mil demonios, más lista que el hambre y alguien que siempre decía lo que pensaba. La quería con locura, pero, al mismo tiempo, algunas de las ideas que surgían de su cabeza de setenta y cinco años con el pelo azul me daban un susto de muerte.

Me crucé de brazos y dije:

—Desembucha, ya.

—Tienes que ir a Napa y robar una vid —dijo.

—¿Perdona? —Menos mal que no tenía la boca llena de café. Solté una carcajada, pero me detuve cuando vi que la abuela Loretta no se reía conmigo—. ¿Hablas en serio?

Asintió.

—No es que yo vaya a robar algo en mi vida, así que ¿por qué me lo pides a mí?

—Soy tu abuela —dijo con su característico tono impasible—. No necesito un motivo.

—¿Y pensabas que sobornarme con un cruasán de chocolate funcionaría?

—Tres cruasanes de chocolate.

«Lo sabía».

La abuela Loretta por fin se apiadó de mí y empujó la bolsa hacia mí en la barra del bar:

—Tú come. Yo hablo.

—Acepto esas reglas. —Saqué el primer cruasán de chocolate de la bolsa y le di un mordisco.

—A la Bodega Luna Roja no le va muy bien —dijo la abuela Loretta.

Asentí mientras masticaba y dije con la boca algo llena:

—Eso se veía venir a la legua.

—Bueno, entonces ya sabes que las grandes cadenas hoteleras intentarán hacerse con esa propiedad y convertirla en un complejo turístico. Hilton, Marriott, Hyatt… Seguro que a todos se les hace la boca agua solo de pensarlo. O eso, o se los comerá vivos otra bodega. En cualquier caso, a menos que les caiga un milagro del cielo, tendrán que vender la finca. Sería una verdadera pena.

—Porque la historia se repetiría. —Le di otro bocado al cruasán, apenado por Iris Dobbs, la propietaria de la bodega Luna Roja.

Mi familia había sido dueña de esa bodega hacía tres generaciones, pero mi bisabuelo (el padre de la abuela Loretta) vendió la propiedad cuando tenía dificultades económicas.

Después de eso, nuestra familia dejó atrás el valle de Napa y Luna Roja antes de trasladarse a otra propiedad en Petaluma, a cuarenta minutos al oeste.

Fue entonces cuando nació la bodega Perro Bailón.

La familia agradeció poder sacar suficiente dinero de la venta para comprar otra cosa, aunque mucho más pequeña, pero fue casi como si nos hubieran echado del club de los VIP cuando nos fuimos de Napa.

Aun así, nuestro negocio iba como una máquina bien engrasada, y nunca nos oirías quejarnos.

Mi hermano mayor, Alex, y yo nos habíamos hecho cargo de la bodega que nos dejaron nuestros padres hacía cinco años, aunque a mamá y a papá todavía les gustaba echar una mano cuando no estaban viajando por el mundo.

Alex era un maniático del control, así que yo dejaba que él se encargara de las operaciones del día a día, las ventas y los empleados, mientras yo me centraba en el marketing y la producción del vino. Mis abuelos vivían en la finca conmigo (en su propia casa) y me encantaba tenerlos cerca. Sobre todo, cuando la abuela me mimaba o me sobornaba con dulces.

—¿Qué tienen que ver los problemas de Luna Roja con que yo me convierta en un ladrón y probablemente acabe en la cárcel? O sea, en serio, ¿te imaginas que intente meterme una vid en los pantalones? ¿O que la use de cinturón y rece para que nadie se dé

cuenta? No puedo hacer eso. ¿Has perdido la cabeza? —Le di el último bocado al primer cruasán de chocolate.

—Es muy posible, pero cuando Luna Roja desaparezca, también se irá nuestro legado familiar. Solo quiero que asegures un trozo de lo que es nuestro por derecho. Ve a buscar una de esas vides y plántala aquí. Dijiste que querías hacer una mezcla. Las uvas de ese viñedo son de otro mundo, así que ahora tienes la oportunidad de combinarlas con nuestras uvas.

Sentí una punzada en el corazón.

Imaginé lo que podría hacer con la combinación de las uvas del bisabuelo mezcladas con las mías, los tintos, blancos y rosados del viejo mundo encontrándose con los del nuevo.

Los vinos de ensamblaje, elaborados a partir de diferentes tipos de uvas o variedades, son muy populares últimamente. Llevaba tiempo queriendo encontrar uvas de calidad superior de otro viticultor para mezclarlas con las nuestras y crear lo que estaba seguro de que sería el mejor vino del mundo. Ya había pensado en combinar nuestras uvas con las de Luna Roja, pero había leído un artículo que decía que Iris Dobbs era una purista y solo quería trabajar con sus propias uvas.

No habría forma de que alguien así compartiera sus uvas, ni aunque supiera que procedían de mi familia.

Me lamí el chocolate del dedo y volví a mirar a mi abuela:

—¿Sabes cuánto tiempo se tardaría en adaptarse una vid aquí y obtener suficientes uvas de la cosecha como para hacer algo decente con ellas?

La abuela Loretta se llevó las manos a las caderas y dijo:

—Soy una mujer muy paciente.

Empezar de cero con un esqueje me costaría tres años de espera. En cambio, si lograba hacer un injerto en mis propias viñas, tendría cosecha el año que viene. Aunque eso era mucho pedir.

Me quedé helado, preguntándome qué le pasaba a mi cerebro.

Le estaba dando crédito a la loca idea de la abuela Loretta, y me estaba lanzando de cabeza, cuando no quería tener nada que ver con ello.

Reprendí a mi abuela con el dedo:

—Buen intento, el hacer que analice el proceso.

La abuela Loretta sonrió y dijo:

—No he sido yo. Es tu conciencia diciéndote que hagas lo correcto. Además, sé que harías una mezcla extraordinaria de la que hablaría todo el mundo. Merecería la pena esperar.

—Agradezco tu confianza en mis habilidades como enólogo. —Saqué una servilleta de la bolsa y me limpié la boca—. Y estoy de acuerdo en que la combinación de nuestras uvas podría producir algo muy especial, pero esa no es la manera de hacer las cosas. No estamos en el salvaje Oeste y yo no soy un ladrón.

—Oh, tonterías. Mira una película de Clint Eastwood y toma algunas notas. Le pillarás el truco en poco tiempo.

—Tengo una idea mejor… Llamaré a Iris y se lo pediré directamente.

Parecía que yo era el único que hablaba con sensatez.

De ninguna manera robaría una vid.

No quería ir a la cárcel.

Además, el naranja de la cárcel me sentaría fatal.

La abuela Loretta se rio.

—Claro, y seguro que Iris saldrá corriendo a su viñedo, cortará la vid más grande que encuentre con sus tijeras de podar y te la enviará felizmente por paquetería urgente, sin coste alguno.

Negué con la cabeza y dije:

—No estoy hablando de conseguir una vid, abuela. Estoy hablando de asociarme con ella o, al menos, de ofrecerme a comprarle sus uvas a un precio razonable. Es una negociación comercial directa, simple y llanamente. Soy un gran estratega, ya lo sabes. —Le guiñé un ojo a mi abuela—. Pan comido.

Las bodegas se vendían uvas unas a otras todo el tiempo. No se trata de pedir algo extravagante o inaudito. Era un intercambio comercial, ni más ni menos.

Abrí mi portátil, busqué la página web de Luna Roja, hice clic en el enlace y me quedé ojiplático ante la monstruosidad que estaba viendo.

—¿Qué? —La abuela Loretta se dio cuenta de mi cara de espanto.

—Su página web… —Negué con la cabeza, incrédulo, mientras navegaba por la página de inicio de Luna Roja, esperando una eternidad a que cargara—. Estoy bastante seguro de que la crearon cuando los dinosaurios campaban a sus anchas por la Tierra.

Mi abuela esbozó una sonrisa de suficiencia.

—A lo mejor la diseñó tu abuelo.

—¡Te he oído! —gritó el abuelo Bill desde el almacén al otro lado de la barra.

Navegué por la web, negando con la cabeza.

—Todo está desorganizado y anticuado. La velocidad de carga es horrible, hay archivos sin comprimir y mejor ni hablemos del estilo noventero del HTML.

—¿Tengo que contratar a un traductor para esta conversación? —preguntó la abuela Loretta.

Navegué un poco y me detuve en la página «Quiénes somos». Había una foto de Iris de pie frente a una de las enormes barricas de roble de su cueva. Llevaba un vestido de cóctel negro y sostenía una copa de vino tinto.

Señalé la foto y dije:

—O sea, mira esto. Las imágenes no están optimizadas y son poco favorecedoras. Ni siquiera se le ve la cara de lo mala que es la iluminación. Por lo que se ve, podría ser un hombre.

La abuela Loretta rodeó la barra y se puso a mi lado, echando un vistazo a la pantalla del ordenador.

—Esa mujer tiene unas piernas que le llegan hasta el cuello.

—¿Y tú cómo lo sabes, si ni siquiera se le ve el cuello?

—Bueno, también veo más claro que el agua que no lleva anillo en el dedo *del «sí, quiero»*. En eso es en lo único en lo que un hombre soltero y atractivo como tú debería fijarse.

—Irrelevante. —Le eché un vistazo a la mano de Iris, que sostenía la copa de vino.

Efectivamente, no llevaba anillo.

Cerré la página en cuanto me di cuenta de que me había quedado mirándole las piernas. Era difícil no fijarse en ellas, por muy mala que fuera la calidad de la imagen.

—Te he visto —dijo la abuela Loretta.

—Tienes vista de halcón. Puedes ver una presa a kilómetros de distancia.

La abuela Loretta sonrió con orgullo y luego chasqueó los dedos.

—Hablando de eso, esta es una oportunidad de oro para que mates dos pájaros de un tiro. Roba la vid y róbale el corazón a esa mujer.

—No me interesa la mujer sin cabeza, pero voy a llamarla para hablar de negocios. —Saqué el móvil para llamar al número que aparecía en la página web—. Déjame que te enseñe cómo se hacen las cosas.

Mi abuela sonrió con sorna y dijo:

—Pon el teléfono en manos libres. Esto promete.

No tenía ni idea de por qué creía que la llamada iba a ser divertida, pero lo puse en manos libres y dejé el móvil sobre la barra, entre mi abuela y yo.

—Bodega Luna Roja —contestó la mujer al segundo tono—. Le atiende Iris.

—Hola, Iris. Soy Ted Jacobs, de la bodega Perro Bailón, en Petaluma. Nuestra familia fue la propietaria de tus terrenos hace muchísimos años.

—Hola, Ted —dijo Iris—. Sé quién eres. ¿En qué puedo ayudarte?

Por supuesto que sabía quiénes eran los antiguos propietarios de sus terrenos, aunque fuera mucho antes de su generación. Parecía que estaba ocupada, así que lo mejor era ir directamente al grano.

—Llamo para preguntarte sobre la posible compra de tus uvas...

—Lo siento —dijo Iris—. No están a la venta.

Me quedé mirando el móvil, sorprendido por la rapidez con la que me había dado calabazas.

Quizá estuviera abierta a una colaboración, pero comprar las uvas directamente era una transacción mucho más limpia que los tecnicismos legales de asociarse con alguien. Desde luego, no iba a rendirme tan fácilmente.

Sobre todo, porque mi abuela tenía esa expresión de «te lo dije» en la cara.

—En realidad no necesitamos muchas uvas —dije—. Pon el precio.

Se echó a reír y respondió:

—Sin ánimo de ofender, pero hemos tenido ofertas de Robert Mondavi, E & J Gallo y Sutter Home. Aunque tus bolsillos estén tan llenos como los suyos, cosa que dudo, la respuesta sigue siendo no.

Fue bastante presuntuoso por su parte pensar que no tenía millones de dólares en el banco, aunque tuviera razón. Aun así, no tenía sentido que Iris rechazara a nadie si andaba mal de dinero.

Tendría que probar con otro enfoque.

—¿Qué te parece una colaboración? —dije.

—No, gracias.

—Tengo una idea genial de mezclar dos variedades de uvas para crear un...

Iris volvió a reírse, lo cual era adorable e irritante al mismo tiempo.

—No hago vinos ensamblados y de verdad que tengo que volver al trabajo. Gracias por la llamada.

—Muy bien, pero antes de que te vayas, deberías saber que tienes algunos problemas serios con tu página web. —Decidí ayudar a Iris, aunque ella no fuera a ayudarme a mí.

Sería mi buena obra del día.

Más tarde me agradecería que se lo hubiera mencionado.

—¿Qué le pasa a mi página web? —preguntó Iris.

—De todo. Es una bomba de relojería.

—Es obvio que estás exagerando.

—Lo digo en serio. ¿Quién la ha hecho? ¿Un niño de diez años?

Mi abuela hizo una mueca por alguna razón.

—La he hecho *yo* —dijo Iris.

¿Cuántas veces en mi vida había metido la pata? ¿Mil? ¿Dos mil?

Dije la verdad. Aquella página web era, muy probablemente, solo una de las muchas razones por las que la bodega de Iris tenía dificultades económicas. Había que empezar por algún sitio si se querían arreglar las cosas.

—De verdad que necesitas hacer algunos cambios cuanto antes —dije—. Tienes errores de código más complicados que un manual de instrucciones en chino. Es solo cuestión de tiempo que la página se caiga. Ya tienes bastantes problemas con la bodega, ¿no crees?

Esta vez mi abuela negó con la cabeza.

Quizá no debería haber mencionado esa última parte.

—¿Quién te ha dicho que tengo problemas? —preguntó Iris.

«Vuelve a abrir la boca».

«Mete la pata».

Desde luego que no iba a vender a mi abuela por haberme dado la información, pero Iris no negó que tuviera problemas, así que era obvio que era verdad. Decidí que lo mejor era ignorar su pregunta por completo.

Señalé el ordenador y dije:

—Estoy mirando tu página web ahora mismo y...

—Creía que eras enólogo —dijo Iris.

—Lo soy.

—¿Y ahora también eres un experto en Internet y páginas web? ¿Qué será lo próximo? ¿Hacer magdalenas?

Mi abuela soltó una risita y dijo:

—Tiene carácter. Me gusta.

—¿Perdón? —dijo Iris.

—Nada. —Suspiré—. Mira, tengo tres títulos universitarios… Administración de Empresa, Marketing y Horticultura, con una especialización en Viticultura y Enología. Perfeccioné mis habilidades de diseño web durante las clases de Marketing y estoy perfectamente cualificado para darte consejos. No es por presumir ni nada.

—Pues desde luego que suena a que estás presumiendo —dijo Iris.

Otra risita de mi abuela.

—Es solo que comparto mis credenciales para que sepas que soy de fiar y que entiendas que sé de lo que hablo. Estaría encantado de darte algunos consejos empresariales para que vuelvas a encarrilar tu negocio, empezando por esa página web tuya. Y a cambio, si eres tan amable, podrías venderme algunas uvas a precio de mercado. No tienes nada que perder. De hecho, salimos ganando los dos.

Ella salía ganando, sin duda, pero a mí no me importaba en absoluto. Ayudar a su negocio sería fácil y lo único que tenía que

hacer era venderme unas uvas, lo que también le reportaría unos ingresos muy necesarios. Sería tonta si rechazara mi oferta.

—¿Y cómo sé que no te estás inventando esto de mi página web solo para que te venda unas uvas?

Me quedé mirando el teléfono.

—¿En serio? Solo intento ser amable.

—¿Esto es ser amable? ¡Ja! —exclamó Iris con una risa—. Más bien es de mala educación.

—Bueno, pues eres una cabezota. ¿Qué te parece?

Mi abuela se tapó la cara y negó con la cabeza.

Curiosamente, se hizo el silencio al otro lado del teléfono.

—¿Hola? —pregunté, mirando el móvil, que indicaba que la llamada había terminado—. Me ha colgado.

—Coser y cantar, ¿eh? —dijo mi abuela Loretta con sorna—. Más bien cosido a bofetadas.

Seguí mirando el teléfono y dije:

—No lo entiendo. ¡Le he ofrecido ayudarla gratis y, además, le he dicho que le compraría uvas, lo que le daría los ingresos que necesita desesperadamente! ¿Cómo ha podido rechazarlo?

—Pobre nieto mío. Siempre tienes el corazón en el sitio correcto, pero tus maneras son tan delicadas como un camión sin frenos con las cuatro ruedas pinchadas y cuesta abajo.

Me mofé de la idea.

—He sido sincero. ¿Qué más quiere la gente?

—Hay gente que no quiere oír la verdad —dijo la abuela Loretta.

—Hay gente que vive en la negación. —Me rasqué la cabeza, sopesando mi siguiente movimiento—. A lo mejor se cortó la llamada y no me colgó.

—Creo que el lado lógico de tu cerebro se ha perdido en la inmensidad del espacio.

—Bueno, pues… a lo mejor puedo arreglar las cosas con un correo electrónico e incluir algunos cuadros y gráficos que respalden mis conclusiones.

—¿Estás intentando que te mate? —La abuela Loretta negó con la cabeza—. A estas alturas solo se puede hacer una cosa.

Me crucé de brazos.

—No voy a robar la vid.

—¿Cómo puede alguien de tu generación ser tan carca? Cada día te pareces más a tu abuelo.

—¡Eso también lo he oído! —dijo el abuelo Bill entrando en la sala de catas con una caja de mi premiado pinot noir.

—¿Qué haces? —Corrí a quitarle la caja a mi abuelo y la dejé en el mostrador—. Se suponía que Alex la traería, abuelo. Déjanos a nosotros las cosas pesadas.

Desestimó mi comentario con un gesto.

—Tonterías. Soy más que capaz. Además, tu hermano está ocupado hablando por teléfono con tus padres. —El abuelo Bill desapareció de nuevo en el almacén.

Cogí la bolsa de Le Paris y saqué otro cruasán de chocolate, le di un mordisco, un poco alterado por el hecho de que Iris hubiera sido tan dura conmigo cuando yo solo intentaba ser amable.

La abuela Loretta señaló el cruasán de chocolate.

—¿No te sientes culpable comiéndote eso después de habérselo negado a tu pobre abuela?

Negué con la cabeza y di otro bocado.

—Qué va. Ni un poquito.

Resopló y dijo:

—¿Y si dejo este mundo antes de que plantes una vid de Luna Roja? ¿Cómo te sentirías? ¿Y si te dijera que estoy mortalmente enferma y que este es mi último deseo?

Estaba a punto de dar otro mordisco y me detuve.

—No te creo. Quiero ver un informe del médico.

Mi abuela resopló.

—Vale. Como quieras. Si tú no vas a Napa, iré yo.

—¿Tú? —Me eché a reír.

—Ya lo creo que sí, so listo.

—¿Y qué crees que diría el abuelo sobre eso?

—¡Bill! —gritó la abuela Loretta—. Me voy a Napa a robar una vid.

—¡Pásalo bien! —gritó el abuelo Bill a lo lejos.

Mi abuela sonrió con suficiencia.

—Eso responde a tu pregunta. ¿Quién sabe? A lo mejor me quedo unos días y me lo tomo como unas vacaciones. Alguien tiene que salvar el legado familiar y parece que voy a ser yo. —Atravesó la sala de catas, pasando junto a las pilas de barriles vacíos que había contra la pared, y salió por la puerta.

Negué con la cabeza y me reí, sabiendo que el único sitio al que iba era a casa a ponerse sus zapatos Skechers rosa para su paseo matutino con las chicas de su grupo de cartas.

Al menos eso era lo que yo pensaba.

Dos horas más tarde, mientras estaba en mi despacho, mi abuela me envió un mensaje.

Se había registrado en el Hostal Luna Roja, situado en la misma propiedad que el viñedo de Iris, y se iba a quedar toda la semana. Incluso me envió un selfi desde su habitación para demostrar que no mentía.

Me senté en mi escritorio, conmocionado, mirando su foto con la blusa rosa.

Mi hermano, Alex, entró.

—Acabo de confirmar una despedida de soltera de ocho personas que vendrán a las tres —dijo—. Quieren la sala privada.

Asentí, todavía pensando en mi abuela.

Alex chasqueó un dedo delante de mi cara.

—¿Todo bien?

—Sí —dije, sopesando mi siguiente movimiento, pero llegando a una conclusión con bastante rapidez—. Oye, ¿puedes encargarte del fuerte unos días?

—Claro. ¿Qué pasa?

Me volví hacia Alex y suspiré:

—Tengo que evitar que la abuela acabe en la cárcel.

Capítulo Dos

Iris

Mi hermana Mindy, embarazadísima, entró en mi despacho de Luna Roja después de volver de una cita con su ginecóloga.

—Ya estoy de vuelta —dijo.

—Hola… —Mantuve la vista fija en la pantalla del ordenador, intentando decidir qué cambios hacer en la página web de la bodega, aunque me resultaba difícil concentrarme mientras mis pensamientos volvían a la llamada del arrogante Ted Jacobs.

—Esto es una bomba a punto de estallar —me dije para mis adentros—. Menudo montón de…

—¿Estás bien? —preguntó Mindy.

—¿Qué? —Levanté la vista del ordenador y suspiré—. Sinceramente, no entiendo por qué alguien que no me conoce me llama por teléfono para darme consejos que no le he pedido.

—Y yo no entiendo por qué sigues pensando en ello. Eso fue hace más de dos horas. —Mindy se sentó en la silla frente a mí—. Tienes que dejarlo ir o esas arrugas del entrecejo se te van a quedar para siempre.

Intenté relajar la cara.

—Estoy molesta, no enfadada.

Mindy se inclinó hacia delante en su silla y cogió la bola antiestrés de mi escritorio para apretarla.

—¿Y cuál es la diferencia?

Me lo pensé, dudando cómo responder, ya que no tenía ni idea.

—La ortografía.

Negó con la cabeza mientras dejaba la bola antiestrés en su sitio.

—Tu respuesta es ridícula.

—El ridículo es Ted Jacobs.

—Vale —dijo Mindy riendo—. Tienes que desahogarte para que no te arruine el día entero.

—Demasiado tarde. ¿Se puede ser más arrogante?

—He oído toda la conversación y no ha sido para tanto.

—Ha sido para más.

Mindy sonrió y dijo:

—No te va a gustar oír esto, pero algunos de sus consejos han dado en el clavo, ¿sabes?

Giré la cabeza bruscamente en su dirección.

—¿Te pones de su parte?

—Me pongo del lado de la verdad. Mira, ha dicho que la web era un desastre y resulta que estoy de acuerdo con él. Necesita mucho trabajo, y no quiero que suene a que has hecho un trabajo horrible, porque no es así. Es solo que… el diseño web no es tu fuerte. Tienes demasiadas cosas entre manos. Necesitas que un experto se encargue de cosas así para que puedas centrarte en lo demás.

Mindy tenía razón: crear y mantener páginas web no era mi fuerte, ni de lejos. Pero recurrir a expertos significaba gastar dinero, y yo estaba intentando mantener mis gastos al mínimo, solo por si acaso.

En cuanto a lo que Ted había dicho por teléfono, Luna Roja no estaba teniendo dificultades económicas, aunque las cosas andaban un poco justas.

Por suerte, teníamos suficientes ingresos para pagar las facturas, que era lo más importante. Claro que cualquier imprevisto o emergencia podría cambiar eso en un abrir y cerrar de ojos, pero, afortunadamente, las ventas por Internet mantenían la bodega a flote de momento.

—Y ese hombre es un enólogo galardonado —continuó Mindy—. Piénsalo, ¿por qué iba a ser tan mala idea asociarte con él? Su vino

es de otro mundo. —Se levantó y caminó de vuelta hacia la puerta —. Deberíamos tener más clientes aquí dentro.

Me levanté y rodeé mi escritorio, deteniéndome junto a Mindy para examinar la sala de catas. Era otro día tranquilo, con solo ocho personas degustando vino. Deberíamos tener el triple o incluso más.

Una mujer mayor con una blusa rosa y unos zapatos Skechers a juego entró sonriendo. Ojeó algunas de las fotos de la pared que documentan la historia de la bodega, que se remonta a casi cien años.

Me volví hacia mi hermana y dije:

—Ganar una medalla de oro en el concurso de *El Próximo Gran Vino* resolverá todos mis problemas.

El Próximo Gran Vino es un concurso para que las bodegas boutique presenten sus mejores vinos. La cata final se retransmite por televisión y este año iban a traer a un famoso crítico de vinos de Francia para elegir al ganador. El ganador de la medalla de oro del año pasado acabó teniendo uno de los vinos más vendidos en Estados Unidos durante los últimos doce meses.

—Por maravilloso que sea, no puedes poner todas tus esperanzas en ganar ese concurso —dijo Mindy—. Necesitas tener un plan B, y tienes que dejar de intentar hacerlo todo tú sola. No pasa nada por pedir ayuda o delegar.

Para Mindy era fácil decirlo.

Tenía una lista de tareas interminable y la última vez que alguien me ofreció ayuda, el hombre me engañó y casi lleva la empresa a la quiebra.

Lo peor es que fue mi marido.

Por suerte, ahora era mi exmarido.

—Pedir ayuda es lo que me metió en este lío en primer lugar — dije—. Además, te tengo a ti. —Sonreí y abracé a mi hermana.

Mindy se despegó un poco y su sonrisa se transformó en un ceño fruncido.

—No por mucho tiempo.

—No quiero ni pensar que me dejes. Todavía nos quedan seis semanas.

Me dedicó una mirada compasiva y se frotó la barriga.

—Voy a empezar a trabajar a tiempo parcial la semana que viene. El médico ha dicho que estar de pie todo el día sin mucho movimiento no es lo más saludable para mí en este momento.

Se me encogió el corazón.

La salud de Mindy era más importante que nada, por supuesto. Especialmente porque llevaba a mi futura sobrina. Sin duda, echaría de menos tenerla cerca, y no solo porque era mi hermana. Era mi mejor amiga.

Mindy me ayudó a superar el drama del divorcio y había sido una fuente constante de apoyo y ayuda en la bodega. Sabía que me iba a dejar pronto para convertirse en madre a tiempo completo, pero no esperaba que ocurriera tan rápido. Pensaba que tenía al menos otras seis semanas.

Volvió a fruncir el ceño.

—Lo siento, de veras. No sabía cómo decírtelo.

—¡No lo sientas! —La abracé de nuevo, no queriendo que se sintiera culpable—. No hay nada más importante que tu salud. Tienes que mantener a nuestro pequeño tesoro a salvo. —Le puse la mano en la barriga—. Pienso malcriarla hasta la saciedad, que lo sepas.

Mindy sonrió y dijo:

—Lo sé.

Una de mis empleadas de la sala de catas, Amber, se acercó y dijo:

—Hasta mañana.

—¿Hasta mañana? —le respondí sorprendida.

—¿Te acuerdas? Esta noche es la fiesta de cumpleaños sorpresa de mi tía y tengo que recoger la tarta y ayudar a decorar la casa antes de que llegue todo el mundo.

Cerré los ojos y me recriminé a mí misma por haberme olvidado por completo.

—Claro. Ve y pásalo bien.

—¡Gracias! —dijo Amber—. Nos vemos mañana.

Mindy observó a Amber alejarse y luego se volvió hacia mí.

—¿No has conseguido a nadie que la cubra?

—Se me había olvidado por completo —dije—. Parece que me tocará a mí.

—No… —Mindy me frotó la espalda—. Lo haré yo.

Negué con la cabeza.

—Puedes irte a casa, señora preñi.

—Deja de intentar librarte de mí. Al menos déjame terminar el día.

—De acuerdo —dije—. Puedes reponer las galletas saladas en la barra.

Mindy se rió y respondió:

—Alguien tiene que hacerlo.

Muchos de los visitantes comían galletas saladas entre la cata de los distintos vinos, ya que tienen un sabor extremadamente neutro para limpiar el paladar. Dicho esto, a algunas personas les gustaba mejorar la experiencia de la cata pidiendo algo del menú que fuera más sustancioso para picar.

Caminamos cogidas del brazo hacia la barra, sonriendo a la gente que degustaba vino.

Cogí una de las copas de vino usadas de la barra y la coloqué debajo del mostrador mientras la mujer mayor de las Skechers rosas se acercaba a la barra.

Sonreí.

—Bienvenida a Luna Roja.

—Gracias. —Se acercó más a la barra—. Tengo muchas ganas de probar el vino.

Cogí una copa limpia y la coloqué delante de ella, y luego saqué una botella de nuestro chardonnay.

—¿Es su primera vez aquí?

—En realidad, solía ser una habitual, pero eso fue hace ya mucho tiempo.

—Bueno, pues bienvenida de nuevo.

—Muchas gracias. Si no te importa, ¿podríamos centrarnos hoy solo en sus dos mejores vinos? Volveré para una cata completa, probablemente mañana.

—Sin ningún problema. —Dejé el chardonnay, cogí una botella de nuestro cabernet y le serví una muestra—. Este es nuestro cabernet

de reserva. Envejecido veintiséis meses en barricas de roble francés.

La mujer agitó el vino en la copa varias veces, luego metió la nariz profundamente en ella e inspiró, mirándome, pensativa.

—Mermelada de moras y… —Volvió a meter la nariz en la copa e inspiró—. Solo un ligero toque de nuez moscada.

—Vaya, es impresionante —dije.

Mindy se acercó e hizo un gesto hacia la mujer.

—Su nariz no se equivoca.

La mujer de los Skechers sonrió con orgullo.

—Tengo bastantes catas a mis espaldas.

Mindy se rió y le tendió la mano.

—Soy Mindy, por cierto. —Me señaló—. Esta es mi hermana, Iris. Es la dueña de la bodega.

—Soy Loretta. —Nos estrechó la mano y luego me mantuvo la mirada—. Encantada de conoceros a las dos. Vuestro local es una delicia y este cabernet es divino.

—Gracias —dije—. Este va a ser nuestro candidato para *El Próximo Gran Vino*.

Loretta sonrió y dijo:

—Las otras bodegas de ese concurso deberían estar temblando de miedo. Espero verla con esa medalla de oro al cuello.

—Es muy amable. Gracias. Yo también lo espero. ¿Está en la ciudad por el festival?

Loretta asintió.

—Y para catar un poco de vino. Me alojo al lado, en el Hostal Luna Roja.

—Entonces ha conocido a mis abuelos, Sherry y Howard.

—En efecto. Son dos personas maravillosas.

—Hablando de cosas maravillosas… —Mindy se inclinó hacia mí y miró hacia la puerta principal—. Parece que acaba de entrar tu futuro marido, Iris. Muy apañado, debo decir. Con suerte, estará soltero.

Negué con la cabeza, divertida por los constantes intentos de mi hermana por ayudarme a encontrar el amor de mi vida. No tenía ninguna prisa por volver a entregarle mi corazón a alguien. Un hombre entraría en mi vida cuando fuera el momento adecuado.

De momento, necesitaba concentrarme en ganar *El Próximo Gran Vino*.

Aun así, no haría daño echar un vistazo rápido al tipo.

Inspeccioné al hombre de la cabeza a los pies mientras se detenía a admirar la gigantesca chimenea de piedra que se extendía hasta el techo en el otro extremo de la sala de catas. Pasó los dedos por las suaves piedras de río, algo que yo hacía a todas horas.

El hombre era alto y delgado, llevaba vaqueros de diseño y tenía el pelo oscuro a juego con su camisa un poco desabrochada. Claro que era atractivo, supongo, pero no me gustó la forma en que se giró y se dirigió hacia la barra, con un aire demasiado seguro de sí mismo.

Mindy me dio un codazo en el brazo y susurró:

—Fíjate en ese contoneo.

Loretta escupió el resto de su vino y dejó la copa en la barra.

—En realidad es una cojera, no un contoneo.

Mindy y yo intercambiamos una mirada; probablemente ambas nos preguntábamos lo mismo.

¿Cómo sabía de quién estábamos hablando si estaba de espaldas a él?

El hombre se detuvo y cogió uno de los libros de vinos a la venta de la mesa de exposición del centro de la sala, ojeó unas cuantas páginas y lo volvió a dejar en su sitio.

—Nunca se recuperó del todo de su operación de rodilla después de aquel horrible incidente —añadió Loretta.

Arqueé una ceja.

—¿Está hablando del hombre que viene hacia aquí?

—Claro. He visto cómo os habéis animado las dos. Solo conozco a un hombre capaz de captar así la atención de las mujeres desde el otro lado de la sala. —Se giró y le sonrió cuando se detuvo frente a ella—. Hola, mi querido nieto. Qué casualidad encontrarte aquí.

Capítulo Tres

Ted

Debería haber sabido que la abuela Loretta andaba otra vez haciendo de las suyas. Estaba demasiado relajada en la barra, como si me estuviera esperando.

No me cabía duda de ello.

La prueba definitiva era aquel brillo tan familiar en sus ojos, que me decía que me había engañado como había querido. Si su objetivo era que la siguiera a Luna Roja para luego intentar convencerme de que robara la vid, debía estar delirando, colocada, o las dos cosas.

Era hora de poner fin a su farsa.

Inclinándome, le di un beso a mi abuela en la mejilla, pues no quería montar una escena delante de las dos empleadas con las que había estado charlando.

—Tenemos que hablar —le susurré al oído—. Fuera.

—¿Dónde están tus modales, jovencito? —La abuela Loretta me fulminó con la mirada—. No se puede entrar en la sala de catas de alguien sin probar algo. Es como ir a Disneylandia y no subirse a Piratas del Caribe. Eres la segunda persona más inteligente de nuestra familia, así que sabrás hacer lo correcto. Guapísimo, también, pero no dejes que se te suba a la cabeza. Oye, cambiando de tema, ¿qué te parece esta barra de madera maciza? ¿No es una ma-ra-vi-lla?

Sus comentarios podrían percibirse como inconexos, saltando de un tema a otro sin mucho sentido, pero la abuela Loretta tenía un saco de trucos más grande que la bodega. Cada palabra que salía de su boca era elegida y ejecutada con precisión milimétrica para lograr un resultado específico. De una forma indirecta, estaba tratando de convencerme de que me quedara, usando tácticas de eficacia demostrada, empleadas por los expertos que convencen a la gente para que no salte al vacío.

Profesora de psicología de instituto jubilada, la abuela Loretta casi sabía más sobre el comportamiento y los pensamientos humanos que Einstein de física.

Intentó distraerme mencionando algo que me gustara y bajar mi guardia con una dosis de adulación. Lo admito, me hizo sentir bien hasta que descubrí lo que se traía entre manos.

Por último, remató su impecable embestida de palabrería, intentando que compartiera mi opinión sobre un tema muy cercano a mi corazón, la madera maciza, como si realmente le importase mi respuesta., Sólo quería inflar mi ego para involucrarme en la conversación.

Era un ataque furtivo destinado a permanecer en mi subconsciente el tiempo suficiente para que sucumbiera a todos sus deseos y anhelos.

«De eso nada».

La abuela Loretta señaló mi cabeza y dijo:

—Ya veo que los engranajes vuelven a girar en esa mollera tuya. ¿No tienes una opinión sobre la barra de roble macizo?

—La madera está bien —dije sonriendo.

Deslizó los dedos sobre ella, sin renunciar a su intento de distraerme.

—Oh, vamos, tócala. Es suave como culito de bebé.

—Buen intento.

La abuela Loretta resopló, al darse cuenta de que le había pillado el truco.

—¿Quieres relajarte de una vez y pedir una copa? Me gustaría hacer una cata con mi cómplice. —Volvía a tener aquel brillo en la mirada.

—No tiene gracia, abuela —susurré—. Fuera, por favor.

Resopló y respondió:

—Te prometo que tendremos esa charla después de probar el vino. Tira y afloja, de eso van las relaciones. Y a veces más afloja que tira, si sabes a qué me refiero. —Guiñó un ojo.

Mi propia abuela se estaba burlando de mí.

Si no fuera tan rematadamente mona y adorable, la habría matado en el acto.

Las dos empleadas de Luna Roja me observaban atentamente, con aire divertido, probablemente preguntándose cómo respondería a las demandas de mi abuela.

Me habían enseñado desde muy joven que era prudente y educado respetar a los mayores, incluso cuando no estaba de acuerdo con ellos o pensaba que estaban completamente chiflados.

Había que admitir que algunas de las locas ideas de la abuela Loretta en el pasado habían llegado a buen puerto, pero me negaba a creer que pudiera salir nada bueno de robar una vid.

«Una cata rápida y me largo».

Forcé una sonrisa en dirección a una de las mujeres, la embarazada.

—Parece que voy a ser el compañero de cata de mi abuela.

La mujer añadió unas galletas saladas al cuenco que teníamos delante.

—Parece una sabia decisión —dijo—. Las abuelas siempre saben lo que es mejor.

—¡Amén! —La abuela Loretta levantó su copa y brindó por sí misma.

Solté una risita, preguntándome quién se divertía más con mi abuela, si ella o yo.

—Bienvenido a Luna Roja. —La mujer que llevaba una camiseta morada que decía «El vino lo arregla todo» cogió una de las botellas, sacó una copa limpia y nos sirvió—. Tengo que ponerte al día con tu abuela. Este es nuestro cabernet reserva. Envejecido veintiséis meses en barricas de roble francés.

Yo estaba impresionado por su forma de servir el vino y la seguridad con la que hablaba. No cabía duda de que estaba

orgullosa de trabajar allí, lo que era un rasgo muy bueno en una empleada.

Levanté la copa y dije:

—Gracias.

—Un placer. —Sonrió de nuevo.

Iba a presentarme para saber su nombre, pero entonces me vino a la cabeza un juego que solía jugar con la abuela Loretta.

«Pon un apodo».

Ni siquiera recuerdo cuándo me lo había enseñado ni la última vez que habíamos jugado, pero las reglas eran sencillas: ponerle a una desconocida (una mujer) un nombre, basado en la primera impresión, su lenguaje corporal o sus características físicas.

Esta empleada tenía una energía positiva, una cualidad muy atractiva que yo admiraba. Tenía gracia, por la forma en la que se movía detrás de la barra, como si se deslizara sobre hielo. Incluso parecía transmitir amabilidad cuando me hablaba, manteniendo siempre el contacto visual y sonriendo. Era una persona muy dulce, sin duda.

«Bomboncito».

Ese era su nombre.

Quise decirle a la abuela Loretta lo que me rondaba la cabeza, pero preferí callarme para no avergonzar a la mujer con nuestro juego.

Cogí la copa y la incliné en ángulo, cubriendo la pared con el vino, y luego la puse derecha.

Miré a través del cristal y estudié el color, la opacidad y la viscosidad, que se conoce como las «lágrimas» del vino.

Bomboncito cogió un taburete plegable, lo abrió, lo puso en el suelo y luego se subió para coger una botella del estante superior que tenía detrás.

—Qué vista, ¿eh? —me susurró la abuela Loretta, dedicándome una sonrisa cómplice.

Fue otro truco de su repertorio.

Conocía a mi abuela lo suficiente como para saber que me estaba retando a no mirar las piernas que mantenían erguida a Bomboncito.

«Buen intento».

«Tengo la fuerza de voluntad de mil burros».

Ignoré las largas y tersas piernas de Bomboncito y su falda blanca, aunque me pregunté cómo se había hecho la cicatriz de siete centímetros que tenía en el lado interno de la rodilla derecha. Estaba casi en el mismo sitio que mi cicatriz.

«Vaya».

Acaban de pillar a alguien mirando las piernas de Bomboncito mientras bajaba del taburete y se daba la vuelta.

Ese era yo.

«Idiota».

Lo peor era que había visto la trampa de mi abuela y aun así había caído en ella.

¿He mencionado lo lista que es?

La abuela Loretta sonrió con orgullo.

Con suerte, podría impresionar a Bomboncito con mi sabiduría sobre vinos. Quizá entonces se olvidaría de que le estaba mirando descaradamente las piernas, aunque en realidad le estaba mirando la cicatriz.

Bueno, en su mayor parte.

Olfateé el vino y asentí.

—Mora y nuez moscada, más vainilla.

La abuela Loretta chasqueó los dedos.

—¡Vainilla! Sabía que había algo más, pero no conseguía identificarlo. Está delicioso.

Tomé un sorbo de vino y me di cuenta al instante de que no tenía nada de especial que lo hiciera destacar entre otros mil vinos.

La abuela Loretta señaló mi copa.

—Este es el vino que van a presentar para *El Próximo Gran Vino*. ¿No es maravilloso?

—Bueno... —Me quedé mirando el vino, buscando las palabras adecuadas, pero sorprendido de que fuera lo mejor que Luna Roja tenía que ofrecer.

¿De verdad iban a presentar este vino al concurso?

Si era así, ¿en qué estaban pensando?

Este cabernet reserva era decente, pero no tenía ninguna posibilidad contra la feroz competencia a la que se enfrentaría en *El*

Próximo Gran Vino.

Bomboncito me miró y me estudió.

—Parece que quieres decir algo sobre el vino.

Me encogí de hombros y dije:

—Si soy sincero, la acidez es…

La abuela Loretta me dio una patada en la espinilla.

—¡Ay! —dije, agachándome para frotarme la pierna.

Bomboncito enarcó una ceja.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Perfectamente —respondí con los dientes apretados.

Se alejó, plagando el taburete para guardarlo.

La embarazada fue a ayudar a alguien al otro extremo de la barra.

La abuela Loretta aprovechó el momento para susurrarme al oído.

—Este no es uno de esos momentos en los que la verdad te hará libre. —Abrió mucho los ojos, inclinó la cabeza hacia las empleadas y me lanzó una mirada intensa.

¿Qué intentaba decir? La gente criticaba el vino todo el tiempo. ¿Por qué iba a importarles? Con suerte, le transmitirían mi crítica a Iris para poder aprender de sus errores. No se puede arreglar algo que no se conoce. Les estoy haciendo un favor.

—Ya viene —dijo la abuela Loretta—. Miente sobre el vino.

¿Hablaba en serio?

Primero quería que robara y ahora quería que mintiera.

¿Qué sería lo siguiente? ¿Matar a alguien?

¡Me desmayo con solo ver sangre!

Sopesando mis opciones, decidí seguir el consejo de mi abuela esta vez y no decir nada malo del vino.

Bomboncito regresó y abrió otra botella.

—¿Decías? Puedes ser sincero.

La abuela Loretta me lanzó una mirada.

Di un paso atrás, por si iba a darme otra patada.

Sin embargo, recordé lo que me había dicho esa mañana.

«Algunas personas no quieren oír la verdad».

Tomé otro sorbo y forcé una sonrisa.

—Tiene un final suave. —Eché el resto del vino en la escupidera.

—Gracias —dijo Bomboncito—. Ciertamente, sabes de vinos.

«Ciertamente sé mentir».

Me encogí de hombros.

—Puede que sepa una o dos cosas.

Al menos esa parte era verdad.

Aun así, me sentía mal por haber mentido.

La abuela Loretta me cogió del brazo y me lo apretó, acercándome a ella.

—Mi nieto está siendo modesto. En realidad, es un enólogo galardonado.

Mi abuela siempre había sido mi mayor admiradora, incluso más que mis propios padres.

Bomboncito levantó la vista, enarcando una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Eres enólogo aquí en Napa?

—En Petaluma, en realidad. —Sonreí—. En la bodega Perro Bailón.

Estaba a punto de servir el siguiente vino y se detuvo, estudiándome.

—Estás de broma, ¿verdad? —preguntó Bomboncito.

—No, ¿por qué?

La empleada embarazada regresó y dijo:

—¿Eres Ted Jacobs?

Sonreí y respondí:

—En carne y hueso.

—¡Vaya, no me puedo creer que estés aquí! He degustado tu pinot noir medalla de oro y, sinceramente, es uno de los mejores vinos que he probado en mi vida.

—Eres muy amable —dije.

—Lo digo en serio. La forma en que combinaste todos los elementos de forma tan armoniosa fue una auténtica genialidad y dejó mi paladar con ganas de más. Todavía me queda una botella, pero la guardo para una ocasión especial.

—Pues, muchas gracias. Te lo agradezco.

Ganar la medalla de oro por mi pinot noir había sido un logro monumental en mi joven carrera como enólogo, catapultando mi

bodega al estrellato internacional con cobertura de prensa de todo el mundo.

No era una sorpresa que hubieran oído hablar de mí, pero nunca me cansaba de que alguien elogiara mi vino, porque había trabajado mucho para conseguirlo.

—Si hubiera sabido que eras tú, habría extendido la alfombra roja —dijo la mujer embarazada—. Si necesitas algo, lo que sea, házmelo saber.

—En realidad... —Apoyé los codos en la barra y me incliné hacia delante—. Siempre puedes mencionarle a Iris lo mucho que te gusta mi vino. Quiero colaborar con ella, pero está siendo un poco cabezota. —Arrugué la nariz.

—¿Cabezota? —dijo Bomboncito, poniendo una cara más seria—. ¿En serio?

Asentí y dije:

—Me sorprendió tanto como a ti, porque fue una oferta muy generosa por mi parte, a decir verdad.

—Teddy —dijo la abuela Loretta—. Deberías saber que...

—Iris —dijo una empleada, acercándose—. Un cliente quiere que le firmes un par de botellas que ha comprado.

Me quedé helado, con la mirada saltando de la nueva empleada a la persona que yo había bautizado afectuosamente como Bomboncito.

Se trataba de Iris Dobbs, la dueña.

Estuve a punto de reprenderme por no saber que era ella, pero, ¿cómo iba a reconocerla? Ni siquiera se le veía la cara en la foto que tenía en la web de Luna Roja.

Tragué saliva, intentando recordar todo lo que había dicho para determinar mi nivel de estupidez del día.

Una cosa era segura, acababa de dejar de ser Bomboncito.

Encontré el nombre perfecto para reemplazarlo, uno que era mil veces más apropiado.

—Ahora mismo voy. —La mandíbula de la Dama Gruñona se tensó y sus fosas nasales se abrieron.

Se cruzó de brazos.

—¿No sabes lo que significa «no»?

Mantuve contacto visual y respondí:

—No.

La empleada embarazada se rio.

—¿Puedes ser más arrogante? —preguntó Iris.

Lo pensé un momento y dije:

—Por supuesto.

La empleada embarazada volvió a reírse, pero se detuvo cuando Dama Gruñona la fulminó con la mirada.

—Estás cometiendo un error al no aceptar mi ayuda —dije.

—El que ha cometido un error has sido tú —dijo Dama Gruñona —. Sobre todo, si pensabas que podías venir aquí y desplegar tu encanto para hacerme cambiar de opinión.

—¿Crees que soy encantador? —pregunté sonriendo—. Bueno, entonces quizá podamos trabajar juntos después de todo.

Quizá si me mostraba simpático, Dama Gruñona se relajaría.

O no.

—Permítame ser muy clara —dijo Dama Gruñona—. No trabajaría contigo, ni aunque fueras el último hombre sobre la Tierra.

Di un paso hacia ella.

—Si yo fuera el último hombre sobre la Tierra, no tendría tiempo para trabajar contigo, porque estaría demasiado ocupado procreando, intentando salvar a la raza humana. —Miré a la mujer embarazada—. Muchas gracias por aportar tu granito de arena.

—De nada —dijo sonriendo—. Por cierto, soy Mindy, la hermana de Iris.

—Encantado de conocerte. —Le di la mano y le dediqué la mejor sonrisa que pude, dada mi gran metedura de pata.

Iris se volvió hacia Mindy y susurró lo suficientemente alto como para que yo lo oyera.

—Ten cuidado. No es tan agradable como parece. —Se marchó en dirección a la caja registradora.

Mindy vio cómo se alejaba Iris y luego se volvió hacia mí.

—Por favor, no te lo tomes como algo personal. Iris ha estado un poco estresada últimamente. —Levantó el dedo índice—. Discúlpame un segundo.

—Por supuesto.

Mindy rodeó la barra para hablar con otra empleada.

Miré hacia la caja registradora, donde estaba Iris.

Firmó dos botellas de vino para sus clientes, les dio las gracias por venir y luego giró la vista en mi dirección.

Su sonrisa desapareció al instante mientras negaba con la cabeza.

Suspiré y dije:

—Si las miradas matasen...

La abuela Loretta sonrió con suficiencia.

—Ahora mismo estaría escribiendo tu panegírico.

Capítulo Cuatro

Ted

Crucé la opulenta suite de dos dormitorios con suelo de parqué, de la abuela Loretta, que se encontraba en la tercera planta del Hotel Luna Roja. Se trataba de la enorme casa victoriana, donde se había criado la abuela, que tras venderla mis bisabuelos se convirtió en un hotelito con encanto.

El salón principal de la suite estaba lleno de muebles de madera oscura y exuberantes cortinas colgando frente a las ventanas. El mobiliario destacaba ante la pared empapelada de color verde esmeralda llena de obras de arte con marcos dorados que ocupaban casi todos los espacios libres.

Inhalé el aire fresco del valle de Napa que entraba por la ventana abierta.

—¿Así que me estás diciendo que es pura coincidencia que hayas reservado una suite con dos dormitorios?

—Noto un pitido muy fuerte en el oído —dijo la abuela Loretta, tirándose del lóbulo de la oreja—. Ya está otra vez.

Me di la vuelta para tenerla cara a cara y me crucé de brazos.

—Abuela...

Ella dobló una rebeca amarilla y blanca y la dejó en el respaldo de uno de los sillones de caoba, evitando mi mirada.

—A lo mejor debería pedir cita con el médico.

—Para ver si se te está yendo la cabeza, desde luego, pero el oído lo tienes perfectamente. ¿Me has engañado, sí o no?

—No es una pregunta fácil de responder.

—Inténtalo —dije.

La abuela Loretta se giró en mi dirección. El brillo de sus ojos era difícil de ignorar.

—Digamos que cogí la suite por si aparecías... cosa que, por supuesto, ibas a hacer, porque nunca me has fallado. No lo llamaría necesariamente una encerrona o un engaño, propiamente dicho. Fue más bien una muestra de diligencia por mi parte para estar preparada.

Suspiré y dije:

—Tengo cosas que hacer, abuela. E incluso si no las tuviera, no tengo ropa para cambiarme.

—¿Estás seguro? —Señaló la gran bolsa de deporte que había en el suelo.

—No habrás... —Me acerqué, abrí la cremallera de la bolsa y saqué mis vaqueros favoritos, una camiseta y casi todos los pares de calcetines y calzoncillos que tenía—. ¿Has estado rebuscando en los cajones de mi casa?

—No he encontrado nada íntimo, si es eso lo que te preocupa. —Frunció el ceño—. Un poco decepcionante, debo decir. No creerías lo que he llegado a esconder bajo mi colchón a lo largo de los años.

—Paso. —Sostuve la camiseta en alto—. Esta solo me la pongo en el gimnasio. —La olí—. Vale, está limpia, pero aun así me daría cosa y un poco de vergüenza pasearme por el viñedo con una camiseta que dice «Ponte las pilas, máquina» en el pecho.

—Como ya he dicho, me gusta estar preparada. Abre la otra bolsa. —Señaló la bolsa de Luna Roja, que estaba junto a la de deporte.

Suspiré, la abrí y saqué tres camisetas nuevas. Las dos primeras eran polos de unos colores que no me pondría en la vida: rosa pastel y violeta. Ambos llevaban el logotipo de Luna Roja. La otra era una camiseta que decía: «El vino me sienta muy bien».

Dejé las camisetas y me reí entre dientes.

—Eres increíble.

La abuela Loretta sonrió con orgullo.

—Pues muchas gracias.

—No era un cumplido. No puedo quedarme aquí. Iris me va a matar y me va a enterrar como fertilizante en alguna parte del viñedo.

—Tranquilo, esa mujer es más perro ladrador que mordedor. Recuerda lo que dijo su hermana, está pasando por una mala racha.

—Bueno, mira lo que pasó cuando intenté ponérselo fácil —dije, y entonces me di cuenta de que había elegido mal mis palabras cuando mi abuela empezó a reírse—. No seas malpensada, abuela. —Me senté en el borde de la cama con dosel y eché a un lado uno de los cojines rojos—. En serio, de verdad que quería ayudarla.

—Sé que fuiste sincero, porque no descubriste lo guapa que era hasta después de ofrecerle tu ayuda.

—¡Exacto!

La abuela Loretta sonrió y asintió.

—Entonces admites que es muy guapa.

Solté un bufido de frustración.

—Abuela... deja de intentar hacer de celestina.

—De acuerdo. —Se acercó a la ventana y miró hacia fuera—. Qué lugar tan mágico, la verdad. Cuántos recuerdos...

Me acerqué a ella junto a la ventana, admirando la vista del viñedo que parecía extenderse hasta el infinito y de las hermosas montañas Mayacamas a lo lejos.

—No puedo creer que nuestra familia fuera propietaria de este lugar. Es precioso.

La abuela Loretta asintió y dijo:

—Cuando era pequeña, jugaba durante horas al escondite con mi mejor amiga. ¿Ves aquel roble de allí?

Seguí la dirección de su dedo.

—Sí —dije.

El roble gigante estaba al final de la propiedad y debía de tener al menos dieciocho o veintiún metros de altura.

—Fui concebida debajo de él.

Levanté una mano y respondí:

—No quiero saber nada de eso. —Aparté la mirada del enorme roble—. ¿Ibas en serio con lo de robar una vid o me estabas tomando el pelo?

La abuela Loretta sonrió con suficiencia.

—Supongo que ya lo descubrirás. —Perdió la sonrisa y me apretó el brazo—. Por favor, quédate.

Algo me decía que había algo más que no tenía nada que ver con la vid o con preservar el legado de nuestra familia. El brillo en los ojos de la abuela Loretta se convirtió en algo irreconocible.

¿Era tristeza?

Había perdido a su padre (mi bisabuelo) a principios de año. Vivió una vida larga y plena, muriendo un día después de la fiesta de su centésimo cumpleaños, pero aun así, perder a un familiar no es fácil. Quizá había venido aquí para rememorar.

—Abuela, ¿hay algo que no me estás contando?

No dudó en responder.

—Sí.

—¿Y me vas a decir lo que es?

—No. —Forzó una sonrisa y me dio una palmadita en la mano—. Cuando sea el momento adecuado, lo sabrás, pero te garantizo que no es lo que piensas. Ahora escucha... si no te vas a quedar conmigo, deberías irte antes de que anochezca. No me gusta que conduzcas por la colina de noche.

Empecé a dar vueltas por la habitación, sabiendo que no iba a dejar a mi abuela sola, sin importar la razón.

—No puedo creer que vaya a hacer esto. —Me detuve y me volví hacia la abuela—. Vale, tres días. Eso es todo, y luego volvemos juntos a Petaluma. ¿Trato hecho?

—*Siete* días —dijo la abuela Loretta—. Con opción a una prórroga por buen comportamiento.

—¿Tú? ¿Buen comportamiento? ¡Ja! Cuatro días.

—Siete.

Rechiné los dientes y dije:

—Cinco.

—Siete.

Levanté los brazos, sabiendo que era inútil negociar con mi abuela.

—¡De acuerdo! ¡Siete días! Eres incluso más terca que Iris.

La abuela Loretta sonrió con suficiencia.

—¿E igual de despampanante?

Negué con la cabeza.

—No se puede comparar contigo.

Se acercó y me pellizcó la mejilla con los dedos.

—Pero ¡Cómo quieres a tu abuela! Eh?

No pude evitar sonreír.

—A morir, pero espero que no lleguemos a ese extremo. —Le di un beso en la mejilla.

—Ese es mi chico. Ahora venga, vamos a comer algo antes de que me muera de hambre. Lávate y cámbiate de camiseta.

—¿Qué le pasa a mi camiseta?

—Nada, si te gustan las manchas de vino.

—¿En serio? —Me miré y me separé la camiseta del cuerpo para inspeccionarla. Efectivamente, ahí estaban, unas cuantas gotas de cabernet. No podía creer que ni siquiera me hubiera dado cuenta de que me había manchado—. Debo de estar enfermo. Nunca derramo vino.

—Espurreaste un poco cuando te diste cuenta de que estabas hablando con Iris. —La abuela Loretta se rió y se acercó a la bolsa de Luna Roja, cogió el polo rosa y me lo lanzó—. Ponte esto.

Me quedé mirándolo.

—Ni hablar.

La abuela Loretta sabía obviamente lo que se me pasaba por la cabeza.

—Es solo una camiseta, no te hará daño.

—Una camiseta *rosa*.

—Una preciosa camiseta rosa.

No estaba de acuerdo, pero no quería seguir discutiendo con ella.

Quizá mi vacilación no tenía nada que ver con la camiseta y sí con la posibilidad de volver a encontrarme con Iris. Con suerte, ya se habría ido, así que no tendría que enfrentarme a ella.

Después de asearme, bajamos las escaleras y entramos en el comedor principal.

—Bienvenidos —dijo una señora mayor—. ¿Es la suite de tu agrado, Loretta?

—Ya ha superado mis expectativas —dijo la abuela Loretta—. Y estoy deseando comer. ¿Todavía servís el cordero a la parrilla esta noche?

La mujer asintió y dijo:

—Eso o champiñones portobello. Lo que preferáis.

—A los dos nos encanta el cordero a la parrilla, es una elección fácil —dijo la abuela Loretta—. Por cierto, este es mi nieto, Teddy.

Carraspeé y sonreí.

—Ted, por favor.

—Teddy se quedará conmigo en la suite —añadió la abuela Loretta, ignorando mi comentario.

—¡Maravilloso! Encantada de conocerte, Teddy. Soy Sherry; como el buen vino, añejado a la perfección. —Se rio, me cogió ambas manos y me las apretó—. Si necesitas algo, no dudes en pedirlo a mí o a mi marido, Howard. Lo reconocerás enseguida. Es el que suele andar por aquí corriendo con un banjo. En fin, voy a llevaros a la mesa para cenar.

—Gracias —dije sonriendo.

—Oh, vaya. —Sherry recorrió la sala con la mirada de un lado a otro—. Parece que todas las mesas están ocupadas en este momento.

—No pasa nada. No nos importa esperar.

Sherry desestimó mi comentario con un gesto.

—De eso nada. Tengo una idea. Seguidme. —Nos guió a través del comedor hasta una mesa para cuatro junto a la entrada de la cocina. Una de las sillas estaba ocupada por una mujer.

—¿Te importaría que dos de nuestros maravillosos invitados se sentaran contigo? —le preguntó Sherry a la mujer.

—Claro que no. —Iris se giró en la silla y se quedó helada; la sonrisa se le borró de inmediato.

«Esto no puede estar pasando».

—¡Maravilloso! —Sherry le puso la mano en el hombro a Iris—. Loretta, Ted…, os presento a mi nieta, Iris.

—Ya nos conocemos —dijimos Iris y yo al mismo tiempo.

—Bueno, claro —dijo Sherry—. Tiene sentido. Os habréis conocido en la sala de catas.

—Sí —respondimos Iris y yo a la vez, con el entusiasmo de alguien a punto de recibir un enema.

Sherry le frotó la espalda a Iris.

—Bueno, entonces ya sabéis que Iris es la enóloga de Luna Roja. Estamos muy orgullosos de ella. ¿Te ha gustado el vino que has probado hoy, Ted?

La abuela Loretta me lanzó una mirada que, una vez más, decía: «Miente sobre el vino».

Quizá solo tenía que dar una respuesta ambigua.

Forcé una sonrisa y asentí, probablemente con demasiada efusividad:

—El vino era audaz y expresivo, como la enóloga.

Sherry se rió.

—Esa es mi Iris.

Iris frunció el ceño.

Me pregunté si estaría intentando echarme un maleficio con el pensamiento.

Sherry señaló las sillas frente a Iris.

—Por favor. Sentaos. Y gracias por la flexibilidad de compartir mesa. Por alguna razón, a todo el mundo le ha apetecido cenar a la misma hora hoy.

Me senté en la silla pegada a la pared, ya que a la abuela Loretta siempre le gustaba sentarse más cerca del pasillo. Desdoblé la servilleta, me la puse en la pierna y luego le dirigí la mirada a Iris al otro lado de la mesa.

Su mirada alternaba entre mi cara y mi pecho.

Me miré la camiseta y luego me fijé en la suya.

«Que alguien me mate».

Llevábamos exactamente la misma camiseta.

Polos rosa a juego.

Sherry señaló nuestras camisetas.

—¿A que es adorable? ¡Lleváis camisetas a juego, como una pareja el día de San Valentín! ¿No sois una monada? A lo mejor es una señal.

Iris se atragantó con el vino.

—Recuérdame que os haga una foto luego a los dos —añadió Sherry.

«Ni en sueños».

Cuando Sherry se marchó, miré a la abuela Loretta y di una palmadita en la silla que tenía al lado.

—Siéntate, abuela.

Ella señaló la entrada del comedor.

—La verdad es que acabo de darme cuenta de que me he olvidado las vitaminas de la noche en la habitación. Vuelvo en un periquete. Empezad sin mí.

—Pero… —Intenté suplicarle con la mirada que no me dejara solo con la Dama Gruñona por miedo a que me devorara vivo, pero, sin más, la abuela ya se había ido.

—Muy buenas. —Un camarero me puso una ensalada verde delante, cogió la botella de vino de la mesa y me sirvió una copa—. Este es nuestro cabernet reserva. Envejecido veintiséis meses en barricas de roble francés.

—Gracias —dije, aunque no tenía ningún interés en volver a probarlo.

Esperaba que la Dama Gruñona no supiera leer la mente.

—Un placer. Tu cordero a la parrilla saldrá en breve. —El camarero sonrió y se alejó.

Miré al otro lado de la mesa.

La Dama Gruñona seguía observándome, como un depredador a su presa.

Quizá sería buena idea cambiarle el apodo por algo un poco más suave, por si acaso se me escapaba sin querer. Por mucho que lo intentara, los apodos no hacían más que empeorar.

¿Mademoiselle Mala Leche?

¿Doña Vinagres?

¿Señorita Cara-de-mala?

¿Hannibella Lecter?

Sentí que se me dibujaba una sonrisa, pero la reprimí antes de que alguien me diera una patada por debajo de la mesa.

—Esto es, desde luego…, incómodo. —Forcé una sonrisa, le eché aliño a la ensalada y empecé a comer.

—Eso es quedarse corto. —Ella volvió a su comida, se llevó un trozo de su cordero a la boca y lo masticó, todo ello sin mirarme a los ojos.

Me encogí de hombros y señalé su plato.

—Mirándolo por el lado bueno, no parece que te haya quitado el apetito.

Dejó de masticar y levantó la vista.

—Vale. Quizá aún es pronto para llegar a esa conclusión. —Hice el gesto de cerrar la cremallera de mi boca y tirar la llave.

¿Qué le pasaba a esa mujer?

Me consideraba un ser humano decente en general, con un espíritu generoso y servicial, así que ¿por qué me despreciaba tanto? No le encontraba sentido.

Quería saberlo, pero, por otro lado, casi mejor no, por miedo a intentar defenderme y empeorarlo todo.

La abuela Loretta tenía que volver ya.

Por triste que pareciera, la necesitaba para que me aconsejara cuándo hablar y cuándo no, aunque fuera a patadas bajo la mesa.

¿En qué momento se había convertido la verdad en el enemigo?

¿Se suponía que tenía que vivir en una burbuja guardándome los pensamientos y opiniones para mí, incluso cuando tenía las mejores intenciones?

Iris siguió masticando y luego se lo tragó con un gran sorbo de vino.

Por suerte, estuvimos callados el tiempo suficiente para acabarme la ensalada en paz antes de que el camarero trajera mi cordero a la parrilla.

Aun así, la curiosidad volvía a poder conmigo.

«No hables. No hables. No hables».

—Hay algo que me ronda la cabeza —solté de sopetón.

Ahí se quedó mi autocontrol.

—Prueba con zumo de ciruela —dijo Iris sin levantar la vista mientras pinchaba y cortaba otro trocito de cordero. Luego se lo metió en la boca y lo masticó un poco más rápido que la última vez.

Me reí entre dientes, pensando que era ingeniosa e inteligente.

—Esa ha sido buena.

Se limpió la boca, con aire orgulloso, y con razón.

No estaba nada mal la respuesta, pero iba a seguir con mi idea.

—Tengo una pregunta.

Iris dejó la servilleta y suspiró:

—¿Ahora qué?

Dudé, intentando encontrar las palabras adecuadas, pero luego decidí ser completamente directo.

—¿Por qué eres tan hostil conmigo?

Se cruzó de brazos y contestó:

—No soy hostil. —Descruzó los brazos, se movió inquieta en la silla y volvió a cruzarlos—. Yo tengo una pregunta mejor, ¿qué haces aquí?

Miré a mi alrededor en el comedor.

—Tengo hambre.

—Déjame que reformule la pregunta… ¿qué haces en mi propiedad? Te dije que no quería trabajar contigo ni venderte uvas. ¿Por qué no sabes aceptar un «no» por respuesta?

—Te aseguro que no estoy aquí por negocios.

Se rió y dijo:

—¿Esperas que me crea que de las quinientas bodegas que hay en el valle de Napa, has visto por casualidad nuestro cartel en la carretera y has decidido parar para una cata de vinos espontánea, solo unas horas después de estar al teléfono rogándome que me asociara contigo?

Me incliné hacia delante en la silla.

—Para empezar, no estaba rogando. Simplemente lo pedí de forma tranquila y respetuosa. Dijiste que no. Fin de la historia. No volveré a preguntarlo nunca más.

Iris arqueó una ceja.

—Me cuesta creerlo.

—Lo digo en serio. Y, en segundo lugar, es imposible que yo o cualquiera que vaya por el camino Silverado vea vuestro cartel si viene del sur, porque lo tapa el arbusto más grande del mundo. Si no fuera porque sabía adónde iba, habría seguido conduciendo cinco mil kilómetros hasta llegar a Alaska.

—¿El gran exagerado tiene alguna conclusión?

—Sí… —Me incliné más—. Si quieres que más gente disfrute de lo que ofreces, ¡te sugiero que recortes tu arbusto! —Hice una mueca por lo que acababa de decir—. Bueno, eso no ha sonado bien.

Una cosa era ver la cara de sorpresa de Iris, pero la mujer de la mesa de al lado soltó un grito ahogado, cogió su vino y le dio un trago enorme con cara de espanto.

Me dieron ganas de sacar el móvil y mandarle un mensaje a la abuela Loretta preguntándole dónde estaba. Bueno, quizá sería más como una señal de socorro, diciéndole que bajara su trasero al comedor.

Tenía la sensación de que las cosas estaban a punto de desmadrarse y necesitaba un testigo que estuviera de mi parte por si Iris y yo acabábamos en el juzgado por intento de asesinato.

—¿De verdad crees que lo sabes todo? —dijo Iris tras dar un sorbo a su vino.

Sonreí y respondí:

—Es muy posible, pero necesitaré un poco más de información de tu parte antes de poder responder. Define *todo*.

Dejó la copa de vino y me fulminó con la mirada.

—En serio. ¿A qué viene tanto consejo no solicitado?

—¿Qué quieres que te diga? Soy generoso por naturaleza.

—¿Y qué sacas tú de esto? —Iris se echó para atrás en la silla y volvió a cruzarse de brazos, como si estuviera levantando una especie de barrera protectora.

Podía verla construir un muro de hielo entre nosotros. Bloque a bloque de gruesos ladrillos de hielo, hasta el punto de sentir un frío palpable en el aire.

—¿Por qué asumes que una persona tiene malas intenciones cuando quiere hacer algo bueno por alguien? —pregunté.

—¿Por qué asumes que sabes lo que pienso? —preguntó.

—¿Por qué asumes que estoy asumiendo? —Mi sonrisa no tuvo ningún efecto en la reina de hielo.

Iris apuñaló su cordero con el tenedor, cortó un trozo con el cuchillo, se lo metió en la boca de golpe y lo masticó, desviando la mirada hacia las otras mesas.

«Hostil hacia mí».

«Hostil hacia el cordero».

¿Qué sería lo siguiente?

Quizá debería reunir a todos los niños y animales pequeños de la zona y alejarlos del peligro.

El marido de Sherry, Howard, se acercó a nuestra mesa tocando el banjo y cantando "Puente sobre aguas turbulentas" de Simon y Garfunkel.

Esbocé una sonrisa y comenté:

—Qué romántico. Está tocando nuestra canción.

Iris no reaccionó.

¿Es que no tiene ni pizca de sentido del humor?

¿Y tendrá pulso?

Cuando Howard terminó la canción, todo el comedor aplaudió.

—Debes de ser Teddy —dijo sonriendo junto a nuestra mesa—. Sherry me ha hablado de ti.

Asentí y dije:

—Y usted debe ser Howard.

—¡En efecto! Ya veo que estás conociendo a mi *dulce, dulce* nieta.

Me señalé la boca.

—¡Creo que me está saliendo una caries solo de tenerla cerca!

Howard se rió y se dio un golpecito en un incisivo.

—¡A mí también! Y por favor, háblame de tú.

Vale, no ha pillado mi sarcasmo, y eso lo he dejado bien clarito.

¿De verdad creía que era dulce?

¿Habría alguna prueba que respaldara su tesis?

El pobre hombre debía de estar volviéndose loco.

En cualquier caso, era hora de divertirme un poco con Iris y ver si conseguía que mostrara alguna emoción.

—¿Howard, aceptas peticiones? —pregunté.

—¡Claro que sí! —Howard se dio unos golpecitos en la sien—. Tengo al menos trescientas canciones aquí arriba, en esta vieja cafetera. A ver si tienes suerte. ¿Qué te gustaría escuchar?

—En realidad, no es para mí. Es para Iris. Me gustaría dedicarle una canción.

—No, gracias —dijo Iris.

—Insisto. Te mereces algo especial, algo que capture tu esencia.

—Vaya, ¿no me digas que eres todo un romántico? —dijo Howard —. Y Sherry tenía razón, estáis muy monos con esas camisetas rosa a juego. ¿Estás soltero, Ted?

—Sí, pero...

—¡Qué coincidencia! Iris también está soltera. —Howard inspiró hondo y gritó a pleno pulmón—: ¡Se respira amor en el ambiente!

Los clientes de las otras mesas aplaudieron y vitorearon.

A Iris se le pusieron las mejillas del mismo color que su polo, quizá un tono más oscuro.

Estiró la espalda y se aclaró la garganta:

—Abuelo, quizá deberías ir a ver si la abuela necesita algo.

—Tonterías —dijo Howard—. Dice que solo estorbo. Bueno, ¿qué puedo tocar para ti, Ted?

Sonreí.

—¿Tienes en tu repertorio algo de la banda sonora de la película *Chicas Malas*? ¿O se llama *Chicas Pesadas*? Hmm, no me acuerdo. Bueno, no importa. Seguro que Iris se sabe todas las canciones de memoria. No me extrañaría que hubiera escrito el guión.

—¿De verdad quieres empezar este juego? —Iris volvió a apuñalar su cordero, lo cortó y se lo metió en la boca.

—Pues la verdad es que sí.

—Puede que tengas más suerte si eliges un clásico de los sesenta, setenta u ochenta —dijo Howard.

—Abuelo —dijo Iris—. Seguro que los demás clientes querrían...

—Un momento —dije, pensativo—. Creo que tengo algo que capta de verdad la auténtica personalidad de tu nieta, Howard. ¿Puedes tocar "Devoradora de hombres" de Hall & Oates?

Iris cerró los ojos y se masajeó las sienes.

Howard negó con la cabeza y dijo:

—He oído la canción y es buena, pero siento decir que no sé tocarla. ¿Se te ocurre alguna otra? ¿Algo de los Beatles o Elvis? Incluso me sé un par de canciones de ABBA, aunque no te lo creas.

Desestimé su comentario con un gesto.

—Mejor no. Podría gustarle demasiado a Iris.

Howard se rió y se volvió hacia Iris.

—Este hombre es muy divertido. No me extraña que quisieras cenar con él.

Iris abrió la boca y la cerró. En lugar de corregir a su abuelo, optó por servirse otra copa de vino.

Curiosamente, estaba empezando a relajarme. Quizá porque me sentía bien dándole a Iris un poco de su propia medicina, aunque pareciera un crío de doce años. Claro que estaba jugando con fuego, pero la abuela Loretta me había abandonado a mi suerte. Tenía que actuar sobre la marcha.

Esperaba que no me saliera el tiro por la culata.

Inspirado, levanté un dedo, listo para más diversión:

—Ya lo tengo. ¿Tienes algo sobre una viuda negra o alguien que se comería a sus propias crías?

—¿Qué tal una dedicatoria para Ted? —dijo Iris, sorprendiéndome—. Una canción sobre un hombre con un ego tan enorme que tenga que quitar el techo de su casa para entrar.

Contraataqué:

—Es muy amable por tu parte, pero primero Howard tiene que tocar "Mujer cabezota" de Elvis para ti.

Iris apretó la mandíbula y dijo:

—Si nos quedamos con Elvis, mejor la canción, "Perro de caza" para ti. —Iris no se rindió, lo cual era impresionante—. O si no, olvida a Elvis y toca esa canción que dice "¿Quién ha dejado salir a los perros?" Sería perfecta para él.

—Veo que hay un tema recurrente —dije.

—Si te pica, te rascas... —Iris le dio otro sorbo a su vino, con aire de orgullo.

Howard, por otro lado, parecía más confuso que nunca, rascándose la calva mientras su mirada iba de Iris a mí.

—¿Habéis estado fumando algo raro? —preguntó.

El labio inferior de Iris se curvó hacia arriba, solo un poquito, pero se detuvo cuando yo empecé a reírme.

La Reina de Hielo casi se derrite, pero no del todo.

Howard se animó de nuevo y dijo:

—Creo que tengo una canción que os satisfará a los dos.

—Suena genial —dije, preguntándome qué se le ocurriría después de todas las peticiones disparatadas que le habíamos hecho.

—¡Maravilloso! —dijo Howard—. Una canción para Iris y Ted, entonces. No os cortéis y bailad, si os entran ganas.

«No creo que eso vaya a pasar».

Howard empezó la canción, y casi me caigo de la silla.

Mantener la compostura me estaba resultando bastante difícil.

Tocaba el banjo con entusiasmo mientras cantaba "Cuando un hombre ama a una mujer" de Percy Sledge.

Nos estaba tocando una serenata a mi enemiga y a mí con una canción de amor.

Lo que se estaba acumulando dentro de mí ya no podía contenerse.

Empecé a reírme a carcajadas y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Howard siguió cantando a pleno pulmón y tocando el banjo con gusto, aunque la sonrisa en su rostro me decía que en realidad lo hacía para romper el hielo entre Iris y yo.

Miré al otro lado de la mesa para ver la reacción de Iris.

Realmente no lograba descifrarla.

Entonces se lamió los labios.

Tragué saliva.

Sí, era una mujer atractiva.

Incluso sexi.

Aunque me trataba como a una mierda.

Claro, admito que le había dicho algunas cosas con mala leche.

Quizá sonaría un poco inmaduro si dijera que ella había empezado.

Su hermana dijo que estaba estresada, y yo lo había entendido perfectamente. Es cierto que en el pasado había ayudado a damiselas en apuros, pero algunas personas simplemente no quieren que las ayuden. Iris es una de ellas.

Se lamió los labios otra vez.

¿Qué demonios estaba haciendo?

«Mierda».

Iris me pilló mirándole la boca.

Rápidamente, cogí mi vino para disimular y me di con el borde de la copa en la nariz, lo que provocó algo que nunca me había pasado en toda mi vida.

Derramé el vino.

El polo y los pantalones se me mancharon de cabernet.

Cogí una servilleta y rápidamente intenté limpiar el desastre, a sabiendas de que lo más probable era que tuviera que tirar la camiseta y los pantalones a la basura cuando volviera a la habitación. Mientras me secaba la ropa con la servilleta, miré al otro lado de la mesa para ver la reacción de Iris.

Me quedé helado, sin poder creer lo que veían mis ojos.

Se estaba riendo disimuladamente de mí.

¡Iris estaba disfrutando con esto!

Debería haberme enfadado porque se alegrara de mi bochorno, pero por alguna razón me pareció la cosa más mona del mundo.

Tenía las mejillas sonrosadas y la cara se le iluminó.

Llamadme loco, pero en lugar de pensar que era medio psicópata, encontré su lado juguetón bastante atractivo.

Dejé de limpiarme el vino de la ropa y puse la servilleta sobre la mesa, sin apartar los ojos de ella.

Iris finalmente dijo algo:

—¿Por qué me miras así?

Me encogí de hombros y respondí:

—Supongo que me has sorprendido. Es agradable verte divertirte un poco, aunque sea a mi costa.

Habría sido un buen comentario para terminar, pero ¿cómo iba a saberlo yo?

—Eres impresionante —añadí.

Iris perdió la sonrisa y se limpió la boca con la servilleta.

—Buen intento.

—¿Qué quieres decir? Estaba siendo sincero.

Se levantó y arrimó la silla a la mesa.

—Por última vez, no voy a trabajar contigo. —Se dio la vuelta y salió del comedor.

Capítulo Cinco

Iris

Al día siguiente, vi a un hombre con un polo rosa entrar en la sala de catas y giré la cabeza de golpe en su dirección, regañándome mentalmente por haber reaccionado así.

¿Por qué pensaría que podía ser Ted?

¿Y por qué debería importarme si lo era o no?

Ted no llevaría la camiseta manchada de cabernet y, aunque hubiera conseguido quitarle las manchas, ¿se pondría la misma camiseta dos días seguidos?

Bueno, era un hombre, así que quizá sí lo haría.

De todas formas, Ted no iba a aparecer, y yo sin duda necesitaba relajarme y dejar de lado mi irritación. Él ya había hecho su cata de vinos en Luna Roja el día anterior.

Lo más probable era que estuviera visitando otras bodegas con su abuela, Loretta.

¿Cómo podía esa mujer tan dulce y encantadora ser pariente de ese hombre tan arrogante? Desde luego, podría aprender un par de cosas de ella, que era un encanto.

—¿Conoces al tipo que acaba de entrar? —preguntó Mindy, dándose cuenta de mi reacción.

—No. —Limpié la barra—. Por un segundo, pensé que era… Nada. Olvídalo.

—¿Ted Jacobs? —sonrió Mindy.

Me volví hacia ella y dije:

—No digas tonterías.

Mi hermana levantó una ceja.

—¿Quién te conoce mejor que yo?

Suspiré.

—Vale, sí, pensé que era Ted, pero no es lo que crees.

Mindy apoyó la espalda en el mostrador y se llevó ambas manos a la barriga.

—El abuelo dijo que Ted y tú le recordabais a cuando conoció a la abuela por primera vez.

Me acerqué a Mindy.

—¿De dónde demonios ha sacado esa idea? El abuelo y la abuela se conocieron en un pícnic. Ted y yo nos conocimos por teléfono.

—Sí, pero la abuela y el abuelo tuvieron sus más y sus menos las primeras veces que se vieron. Lo sorprendente es que dijo que no era porque tuvieran opiniones o personalidades muy opuestas ni porque se cayeran mal.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con curiosidad, ya que no sabía la respuesta—. ¿Cuál fue el motivo?

—No sabían cómo manejar la potentísima química sexual que había entre ellos.

—El abuelo no te dijo eso —dije riendo.

Mindy asintió.

—Sí que lo hizo.

Negué con la cabeza, medio riendo.

—Te aseguro que la única química que tenemos Ted y yo es ácida. Ese hombre solo vino a molestar. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

El tema de Ted Jacobs era algo que quería evitar por completo.

Ese hombre me irritaba, pero por la conversación con Mindy, también descubrí que, por alguna razón, me ponía muy nerviosa.

Claro, era ligeramente encantador cuando no me estaba molestando, y mentiría si dijera que no era atractivo, pero ¿química? Ni de broma.

Ted me sorprendió anoche en la cena cuando no sacó el tema de colaborar conmigo o comprar mis uvas. Estaba segura de que insistiría en el asunto, pero ni siquiera lo mencionó una sola vez.

Sin embargo, si he de ser sincera, mi lado competitivo disfrutó jugando con él a ese juego de canciones. Por muy engreído que fuera Ted, me ayudó a olvidarme del trabajo durante un rato, lo que fue un cambio de aires agradable.

—Tengo que decir que estabais muy monos juntos —Mindy dijo sonriendo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. Si tú estabas allí.

Cogió el móvil del mostrador y repasó varios mensajes de texto, deteniéndose en uno. Luego, tocó la foto y me la enseñó.

—La abuela Sherry me envió esta foto. Estáis *tan* monos con esas camisetas a juego.

Me quedé mirando la foto de Ted y yo en el comedor mientras el abuelo tocaba el banjo y cantaba.

—No puedo creer que ni siquiera la viera hacer esta foto.

Mindy sonrió con suficiencia.

—Eso es porque estabas demasiado embelesada y desconcertada con toda la potentísima atracción sexual que había entre vosotros. —Señaló el móvil—. ¡Pero vamos, mira la expresión de tu cara!

Me incliné más hacia su móvil para ver mejor.

Ted miraba al abuelo Howard tocar el banjo, con una sonrisa en la cara como si estuviera disfrutando.

Yo tenía los ojos clavados en Ted y la boca abierta.

—Parece que estás babeando —dijo Mindy.

—*No* estaba babeando.

—Te gusta.

Señalé a mi hermana.

—Compórtate o te provoco el parto aquí mismo.

Mindy sonrió y me frotó el hombro.

—Relájate, solo te estoy tomando el pelo. Por cierto, ¿por qué estás otra vez en la sala de catas? ¿Nos falta personal? —Echó un vistazo por la sala, contando los empleados.

Negué con la cabeza.

—Estoy evitando mi despacho. Es la forma más fácil para mí de escapar de la realidad.

—Mira, sé que te encanta estar con los clientes, pero no puedes esconderte del papeleo para siempre. Y necesitas ayuda. Me alegro de que por fin le pidieras a Hans que podara el arbusto de la calle. Llevaba tiempo queriendo decírtelo y siempre se me olvida.

—Yo no le pedí a Hans que podara el arbusto. Tiene unos días libres, ¿recuerdas?

Hans era el jardinero de la propiedad que se encargaba de la mayoría de las reparaciones y del mantenimiento.

—Qué raro —dijo Mindy—. Supongo que Gladys y Al por fin se movieron un poco e hicieron algo.

Gladys y Al Robbins eran los dueños de la propiedad de al lado y rara vez se ocupaban del mantenimiento de su terreno. Era una espinita que teníamos clavada nosotros y los demás vecinos del camino Silverado, ya que la mayoría de nosotros nos enorgullecíamos de nuestras propiedades y queríamos que tuvieran un aspecto limpio y acogedor para los millones de turistas que venían al valle de Napa cada año.

Mindy se encogió de hombros.

—En cualquier caso, ha quedado genial. Por alguna razón, el cartel parece más grande. Ahora sí se ve.

—¿De verdad?

Señaló la puerta y dijo:

—Ve a verlo por ti misma.

—Vale… ahora mismo vuelvo. —Salí y caminé hacia la calle, deteniéndome frente al cartel.

—Hala —dije para mis adentros.

Habían podado el arbusto hasta dejarlo a solo treinta centímetros del suelo.

El cartel de Luna Roja ahora era visible desde todos los ángulos.

Rodeé el cartel para verlo por el otro lado, admirándolo. Tal como había dicho Mindy, era como si el cartel pareciera más grande, aunque obviamente era el mismo. Negué con la cabeza, asombrada, tratando de resolver el misterio del arbusto podado mientras bajaba

la vista hacia las ramitas y ramas cuidadosamente apiladas a un lado.

Quizá habían sido Gladys y Al después de todo, pero qué coincidencia que el arbusto fuera podado el día después de mencionarlo Ted. ¿Habría ido a la casa de al lado a pedirles a Gladys y Al que lo podaran? Lo dudaba mucho, pero con Ted todo era posible. No tenía pelos en la lengua, así que era una buena posibilidad.

Volví a entrar en la bodega y arreglé una pila de camisetas de Luna Roja a la venta en la estantería antes de volver con Mindy detrás de la barra.

—¿A que se nota una diferencia enorme? —preguntó Mindy.

Asentí y dije:

—Tienes razón. Ha quedado genial.

Y ahora me sentía un poco culpable.

Si Ted tenía razón sobre la poda de ese arbusto, ¿en qué más podría tener razón?

La puerta principal se abrió de golpe y aparecieron Ted y su abuela Loretta.

Sentí que el corazón se me aceleraba a medida que ellos avanzaban hacia nosotras tranquilamente.

¿Por qué me ponía tan nerviosa?

—En serio, el contoneo de ese hombre puede disparar los niveles de dopamina de una mujer —dijo Mindy.

—Estás casada, y Loretta dijo que era una cojera por una operación.

—A mis ovarios les da igual. Te digo que ahora mismo están rebotando como las bolas de una máquina de bingo.

Solté un resoplido y le señalé la barriga.

—Esa es mi futura sobrina dándote patadas y diciéndote que dejes de quedarte embobada mirando a hombres que no son tu marido.

—No hay nada de malo en mirar. Tú no tienes excusa.

—No puede ser —dije—. Mira lo que lleva puesto.

No me había dado cuenta cuando entró, pero Ted llevaba un polo violeta de Luna Roja. El mismo que llevaba yo hoy.

Íbamos a juego otra vez.

Mindy rió y dijo:

—Eso tiene que ser una señal.

Le di un codazo para que se callara.

—Hola, Iris. Hola, Mindy. —Loretta se detuvo frente al mostrador —. ¿Qué tal estáis en este día tan encantador?

Sonreí, preguntándome cómo podía tener Ted a alguien tan dulce en su familia.

—Estamos muy bien, gracias. Bienvenidos de nuevo. ¿Vais a hacer otra cata con nosotras hoy o tenéis alguna pregunta?

Quería preguntarle qué había pasado anoche y por qué me había dejado sola con su exasperante nieto, pero decidí que no era asunto mío.

—Volvemos a degustar más vino vuestro, por supuesto —dijo Loretta sonriendo—. Le he dicho a Teddy que quiero asegurarme de probar todo lo que ofrecéis.

—Bueno, estaré encantada de ayudarte a ti y a *Teddy* con ello —dije.

—Ted está bien —dijo él, mirando mi polo. Después se miró el suyo, cerró los ojos y negó con la cabeza, murmurando algo.

—No digas tonterías —dijo Loretta a Ted—. ¡Ella puede llamarte Teddy, es prácticamente de la familia!

Ted se volvió hacia su abuela.

—¿Qué quieres decir exactamente con que somos casi de la familia?

—Nosotros éramos los dueños de esta bodega y ahora la llevan ellas.

Yo tampoco seguía su lógica, pero sabía que lo decía con buena intención.

Me recordaba mucho a la abuela Sherry, siempre buscando lo mejor de las personas, tratando de centrarse en lo positivo y no en lo negativo.

Loretta señaló nuestros dos polos.

—No puedo creer que vayáis a juego otra vez. ¿Qué probabilidades había?

Ted señaló el expositor de polos junto al de las camisetas.

—Diría que bastantes, ya que están a la venta.

Loretta cogió a Ted del brazo y tiró de él hacia la barra. Luego, me hizo un gesto.

—Iris, necesito que vengas aquí un momento, si puedes.

Rodeé la barra, preguntándome qué quería.

—Justo… aquí. —Loretta me empujó junto a Ted. Luego, retrocedió unos pasos y sacó el móvil. Me hizo un gesto—. Acércate más a Teddy. Ay, esto va a quedar adorable.

—No te reconocía con la camiseta limpia —dije.

Ted sonrió con suficiencia.

—Y yo no te reconocía a ti hasta que has abierto la boca.

—Ted, acércate más a Iris —dijo Loretta—. No muerde.

—¿Tienes alguna prueba de eso? —preguntó Ted.

—¡Vale! ¡Ya está! —dijo Loretta, comprobando la foto que acababa de hacer con su móvil.

Ted levantó las palmas de las manos.

—Se supone que tienes que decir uno, dos, tres, patata o algo así para que estemos listos.

—Tonterías. Las fotos son mucho mejores cuando son espontáneas.

Crucé los dedos y esperé no tener la boca abierta otra vez, o los ojos medio cerrados.

Volví a rodear la barra y me puse junto a Mindy.

Se inclinó y susurró:

—No te lo vas a creer. Mira las manos de Ted.

Hice lo que pude para mirar disimuladamente su mano mientras tamborileaba con los dedos en la barra, preguntándome qué iba a ver.

Me incliné de nuevo hacia Mindy.

—¿Qué tengo que buscar exactamente?

—Tiene rasguños y cortes en el dorso de la mano y en los dedos.

—¿Y qué?

No tenía ni idea de por qué estaba obsesionada con las manos de Ted.

Mindy abrió los ojos de par en par.

—El arbusto que podaron tenía unas espinas horribles, ¿recuerdas?

Tenía razón.

Volví a girar la cabeza en dirección a la mano de Ted, pero él la bajó y la escondió al ver que la miraba.

«¿Me ha podado Ted el arbusto?»

Solté una carcajada al darme cuenta de lo que acababa de pensar. Me recordó la reacción de la mujer de la mesa de enfrente de la nuestra la noche anterior.

Ted, Loretta y Mindy se me quedaron mirando.

—Perdón. —Intenté pensar en una excusa—. Acabo de acordarme de algo que me ha dicho alguien antes. En fin, ¡vamos a por ese vino!

—Me parece perfecto. —Mindy sonrió y cogió dos copas, dejándolas en la barra frente a Ted y Loretta—. Hoy vamos a empezar con algo diferente de nuestra colección diamante.

Loretta frunció el ceño.

—¿Te importa si empezamos con el vino que probamos ayer, el que vais a presentar al concurso?

—Ah, ¿el cabernet reserva? —pregunté—. Por supuesto. Ahora mismo. —Cogí una botella y la abrí, sirviéndole primero a Loretta. Luego, me acerqué a la copa de Ted.

Me hizo un gesto de negación con la mano y dijo:

—Esperaré al siguiente. Gracias.

—¿No te gusta este?

Ted abrió la boca para hablar y…

Loretta se estiró y le apretó el brazo. Me dedicó una sonrisa forzada al ver que me había dado cuenta.

—¡Claro que sí! —dijo.

¿A qué venía eso?

Ted vaciló.

—Es solo que… lo tomé dos veces ayer. Una durante la cata y luego la segunda vez durante la cena.

Dejé la botella sobre la barra y dije:

—Buen intento, pero el vino de nuestra cena nunca llegó a tu boca. También recuerdo que ayer, durante la cata, estuviste a punto

de decir algo sobre la acidez, pero no terminaste la frase. ¿Te apetece explayarte sobre el tema?

Esperé a que respondiera.

Ted parecía estar sopesando sus palabras, considerándolas mucho antes de hablar.

—No lo hagas —murmuró Loretta, tomando un sorbo de su vino.

Me apoyé en la barra.

—Puedes hablarme del vino o decirme cómo te hiciste esos arañazos en las manos. Tú eliges.

Ted resopló resignado.

—Está bien, pero no me arranques la cabeza. —Se pasó la mano por la boca, negando como si supiera que iba a arrepentirse de lo que dijera—. Estás cometiendo un error al presentar ese vino al concurso. No tiene ninguna posibilidad de ganar.

—Ay, madre —dijo la abuela Loretta, rodeando a Mindy con el brazo—. Quizá deberíamos correr a refugiarnos.

«Vaya, vaya… el señor arrogante había vuelto a toda máquina».

—¿Por qué no debería presentarlo? —pregunté—. No me digas… ¿porque vas a presentar tu propio vino y temes perder?

Ted soltó una risita y dijo:

—No digas ridiculeces. No he presentado ninguno de mis vinos en *El Próximo Gran Vino* esta vez.

No esperaba que dijera eso.

Esto significaba que no tenía nada que ganar o perder siendo sincero conmigo. ¿Debía tragarme mi orgullo y pedirle una explicación?

—Sinceramente, es porque no has perfeccionado este vino —dijo Ted—. Tienes unas uvas increíbles, pero no están alcanzando todo su potencial en el vino que has creado. Lo siento, pero querías saberlo y ahí está.

Me quedé sin palabras.

Loretta dio un sorbo al vino y dijo:

—Pues a mí me parece delicioso.

Le sonreí y respondí:

—Gracias.

—No me malinterpretes —decidió continuar Ted, aunque yo ya había oído más que suficiente—. No está nada mal, pero no es lo bastante bueno para ganar.

¿No está nada mal?

Me crucé de brazos.

—¿Cómo puedes llegar a esa conclusión sin conocer los otros vinos que se presentan al concurso?

—No importa. A tu vino le falta fruta.

—No todos los vinos tienen que ser ricos en fruta para ganar concursos —dije riendo.

—Sí, cuando van a ser juzgados por Antoine Dupont.

—¿Quién es Antoine Dupont? —preguntó Mindy.

—El famoso juez-celebridad y gilipollas a tiempo parcial que vuela desde Francia para el concurso —respondió Ted.

—No le tengo miedo a Antoine Dupont —dije yo.

—Deberías. Ese hombre es brutal con sus críticas, aunque muchas de sus reseñas son muy acertadas. Sé exactamente el tipo de vino que le gusta y lamento decirte que tu cabernet reserva no se le parece ni de lejos. Tienes que presentar otro vino al concurso. Sus reseñas pueden hacer triunfar o hundir una bodega, y tú ya tienes bastantes problemas con los que lidiar. —Se encogió de hombros—. Lo siento, pero tenías que saberlo.

—¿De qué vas con que tengo tantos problemas por aquí? —pregunté—. ¿Qué problemas?

—¿Quieres que haga una lista? —preguntó Ted.

—No. —Sentí que me subía la tensión.

—Pues —dijo Mindy—, a mí me gustaría ver esa lista, si no te importa.

Giré la cabeza en su dirección, sintiendo un dolor agudo en el cuello.

—¿En serio?

—¿Qué? Por mirar no se pierde nada, ¿no? Es como tener un asesor gratis. —Señaló a Ted—. Ganó una medalla de oro, algo sabe de vinos.

Ted sonrió a Mindy y dijo:

—Gracias, pero no voy a obligarla a aceptar mi ayuda. Ni siquiera es capaz de admitir que tiene problemas, lo cual es otro problema, a decir verdad.

—Admito que tenemos algunas cosas en las que debemos trabajar, pero lo tengo todo bajo control —dije—. Te aseguro que ninguno de nuestros supuestos problemas es grave.

Mi empleada, Amber, corrió hacia mí con cara de agobio.

—Iris, tenemos un problema grave.

Ted abrió la boca para hablar.

Lo señalé y dije:

—Ni se te ocurra.

Capítulo Seis

Iris

Ted hizo el gesto de cerrar la boca con cremallera y luego tirar la llave, como había hecho en el comedor la noche anterior durante la cena. Entonces, el gesto casi me pareció adorable.

Hoy, en cambio, resultaba irritante.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Mindy.

Amber dejó el portátil sobre la barra.

—La página web está completamente caída.

—¿Cómo? —Giré el portátil hacia mí y me quedé mirando las palabras que aparecían en la pantalla.

404 No Encontrado.

Ted me advirtió que mi web era una bomba de relojería, pero ¿yo le hice caso? No.

Desde luego, era un problema grande, ya que las ventas de vino durante el concurso suponían un enorme porcentaje de nuestros ingresos anuales. No tenía ni idea de cuánto tardaría en diagnosticar el problema y solucionarlo, y tenía demasiadas cosas que hacer.

—Teddy es un experto en Internet —dijo Loretta—. Estaría encantado de ayudarte, ¿a que sí, Teddy?

Él se lo pensó un momento y sonrió con superioridad.

—¿Qué entiendes por *encantado*?

Loretta lo fulminó con la mirada.

—Teddy está de broma.

Ted se rio y dijo:

—Será un placer ayudarte. Seguro que puedo averiguar cuál es el problema y volver a poner tu página web en marcha en un santiamén. Eso si consideras que una web completamente muerta es un problema.

—Gracias por el ofrecimiento, pero solucionaré este problema por mi cuenta —dije.

Él levantó una ceja.

—¿Así que ahora admites que tienes un problema?

—Prefiero llamarlo un contratiempo.

—No seas tan terca.

Puse las manos en jarras.

—Mira quién habla. La cabezota aquí no soy yo.

—Sí que lo eres —dijo Mindy—. Ted, gracias por tu amable ofrecimiento, lo aceptamos. —Le entregó el portátil—. Sígueme. Tengo la contraseña para que puedas acceder.

Me quedé allí plantada, boquiabierta, viendo cómo Mindy y Ted se iban al otro lado de la sala de catas y se sentaban en una mesa cerca de la chimenea.

Loretta se bebió la última gota de vino y luego deslizó la copa vacía hacia mí en la barra.

—Sea cual sea la idea que te hayas hecho de Teddy, quizá deberías deshacerte de ella.

La estudié y luego cogí la siguiente botella de vino.

—¿A qué te refieres?

—Sabes perfectamente a qué me refiero. —dijo Loretta sonriendo.

Tenía razón, lo sabía.

Desde que mi exmarido me engañó y casi llevó mi negocio a la quiebra, me costaba creer que la gente quisiera ayudarme sin querer algo a cambio.

Lo admito: tenía problemas para confiar. Me costaba mucho.

Y esos problemas de confianza habían derivado en problemas con el negocio.

El otro día, en el supermercado, un hombre me ofreció pasar delante de él en la cola de la caja, ya que yo solo llevaba dos cosas y su carro de la compra estaba lleno hasta los topes. Lo rechacé, pensando que lo hacía por algún motivo oculto, como si fuera a sacar conversación para luego pedirme salir o algo por el estilo.

Es estúpido pensarlo, lo sé.

El hombre me miró como si estuviera loca cuando le dije que yo era la persona más paciente del mundo y qué esperar era una de las cosas que más me gustaba hacer en la vida.

Quizá estaba loca de verdad.

Sabía que había reaccionado de forma exagerada y me sentí avergonzada, pero era la carga que llevaba encima y con la que tenía que lidiar. Todavía no había perdonado a mi exmarido.

La traición de alguien que se supone que lo es todo para ti es la peor de todas. No sé cuántas veces he revivido conversaciones con él en mi cabeza, dándole respuestas diferentes a las que le di en su momento; cada una de esas conversaciones acababa conmigo dándole una patada en los huevos.

No son pensamientos sanos, ya lo sé.

—Tú y Teddy tenéis más en común de lo que crees —dijo Loretta de la nada.

Me eché a reír, preguntándome a cuánta gente habría querido darle Ted una patada en los huevos.

—Me cuesta creerlo. —Le serví el siguiente vino—. Este vino se llama Dulce Hermana. Es un merlot de nuestra colección Diamante.

Loretta asintió y dijo:

—Gracias. —Hizo girar el vino en la copa un par de veces y luego metió la nariz en ella e inspiró, mirándome pensativa—. Mazapán, cereza madura y cedro.

—Muy bien. —Sonreí, asombrada de que pudiera distinguir los aromas tan rápidamente.

Loretta bebió un sorbo y luego examinó el vino en la copa.

—Está muy bueno. Aunque me sigue gustando más el que vas a presentar al concurso.

—Gracias. —Pensé en lo que había dicho Ted—. ¿Estás de acuerdo con Ted sobre el otro vino? Que le falta fruta para ganar.

No es que fuera a cambiar mi estrategia para el concurso por la opinión de dos personas, pero sentía curiosidad por la opinión de Loretta, ya que me parecía sincera.

Loretta sonrió y respondió:

—Solo sé lo que le gusta a mi paladar, así que no puedo responderte a nivel profesional. Lo que sí te diré es que Ted es un hombre brillante y sabe de vinos. Y no estoy siendo parcial, es la verdad. Puede que sea un poco tosco en lo que respecta a las relaciones y las mujeres, pero tiene un sexto sentido para el vino que nunca he visto en otras personas y rara vez se equivoca.

Miré a Ted, que estaba enfrascado trabajando en el portátil, con la cabeza hacia adelante, concentrado como si estuviera empollando para un examen final.

—¿Qué tenemos exactamente en común? —pregunté.

No estaba segura de por qué quería saberlo, pero ya era tarde para echarme atrás.

Loretta se lo pensó.

—¿Te refieres a que aparte de que a los dos os apasiona el vino, siempre creéis que tenéis razón y sois unos cabezotas?

Me lo había buscado.

—Sí, aparte de eso —dije riendo.

—Tienes buen corazón, se nota, pero alguien te hizo mucho daño. ¿Me equivoco?

Asentí, pensativa.

—¿Y a Ted también le hicieron daño?

Loretta frunció el ceño, miró a Ted y luego se volvió hacia mí.

—Eso es quedarse corto. El pobre estaba destrozado y, sinceramente, fue una de las cosas más difíciles que he presenciado. La mayoría de la gente podría pensar que Ted nació con esa inteligencia, pero fue el resultado directo de trabajar de manera incansable y enterrarse en los libros para escapar del dolor de lo que le había sucedido. Diez años, quinientos libros y tres carreras universitarias después, había surgido un genio hecho a sí mismo. Es verdad lo que dicen de que de algo malo siempre sale algo bueno. Ted aprendió todo lo que necesitaba saber sobre vinos y prácticas

empresariales, y luego tomó las riendas de la bodega de sus padres para que ellos pudieran viajar por el mundo.

—Esto puede sonar a pregunta extraña, pero ¿tiene algo que ver con su cojera? —Hice una mueca de arrepentimiento, sintiéndome culpable por mi indiscreción—. Perdona, no tienes que responder a eso.

Desestimó mi comentario con un gesto de la mano.

—Esa historia tendrá que contártela él porque es bastante personal, pero sí, tiene que ver con su ex y su perro.

Otra sorpresa.

Ted tenía un perro.

—¿Qué clase de perro tiene? —pregunté sonriendo.

—Ya no lo tiene —dijo Loretta.

Hice una mueca.

—Oh, no. ¿Le pasó algo? —Levanté una mano—. Espera, no quiero saberlo. Me pondré triste.

—Ya he hablado demasiado. —Bebió un sorbo de vino, pensativa —. Y que lo sepas, Ted siempre ha tenido compasión y amabilidad para ayudar a los demás, así que tienes que saber que lo que está haciendo por ti ahí, ahora mismo, es cien por cien desinteresado, sin pedir nada a cambio.

Volví a mirar a Ted, que se reía con Mindy mientras trabajaba en el portátil. Sentí curiosidad por saber de qué hablaban.

Una hora de trabajo se convirtió en dos, luego en tres y después en cuatro.

Loretta había vuelto a su habitación a echarse la siesta, Mindy se había ido a casa y Ted seguía junto a la chimenea, trabajando en mi web él solo, sin comer ni ir al baño.

Lo extraño era que todavía parecía tener energía.

¿Tanto le gustaba lo que estaba haciendo?

Antes de irse, Mindy me había advertido que no interrumpiera a Ted porque estaba haciendo un trabajo increíble con la web y estaba superconcentrado y era muy fiable.

Y yo me sentía culpable.

«Debe de estar muerto de hambre».

Le había llevado un café antes y una botella de agua, pero quería hacer algo más.

Fui a la cocina y miré a mi alrededor, intentando decidir qué podía prepararle a Ted.

Con suerte, fuera lo que fuera lo que le preparara, aliviaría parte de la culpa que sentía, pero mis habilidades culinarias eran muy limitadas, razón por la cual comía en el Hotel Luna Roja de al lado casi todos los días.

Bueno, eso y que estaba demasiado cansada para cocinar después del trabajo.

Al final, decidí prepararle un sándwich caliente a Ted. También llené un cuenco de nuestra característica sopa de tomate que ya estaba preparada.

Con suerte, a Ted le gustaría.

Puse el sándwich y la sopa de tomate sobre la mesa, al lado del portátil.

—Come. Por favor —dije.

Ted levantó la vista del portátil para mirar la comida, y luego se giró hacia mí, mirándome como si tuviera dos corchos metidos en las fosas nasales.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, es que… —Se encogió de hombros—. Estás siendo amable conmigo, así que estoy un poco en shock. Intento disfrutar del momento mientras dure.

Levanté el puño.

—No hagas que me arrepienta.

—Estoy de broma —dijo Ted riendo—. Y debiste de leerme la mente, porque me muero de hambre. —Cogió el sándwich y lo abrió para mirar dentro—. No me digas. ¿Un sándwich de jamón y queso fundido?

Me puse en jarras y dije:

—¿No te fías de mí lo suficiente como para comértelo sin más? ¿Tenías que mirar dentro?

—Solo comprobaba si tenía arsénico —guiñó un ojo.

Señalé el cuenco de la sopa.

—Para que lo sepas, es mucho más fácil esconder el veneno en la sopa —le devolví el guiño.

Ted se rió entre dientes.

—Bueno, sea como sea, parece que voy a disfrutar de una última comida maravillosa. No podrías haberla elegido mejor. Gracias por prepararme mi sándwich favorito. Me siento como si volviera a ser un niño.

Me crucé de brazos.

—¿Te estás burlando de mí otra vez?

—Lo digo en serio, es mi favorito. Si no me crees, pregúntale a la abuela Loretta la próxima vez que la veas. Ella me ha preparado cientos de sándwiches así a lo largo de los años. Nunca me canso de ellos.

—Bueno, espero que te guste.

—Seguro que sí. —Ted le dio un gran mordisco, gimió de placer, masticó, asintió y se lamió los dedos—. Pensándolo mejor, no se lo menciones a la abuela. Se cabrearía si se enterase de que este me gusta más que los suyos. —Le dio otro mordisco.

Me relajé un poco y sentí cómo parte de la culpa se disipaba.

Ted le dio otro mordisco al sándwich y gimió de nuevo mientras masticaba.

—Está riquísimo. Por favor, dale mis felicitaciones al chef.

—Lo haré —dije, contenta de que lo estuviera disfrutando.

—Buenas noticias… —Ted se limpió la boca—. Tu página web ya está en marcha y funcionando sin problemas.

Solté un suspiro de alivio.

—Muchísimas gracias. No sabes cuánto te lo agradezco.

Era una cosa menos de la que preocuparme.

—¿Bromeas? Me encanta hacer este tipo de cosas. Podría estar haciéndolo todo el día. —Ted giró el portátil hacia mí para que pudiera verlo—. Échale un vistazo.

—Un momento… —Me acerque sorprendida a la pantalla—. Parece una página web completamente nueva.

Ted sonrió de oreja a oreja.

—Lo es. De verdad creo que te va a gustar. O eso espero. Ahora es mucho más funcional y fácil de navegar.

No me esperaba que hiciera tanto. Los diseñadores web a veces cobran miles de dólares por crear y personalizar páginas, pero yo solo quería que la mía volviera a funcionar. Era demasiado, y además yo no había aprobado nada.

¿Y si no me gustaba?

La cosa podría ponerse incómoda, ya que lo había hecho gratis.

—Pensaba que solo ibas a actualizar un par de cosas —dije.

Ted hizo una mueca de disculpa.

—Lo siento, pero la otra web tenía que desaparecer. Era demasiado austera y anticuada. Sinceramente, es probable que estuvieras perdiendo ventas de vino incluso antes de que se bloqueara. —Hizo clic en un par de páginas del menú del sitio y señaló la pantalla—. He movido algunas cosas para que sea más fácil de usar. He optimizado todas las imágenes para que las páginas se carguen más rápido. La gente está ocupada y no tiene tiempo que perder. Tus clientes tenían que hacer prácticamente malabares solo para comprarte vino, y lo más probable es que algunos incluso desistieran porque era demasiado confuso o tenían que introducir demasiada información innecesaria. Ahora, el proceso de compra es mucho más fluido. Incluso el pago en tu tienda es muy sencillo y requiere menos clics.

—No sé qué decir —dije—. Gracias por tomarte el tiempo de hacer esto.

—Ha sido un placer —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Y que no te sorprenda si ves un aumento en las ventas de vino casi de inmediato.

Por alguna razón, eso me dio que pensar, pero no en el buen sentido.

Para que Ted hubiera hecho esos cambios, tenía que haber iniciado sesión en mi cuenta de empresa con una contraseña diferente de la que le había dado Mindy, lo que significaba que tenía acceso a toda mi información personal, incluido el número de mi cuenta bancaria. Pensaba que solo iba a trabajar en la web, no en la tienda de vinos en línea.

«Para. No te alteres. Te está ayudando».

No era fácil concederle a Ted el beneficio de la duda cuando la última persona que tuvo acceso a mi información personal casi me había llevado a la bancarrota. Solo conocía a Ted de un par de días, así que ¿qué sabía yo realmente de él? ¿Cómo sabía que no estaba ya desviando parte de mi dinero a alguna cuenta bancaria en Suiza?

Solo que su bodega era probablemente más próspera que la nuestra, así que no necesitaba el dinero, me decía la parte lógica de mi cerebro.

Respiré hondo e intenté calmar mis pensamientos descabellados.

Afortunadamente, algo que Loretta me había dicho antes me ayudó.

«Sea cual sea la idea que te has hecho de Teddy, quizá deberías deshacerte de ella».

Quizá tuviera razón.

Me había vuelto tan desconfiada y me había quedado tan paralizada durante años, sin querer confiar en nadie que estaba hastiada… No me parecía justo juzgar a Ted, pero ¿no era comprensible que me sintiera así después de lo que me había pasado?

«Necesitas saber que lo que está haciendo por ti ahí ahora mismo es cien por cien genuino y sin segundas intenciones».

Lo que Loretta había dicho parecía sincero. Ella no podía formar parte de una estafa como esta, ¿verdad? Esa gente tenía una bodega, no eran timadores, si no, habrían elegido un objetivo mayor que nuestra bodega.

Aunque un objetivo mayor significaba más seguridad…

No sabía qué pensar.

Lo había visto en las noticias innumerables veces, amigos y familiares completamente conmocionados al descubrir que alguien que conocían resultaba ser un asesino a sangre fría o un estafador.

¿Estaba Loretta preparando el terreno para que Ted diera el golpe de gracia?

Quizá trabajaban en equipo.

Aparté la idea de mi cabeza, dándome cuenta de que estaba paranoica otra vez y de que realmente tenía que trabajar en mis problemas.

Ted ladeó la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Eh? —Me volví hacia él, estudiando su rostro, que no parecía el de alguien que fuera a dejarme sin un duro—. Sí, estoy bien. Solo estoy un poco en shock de que hayas hecho esto por mí.

—De verdad, no ha sido nada. —Ted sonrió—. Venga. Navega un poco y compruébalo tú misma. —Ted cogió la otra silla y la acercó a mí.

—Gracias. —Me senté y miré los arañazos de sus manos—. Y gracias por podar el arbusto.

—De nada.

—No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé.

—Yo no te di permiso para hacerlo —dije.

Ted se encogió de hombros.

—Es más fácil pedir perdón que permiso. Había que hacerlo. Otra cosa sería si hubiera hecho un trabajo horrible.

Negué con la cabeza.

—No. Ha quedado genial. Gracias de nuevo.

—Un placer. —Ted señaló el ordenador—. ¿Y bien? ¿Qué te parece la página web?

Me acerqué a la mesa y empecé a navegar por la página web.

—Me encanta. Has hecho todo esto en unas pocas horas.

—A decir verdad, he descargado una plantilla y luego he ido creando la web desde ahí, página a página. No ha sido difícil. Lo bueno es que, de ahora en adelante, podrás hacer actualizaciones fácilmente. Las instrucciones están en tu escritorio. Ah, y ahora tienes cuentas de Facebook e Instagram para la bodega, así que tus fans pueden empezar a seguirte. ¡No me puedo creer que ni siquiera tuvieras una!

Suspiré.

—Sí que teníamos, pero el imbécil de mi exmarido… —Por suerte, paré antes de compartir demasiada información—. Olvídalo. No debería haber dicho nada.

Ted asintió, con una mirada compasiva en el rostro que me sorprendió.

—Hay muchos exmaridos en el mundo por los que no vale la pena gastar ni saliva. —Cogió una cucharada de sopa, se la llevó a la boca y me dio un golpe en el hombro con el codo.

—Huy. Perdón. —Ted miró el polo, que ahora tenía una enorme mancha de tomate en la zona del estómago—. Por Dios. Otra vez no.

Negué con la cabeza.

—¿Qué te pasa con la ropa? No consigues mantenerla limpia.

Ted lamió la cuchara.

—Mmm, está riquísima. —Usó la cuchara para quitarse el tomate de su polo—. Esto solo me pasa cuando llevo una de tus camisetas. ¿Qué te dice eso?

—Que eres una persona muy desastrosa.

—Empiezo a preguntarme si es que me pongo nervioso cuando estoy contigo —dijo Ted.

—¿Por qué ibas a ponerte nervioso?

—¿Cuántas veces has planeado mi muerte?

Me lo pensé y pregunté:

—¿Te refieres solo a hoy?

—¿Ves? —dijo Ted—. Por eso estoy nervioso.

—Tengo que mantenerte alerta. —Señalé el polo—. Dámelo antes de que la mancha de tomate se fije de forma permanente. Lo meteré en la lavadora.

Ted miró alrededor de la sala de catas.

—¿Te refieres a… ahora mismo? Vale. —Hizo el gesto como si fuera a quitársela en ese momento.

Estoy bastante segura de que se me salieron los ojos de las órbitas.

—¿Ahora quién está nerviosa? —dijo riendo.

Resistí el impulso de visualizar a Ted quitándose la camiseta delante de mí.

¿Estaba coqueteando conmigo?

—Me alegro de que te lo pases bien —dije—. Un momentito...

Fui a coger una de las camisetas en la zona de artículos a la venta, volví a la mesa de Ted y se la di.

—Toma, una camiseta nueva por las molestias. Dale la sucia a cualquiera de los empleados para que la lave cuando vuelvas al

hotel.

Ted leyó la camiseta que decía «Divino como un buen vino».

—Gracias —dijo.

—No te vengas arriba. Solo he cogido la primera que he encontrado de tu talla.

—Ajá. —Sonrió con suficiencia—. Primero piensas que soy encantador…

—Yo nunca he dicho eso.

—Y ahora piensas que soy como un buen vino. —Su sonrisa arrogante se hizo más grande—. Muy bien.

Lo fulminé con la mirada y dije:

—Termina la sopa antes de que el arsénico pierda su potencia y ve a cambiarte antes de morir.

Capítulo Siete

Ted

—Abuela, ¿a dónde vas? —Dejé la revista de vinos encima de la mesita de noche y salí de mi habitación al oír un ruido en el pasillo de la suite.

Ella se quedó paralizada con la mano en el pomo de la puerta.

—Solo voy a dar un paseo —dijo—. No me esperes despierto.

—¿A estas horas? —pregunté.

Había algo sospechoso en su comportamiento.

La abuela Loretta estaba de espaldas a mí.

No se movía.

Tampoco me respondió.

Además, parecía llevar el pijama más feo del mundo, una mezcla de marrón, verde y algún otro color horroroso. Puede que mis ojos me estuvieran engañando, pero parecía que la madre naturaleza acababa de vomitarle encima.

Encendí la luz para verla mejor.

—Date la vuelta, por favor —dije.

Se giró lentamente, sonriendo.

—No quería despertarte.

—Todavía no estaba durmiendo. —Mire fijamente la monstruosidad de ropa que había elegido—. ¿Qué llevas puesto?

La abuela Loretta se encogió de hombros.

—Es algo que me he comprado por el camino. ¿Te gusta? Según me han dicho, es el último grito.

Giró a la izquierda y luego a la derecha, posando con algo que distaba mucho de estar a la moda: una camisa de camuflaje y pantalones a juego.

—Parece que vas a cazar patos. Espera un momento… —La estudié un instante y por fin adiviné lo que tramaba—. Vas a robar la vid, ¿verdad?

Sonrió con suficiencia.

—Una chica tiene que hacer lo que un chico no puede o no quiere hacer.

La señalé con el dedo y dije:

—Te prohíbo que vayas.

La abuela Loretta se echó a reír.

—Dudo que puedas detenerme en calzoncillos.

Me miré los calzoncillos y ella aprovechó la oportunidad para escabullirse y cerrar la puerta tras de sí.

—Mierda. —Corrí de vuelta a mi cuarto, me puse los vaqueros y la camiseta que me había dado Iris.

Me calcé y salí corriendo por la puerta, pero me detuve en seco cuando Sherry me paró al pie de la escalera.

Miré hacia la puerta principal del Hotel Luna Roja, que estaba a solo unos metros.

«Tan cerca».

—¡Buenas noches, Ted! —sonrió Sherry—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Solo salía a dar un paseo bajo las estrellas. ¿Has visto a mi abuela?

Sherry asintió y dijo:

—Acabo de verla. Se dirige al nuevo viñedo de la zona oeste para observar lechuzas por la noche.

Luna Roja era una de las muchas bodegas del valle de Napa con cajas nido para lechuzas como forma orgánica de controlar a los roedores que atacan los troncos de las vides. Cuando se instala una caja nido para lechuzas, la lechuza encuentra pareja y luego crían seis o siete polluelos que, al crecer, se comen los roedores.

Dicho esto, sabía que esa no era la razón por la que la abuela Loretta iba para allá. Estaba tramando algo, de eso estaba seguro.

—Nunca se me había ocurrido ponerme ropa de camuflaje para que las lechuzas no me vieran —añadió Sherry—. ¿Crees que las engañará?

Sonreí con ironía.

—Y a todo el mundo.

Sherry señaló mi camiseta.

—Por cierto, me encanta la camiseta.

—Gracias. Me la dio Iris. —Forcé una sonrisa, sin querer ser grosero y cortar la conversación, pero necesitaba alcanzar a la abuela Loretta antes de que hiciera una locura.

—¿A que mi nieta es un encanto? —preguntó Sherry.

Asentí y dije:

—Le estoy cogiendo cariño.

Se rió.

—¡Le estás cogiendo cariño a Iris! ¡Esa es buena! —Se puso seria, miró a su alrededor y luego se inclinó como si quisiera contarme un secreto—. ¿Te he dicho ya que está soltera?

Sherry era tan sutil como un huracán de categoría cinco.

Era evidente que no era el único con una abuela entrometida.

Reprimí una carcajada.

—No, pero Howard sí.

—Es guapísima, ¿a que sí? —preguntó Sherry.

Dudé, y luego asentí.

—Desde luego.

No había razón para mentir.

Hasta un tonto podía verlo.

También era la mujer más terca que había existido jamás, lo que reducía su factor de belleza en un quince o veinte por ciento.

Sherry torció la cabeza.

—¿Cuán atractiva dirías que es?

¿Todavía seguíamos con eso? Con suerte, podría darle una respuesta que la dejara satisfecha y pusiera fin a las preguntas, para poder largarme de allí.

—Iris es tan cautivadora que las flores envidian su belleza.

Eso debería bastar.

Sherry se llevó las manos al pecho.

—Madre mía, qué cosa tan bonita has dicho.

—Que disfrutes del resto de la noche. —Me volví hacia la puerta para irme y me quedé clavado en el sitio.

Iris estaba allí de pie.

Tenía la boca abierta.

Yo tenía la boca abierta.

Tragué saliva a duras penas, repasando mentalmente lo que había dicho.

«Iris es tan cautivadora que las flores envidian su belleza».

¿Qué pensaría Iris después de oírme decir eso?

Aparté el inminente análisis de mi cabeza. Era la cursilería más grande que había dicho jamás.

No quería saber lo que pensaba.

—Debería irme. —Forcé una sonrisa y pasé junto a Iris, rozándola sin querer y evitando el contacto visual.

Salí volando por la puerta principal, giré a la izquierda y me dirigí al viñedo del oeste.

—Soy idiota —mascullé para mis adentros.

Lo que había dicho era un piropo, por supuesto, aunque me había pasado un poco, pero no quería darle a Iris una idea equivocada. Sí, pensaba que era guapa, pero no estaba interesado en ella y no quería que pensara que lo estaba.

Aunque estuviera interesado, que no lo estaba, ella pensaría que tenía segundas intenciones, muy probablemente que estaba intentando que me vendiera uvas o que colaborara conmigo. Qué ridículo.

«*Concéntrate*».

Tenía que encontrar a la abuela Loretta antes de que acabara en la cárcel o se llevara todo el viñedo a Petaluma.

Me detuve cerca de la primera hilera de vides y agucé el oído en busca de alguna señal de que estuviera cerca. No tardé en oír el crujido de unos pasos en la tierra no muy lejos.

—¡Abuela! —susurré tan alto como pude.

No respondió.

Había olvidado que podía pasar desapercibida con su ropa de camuflaje recién comprada, pero había luna llena. Con un poco de suerte, el pelo azul de la abuela Loretta brillaría como una camiseta fluorescente bajo una luz negra.

—¡Abuela Loretta! —susurré de nuevo.

Hubo un movimiento a mi derecha y entonces vi su cabeza de pelo azul iluminada subiendo y bajando al otro lado de una de las hileras, como en uno de esos juegos de golpear al topo a los que jugaba de niño en los recreativos de la Feria del Valle de Napa.

Eché a correr, preguntándome si ya habría robado una vid, si se estaría preparando para hacerlo o si simplemente me estaba tomando el pelo otra vez con sus travesuras.

Me deslicé por debajo de unas uvas, despacio, con cuidado de no engancharme en el alambre, y luego intenté alcanzarla en el cruce.

«No, no, no…».

Parecía que la había perdido.

Gracias a esas caminatas enérgicas con sus amigas todos los días, mi abuela estaba en una forma increíble, como una gacela adulta, esbelta, ágil, sin dentadura postiza, pero sin los cuernos y la tendencia a comerse cualquier cosa de papel.

Así, sin más, la abuela Loretta desapareció.

Me detuve para escuchar de nuevo.

Nada.

«¿Dónde diablos se ha metido?»

Sacudí la cabeza con frustración.

Entonces vi movimiento en dirección al Hotel Luna Roja.

Corrí en esa dirección, braceando con fuerza para coger impulso, intentando llegar antes de que desapareciera de nuevo.

Por desgracia, fue demasiado impulso para mí.

Agitando los brazos en el aire, perdí por completo el control de mi cuerpo y caí de lado sobre una de las vides, antes de darme de bruces contra el suelo mojado.

Gemí y me levanté, sin darme cuenta de que tenía el pie sobre una tubería de riego.

El peso de mi cuerpo rompió la tubería y el agua salió disparada como un géiser, directa a la entrepierna de mis pantalones.

Caí de rodillas para enderezar la tubería y reducir la pérdida de agua.

Por suerte, la rotura fue limpia y la fuga se ralentizó, pero aún goteaba. Como no tenía herramientas para repararla, hice lo único que se me ocurrió.

Me quité la camiseta, la envolví varias veces alrededor de la tubería como un torniquete y la anudé lo más fuerte que pude sobre la grieta.

La fuga pareció detenerse por completo.

Más tarde tendría que buscar en la propiedad y ver dónde guardaban las herramientas para repararla correctamente, o podría buscar al encargado y pedirle ayuda.

En cualquier caso, tendría que contarle a Iris lo que había pasado porque era lo correcto.

Tenía aún más ganas de encontrar a mi abuela y matarla, pero eso tendría que esperar.

Me di la vuelta hacia el Hotel Luna Roja y me quedé helado.

Era Iris otra vez, de pie frente a mí.

Tenía la boca abierta.

Yo tenía la boca abierta.

Iba sin camiseta, con la entrepierna mojada y la cara llena de barro.

Iris me miró la cara, los abdominales, el pecho, y luego se llevó las manos a las caderas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Intenté encontrar una respuesta lógica a su pregunta.

Como me quedé en blanco, opté por lo ridículo.

Me restregué el barro por la cara.

—He oído que la tierra de aquí tiene unos beneficios antibacterianos y exfoliantes increíbles, así que no podía dejarlo pasar. —Me froté el barro un poco más por la cara, sintiéndome como un idiota, ya que era imposible que se tragara esa milonga—. Nada como una mascarilla casera de barro del valle de Napa para eliminar las impurezas de la piel.

Iris frunció el ceño y me preguntó:

—¿Una mascarilla de barro?

Asentí y dije:

—Exacto.

Volvió a mirar mi pecho y tragó saliva, lo cual quizá fuera una buena señal. Si con eso bastaba para librarme del problema, regalaría todas mis camisetas.

—No te creo —dijo Iris—. ¿Dónde está tu camiseta?

Suspiré ante mi propia estupidez, sabiendo que tendría que decirle la verdad, aunque la abuela Loretta dijera que nunca me haría libre.

—Vale, mira, estaba corriendo por el viñedo, he tropezado y me he caído de bruces. —Señalé la tubería de riego—. He roto esa tubería al levantarme, pero le he hecho un arreglo temporal con mi camiseta. No te preocupes, está bien sujeta, pero habrá que pegarla cuando se seque. Puedo hacerlo yo.

Iris negó con la cabeza.

—Haré que alguien se ocupe.

—Bueno, siento las molestias. —Señalé el hotel—. Supongo que debería irme. Buenas noches.

—Vale… —Iris me observó mientras pasaba por su lado.

Solté un suspiro de alivio, sintiéndome bien por haberle dicho la verdad.

Por suerte para mí, Iris no me había interrogado con mil preguntas, porque era entonces cuando solía meterme en líos por decir lo que no debía.

—¿Por qué corrías por el viñedo? —gritó Iris a mi espalda.

Me detuve, cerré los ojos, pensando que había estado a punto de escapar, pero había fracasado.

Giré sobre mis talones.

—¿Que por qué corría por el viñedo?

Iris asintió.

—Sí, eso es lo que has dicho que hacías.

—Es verdad. Lo hacía.

—¿Y? ¿Había alguna razón en particular? Es simple curiosidad, ya que has tenido que pasar por delante del cartel que indica claramente que no se puede pasar.

¿Cómo iba a salir de esta?

Me metí las manos en los bolsillos, pensativo, mientras los pantalones se me deslizaban un poco más, quedando por debajo de la cintura.

La mirada de Iris bajó hasta mis abdominales e incluso un poco más abajo, y luego volvió a mis ojos.

—Perdona, ¿qué decías?

—No he dicho nada —dije.

—Creía haberte oído decir algo.

Negué con la cabeza.

—No. Nada.

Iris agitó la mano en el aire.

—Por la noche se oyen muchos ruidos.

Lo único que yo oía eran los grillos. Hasta las lechuzas estaban calladas en ese momento.

Señalé detrás de mí con el pulgar.

—Si no te importa, me gustaría volver a la habitación para asearme.

—Claro. —Iris asintió—. Buenas noches.

—Buenas noches. —Me dirigí hacia el Hotel Luna Roja, subí las escaleras de dos en dos y entré en la suite, cerrando la puerta tras de mí.

La abuela Loretta estaba en el sofá viendo la tele, tranquila, al parecer sin una sola preocupación. Su camisa de camuflaje y pantalones a juego habían sido sustituidos por un pijama de flores y una bata rosa.

Si no la conociera tan bien, pensaría que era una persona normal.

—Ah, estás aquí —dijo, levantando la vista—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Me crucé de brazos.

—¿Qué le ha pasado a tu juicio? Espera, no respondas a eso, porque es obvio que lo has perdido. ¿La has robado?

Busqué a mi alrededor cualquier rastro de una vid, de tierra o de cualquier cosa que no estuviera allí antes.

La abuela Loretta me ignoró.

—¿Tienen un spa en el recinto que yo no conozca? —Me señaló la cara—. Eso parece barro de primera, aunque suelen quitarlo cuando terminan. ¿Ese barro es como esos puntos de sutura tan sofisticados que se disuelven mágicamente y desaparecen solos? Como los que te pusieron en la rodilla después de la operación. Son unos genios.

—Sabes que aquí no tienen spa, abuela. —Suspiré y di un par de pasos hacia ella—. ¿A dónde has ido?

—Ya te lo he dicho, he ido a dar un paseo.

—¿Por el viñedo?

—No me acuerdo. —Sonrió.

—Qué conveniente. —Recorrí la sala de un lado a otro frente al televisor, deteniéndome al ver una pala y unas tijeras de podar apoyadas en la pared junto a la ventana—. ¿Qué demonios es eso?

Cogí la pala, me di la vuelta y la levanté en su dirección, esperando una respuesta que estaba seguro de que no me iba a gustar.

La abuela Loretta arrugó la nariz.

—A mí me parece una pala. Venga, ya las has visto antes. Mira quién está perdiendo el juicio ahora.

Apreté los dientes y dije:

—Ya sé que es una pala, abuela. ¿Por qué está en nuestra suite?

Se encogió de hombros.

—El personal de limpieza se la habrá dejado al limpiar.

—Claro, porque es el protocolo estándar llevar una pala y unas tijeras de podar mientras cambias las sábanas y limpias el cuarto de baño. —Apoyé la pala de nuevo en la pared y me crucé de brazos—. ¿Has robado una vid?

La abuela Loretta le restó importancia a mi comentario con un gesto.

—No te pongas nervioso. Solo estaba reconociendo el terreno. Haré el trabajo cuando menos te lo esperes. Oye, mira lo que ponen en la tele. —Señaló el televisor—. *La casa de papel*. Estoy aprendiendo de los profesionales gratis. Por cierto, he comprado un par de entradas para la visita a la bodega de mañana.

—Sé que intentas cambiar de tema, pero ¿por qué querrías hacer una visita a la propiedad? Te conoces cada rincón de memoria.

—Ha cambiado desde que estuve aquí hace cuatrocientos años. —Me hizo un gesto con la mano para que me apartara—. Me tapas la tele.

—¿No deberías estar en la cama?

—Sí, pero se están preparando para la acción. Tengo que prestar atención y tomar notas. Métete en la ducha antes de que lo dejes todo perdido de barro.

—No me fío de dejarte sola.

Sonrió con suficiencia.

—Yo tampoco me fiaría de mí.

Incluso cuando me frustraba, seguía haciéndome reír.

Cogí la pala y las tijeras de podar y me las llevé a mi habitación. No podía arriesgarme a que se le ocurriera alguna idea mientras estaba en la ducha.

Capítulo Ocho

Iris

Esperé fuera de la sala de catas a cinco visitantes más que habían comprado entradas para la visita a la bodega. Era una de mis cosas favoritas: socializar con la gente, charlar con ellos sobre el valle de Napa y darles una mini lección, entre bastidores, sobre los procesos que convierten las uvas en vino.

La visita siempre empezaba en el viñedo, lo que permitía a los visitantes admirar las interminables hileras de vides con uvas a la espera de madurar, y las montañas Mayacamas en la distancia, tras ellas.

Estaba orgullosa de los viñedos Luna Roja y habría hecho de guía todos los días si hubiera podido.

Tres mujeres se unieron al grupo, e inmediatamente después Ted y su abuela, Loretta, lo que significaba que ya estábamos todos.

Cuando me acerqué a saludarlos, a él y a Loretta, me costó quitarme de la cabeza la imagen de Ted Jacobs sin camiseta la noche anterior.

—Me sorprende veros a los dos aquí. Pensaba que ya sabíais todo lo que hay que saber sobre la propiedad.

Loretta sonrió y dijo:

—Es evidente que habéis hecho muchas mejoras desde que vivía por aquí con Pedro Picapiedra y Pablo Mármol.

Me reí y eché un vistazo a la frase de la camiseta de Ted que decía «Un día sin vino es como… no tengo ni idea».

La bodega había recibido un nuevo envío de camisetas y yo le había mandado una a su habitación.

Lo más probable era que se la manchara antes de acabar el día.

—Buena suerte para mantener esa limpia —dije.

Me señaló con el dedo y sonrió con picardía.

—No me gafes.

Todavía intentaba asimilar lo que había pasado con él en el viñedo.

¿Por qué estaba Ted allí solo en la oscuridad?

Estaba actuando de forma sospechosa, sin duda, pero al menos admitió haber roto la tubería. Aun así, tenía la sensación de que había algo que no me estaba contando.

Y luego estaba lo que le había dicho a la abuela Sherry.

«Iris es tan cautivadora que las flores envidian su belleza».

Quería creer que lo decía en serio, pero Ted me había estado enviando señales contradictorias, así que, ¿quién sabe? En realidad, no importaba. Era hora de sacarme eso de la cabeza y empezar la visita.

—Sean bienvenidos. —Me giré hacia el grupo—. Me llamo Iris Dobbs y es un placer tenerlos aquí en este día tan agradable para una visita a la bodega. Hoy aprenderán todo sobre nuestro proceso de elaboración del vino, empezando por la vendimia, la selección de la uva, la fermentación, el envejecimiento y el embotellado. Y, por supuesto, terminaremos la visita en la cueva con una cata de algunos de los vinos de los que estamos muy orgullosos. ¿Listos para empezar?

El grupo sonrió y asintió, aunque las tres mujeres vitorearon un poco más fuerte que el resto. Era evidente que estaban allí para beber y pasarlo bien.

—Una cosa más antes de empezar: tenemos el gran honor de contar hoy con la presencia de Ted Jacobs y su abuela Loretta. —Hice un gesto hacia ellos—. Su familia fue la que originalmente construyó y dirigió esta bodega hace más de cien años. ¡Muchas gracias por acompañarnos!

Los visitantes aplaudieron, mientras Ted y su abuela saludaban a todos con una sonrisa amable.

Después de mostrarle el viñedo al grupo, entramos en la nave donde estaban nuestras prensas gigantes, las máquinas que convertían las uvas enteras en la forma líquida adecuada para su fermentación. El grupo estaba fascinado con el proceso e hizo muchas preguntas, pero yo sabía lo que de verdad querían ver.

La cueva.

Los guié por las catorce escaleras hasta la entrada y me detuve frente a las enormes puertas dobles para hablar de algunas de las fotos de la pared que documentaban la historia de la bodega.

Loretta se acercó a una de las fotos en blanco y negro enmarcadas e iluminadas por la luz de la galería.

—Vaya, mira eso. Salgo en esta foto. —Señaló a una de las niñas que sonreían en la foto de grupo—. Esa soy yo.

—¿De veras? No recuerdo haber visto esta foto antes. —Ted se acercó a la foto y la analizó—. Eras una niña muy mona, abuela.

Loretta sonrió con orgullo.

—¿De qué hablas? Todavía lo soy.

Ted se rio y dijo:

—Cierto.

Me acerqué a Ted y estudié la foto.

—¡No me digas! ¿Esta eres tú? —Señalé a la niña.

Loretta asintió.

—Sí. La misma.

—Hala… —Señalé a la niña que estaba justo al lado de Loretta—. Estabas al lado de la abuela Sherry. ¿Erais amigas?

Loretta miró la foto de nuevo y entrecerró los ojos.

—Cariño, de eso hace mucho tiempo y mi memoria no es la mejor, pero es una posibilidad.

—Eso es increíble. Tendré que preguntarle a ella más tarde para ver si se acuerda de ti.

Algunos de los otros visitantes se acercaron a mirar la foto.

—Vale, pasemos a la cueva para divertirnos un poco —dije.

Atravesé la puerta de la cueva y me adentré exactamente quince metros, antes de detenerme y darme la vuelta frente a la primera de

las muchas hileras de barricas de roble.

Hice un gesto a mi alrededor.

—Ahora mismo se encuentran en el interior de una cueva de vino revestida de roca volcánica de hace cinco millones de años.

Los visitantes miraron a su alrededor a las barricas y luego al techo, que estaba tallado en antiguos flujos de lava.

—El túnel es tan largo como un campo de fútbol. Alberga mil quinientas barricas de vino, y cada barrica de roble contiene el equivalente a veinticinco cajas de vino, así que echen cuentas. ¡Es mucho vino!

Una mujer levantó la mano.

—¿Podemos probar algún vino?

—Por supuesto. Muy pronto. —Me reí—. La temperatura interior de la cueva durante todo el año varía sólo unos tres grados celsius entre el verano y el invierno, siendo de trece a quince grados. —Inhalé profundamente—. Nunca me canso de ese olor, el profundo perfume del vino añejo mezclado con las barricas de roble.

Esperé mientras casi todos inhalaban profundamente, mirando a su alrededor y susurrando entre ellos.

Froté el costado de una de las barricas de roble.

—Ahora, me gustaría darle a alguien una oportunidad única de ser la primera persona de nuestro grupo en experimentar lo próximo de los viñedos Luna Roja. ¿A quién le gustaría probar uno de nuestros vinos directamente de la barrica y quedarse la copa de recuerdo?

Todas las manos se levantaron, incluidas las de Ted y Loretta.

Me reí y dije:

—Pasa siempre. Vale, creo que tendremos que optar por un enfoque más diplomático y matemático y elegir a la persona cuyo cumpleaños esté más cerca de hoy. Así que, ¡decidme cuándo es vuestro cumpleaños!

El grupo empezó a decir sus fechas de cumpleaños a voz en grito.

—El diecinueve de mayo.

—El veintidós de septiembre.

—El diez de enero.

—El uno de noviembre.

Loretta trincó la mano de Ted y la levantó.

—¡Hoy!

El resto del grupo dejó de decir sus cumpleaños y todos miraron al afortunado de Ted.

—Pues, parece que tenemos un ganador —dije—. Eso será muy difícil de superar. ¿Alguien más celebra hoy su cumpleaños?

Todos miraron a su alrededor, pero nadie más levantó la mano.

Asentí y dije:

—Ted, este es tu día especial. Serás el primero en probar el vino directamente de una de las barricas. Por cierto, tenemos un próximo evento que incluye cata de barrica y un almuerzo con una servidora, por si a alguno le interesa. Tienen información disponible sobre esa visita en la sala de catas.

Sonreí, me acerqué a la primera barrica y cogí la pipeta de cuarenta y cinco centímetros que estaba encima de ella, sosteniéndola en alto para que todos la vieran.

—Para los que no lo sepan, esta herramienta tan práctica con forma de tubo se llama pipeta o ladrón de vino. La uso para sumergirla en la barrica y extraer una pequeña porción de sesenta mililitros de nuestro vino en desarrollo, en este caso para el cumpleañero, Ted.

Cogí la copa limpia y preparada que estaba al lado de la barrica, luego extraje lentamente el vino y lo vertí en la copa.

Estaba a punto de extender el brazo hacia Ted, pero me detuve cuando un par de pensamientos surgieron en mi cabeza.

¿Y si no le gusta?

¿Y si les dice a todos que no le gusta?

¿Sería capaz de hacer algo así?

El hombre no parecía tener filtro, era demasiado quisquilloso, y ahora mi paranoia empezaba a apoderarse de mí.

Todavía recordaba claramente lo que había dicho sobre mi vino de competición.

«No está mal».

Tres de las palabras que menos me gustaban en el mundo.

Tres palabras que me daban ganas de gritar.

¿Por qué Ted no podía decidirse por una opción u otra?

O le gustaba o no le gustaba, ¿qué tenía eso de difícil?

«*No está mal*» era ambiguo y me ponía de los nervios.

—No pasa nada —dijo Loretta con una sonrisa cómplice—. Teddy será un buen chico. —Le apretó el brazo, como ya la había visto hacer antes.

¿A qué venía eso?

—Me portaré muy bien —dijo Ted sonriendo.

Dudé, luego le entregué la copa de vino a Ted, conteniendo la respiración mientras él pasaba por las cinco fases de la cata de vinos: ver, girar, oler, sorber y saborear.

«Por favor, que le guste».

Después de lo que pareció una eternidad, Ted asintió.

—No está mal.

«¡Ahhhhhhhh!»

Un grito interno era mi única opción, ya que montar una escena delante de los visitantes no sería bueno para el negocio.

Le quité la copa a Ted y me puse a la defensiva, forzando una sonrisa e intentando calmar mi pulso desbocado.

—Bueno, este vino en particular todavía está en las primeras fases de fermentación y estará en la barrica otros seis meses.

—Yo diría que ocho meses —dijo Ted.

Lo fulminé con la mirada.

Se encogió de hombros.

—Pero con seis podría funcionar.

Traté de mantener la paciencia a raya, a pesar de que me daban ganas de estrangularlo.

—Seis meses era solo una estimación, pero sí, podría ser más tiempo. Ted, ya sabes cómo un vino puede cambiar drásticamente con el tiempo. Esa es la gracia y la belleza del proceso de fermentación, ¿no estás de acuerdo?

«Si no estás de acuerdo, te daré una patada en la espinilla, te tiraré al suelo y te arrancaré los pelos uno a uno».

Ted asintió.

—Totalmente. El vino tiene mucho potencial en esta fase temprana del proceso. Me muero por probar el producto final. Estoy

seguro de que será maravilloso.

Qué barbaridad.

Eso sonaba positivo.

Me sorprendió que tuviera algo bueno que decir.

Mi ritmo cardíaco empezó a volver a la normalidad.

—Gracias, Ted. —Me volví hacia el grupo—. ¡Vale, continuemos!

Después de dejar que el resto del grupo probara, por turnos, una muestra de vino de la barrica, compartí más información sobre la fermentación antes de pasar a la sala de embotellado.

Señalé los cientos de botellas que me rodeaban.

—En esta misma sala tenemos máquinas que embotellan el vino, insertan los corchos y pegan las etiquetas.

Una de las mujeres respiró con una especie de silbido hacia dentro y se llevó la mano al pecho, con cara de preocupación. Volvió a hacerlo una y otra vez, y cada jadeo en busca de aire era más y más dramático.

No tenía buen aspecto y yo ya empezaba a preocuparme.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita agua o alguna otra cosa?

No tenía ni idea de si se había atragantado con algo, si tenía asma o si estaba sufriendo un ataque de pánico por estar bajo tierra en la cueva. Conocía a más de una persona con claustrofobia.

La otra mujer que la acompañaba negó con la cabeza.

—Debe de ser una reacción al polvo de la cueva o a otra cosa que hay en el ambiente. Linda, ¿dónde tienes el inhalador? —La mujer miró a su alrededor—. ¿Está en el bolso?

Linda se dejó caer al suelo despacio, asintiendo y abriendo la boca en busca de aire.

—Se me… olvidó. El bolso… en… la habitación. Sobre… la cama. —Se agarró el pecho; la tos y los resuellos eran cada vez más pronunciados.

Sabía lo suficiente sobre el asma como para saber que nunca se va a ninguna parte sin el inhalador.

¿En qué estaría pensando? Yo estaba de los nervios y tenía que hacer algo.

Ted se puso delante de mí.

—¿Se alojan en el hotel aquí?

—Sí —dijo la otra mujer.

—Deme la llave de su habitación. Iré corriendo a por él.

La otra mujer abrió el bolso, sacó la llave y se la dio a Ted.

—Habitación cuatro, primer piso. El bolso está sobre la cama.

—Entendido. —Ted cogió la llave y salió pitando, desapareciendo rápidamente de la bodega.

Loretta señaló a Linda, que estaba en el suelo apoyada contra una de las barricas de roble del estante inferior.

—Tengo una amiga con asma. No se tumbe. Siéntese erguida.

Linda se enderezó, todavía con el resuello.

—Intente estabilizar la respiración y mantener la calma. El estrés solo lo empeorará. Mi nieto corre muy rápido. Volverá enseguida con su inhalador. Se lo prometo.

Linda asintió levemente, pero seguía resoplando y tosiendo. Y lo que era peor, sus labios empezaban a ponerse azules. Necesitaba su inhalador inmediatamente o…

No quería ni pensar en el peor de los casos.

Loretta se agachó y le frotó la espalda a Linda.

—Relájese, relájese. Su inhalador está en camino.

Tras lo que me parecieron los minutos más largos de mi vida, Ted volvió corriendo a la bodega casi sin aliento, como Linda, jadeando mientras le entregaba el bolso a la otra mujer.

Ella rebuscó en el bolso y sacó el inhalador.

—Linda. Tenemos tu inhalador. Toma.

Linda abrió los ojos y se abalanzó sobre el inhalador, colocando inmediatamente los labios alrededor de la boquilla. Inspiró y apretó el inhalador una vez.

Unos treinta segundos después, volvió a apretar el inhalador.

El único sonido era el que hacía Linda. Todos parecían contener la respiración, tan preocupados como yo.

Linda volvió a apretar el inhalador un minuto después.

Ya notaba que empezaba a calmarse.

El tono azulado de sus labios empezó a desaparecer.

Solté un suspiro de alivio, agradecida de que las circunstancias no hubieran sido mucho peores.

La otra mujer cogió las manos de Ted entre las suyas y se las apretó.

—Gracias. Has sido muy amable al hacer lo que has hecho. Le acabas de salvar la vida.

Ted asintió, intentando todavía recuperar el aliento.

—Un placer.

Ella le soltó la mano y ayudó a Linda a levantarse.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo Linda—. Creo que sí.

—Bueno, deberíamos ir a ver a un médico, sólo para asegurarnos de que todo está bien.

Linda asintió y luego cogió una de las manos de Ted, igual que había hecho su amiga.

—Muchas gracias, hijo.

—Me alegro de haber podido ayudar —dijo Ted.

Terminé la visita con los demás miembros del grupo y dejé que todos disfrutaran de una cata extralarga para olvidar un poco lo que habíamos presenciado y vivido.

Ted y Loretta eran los últimos y estaban a punto de marcharse.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, espero que aun así hayáis podido disfrutar —dije.

—Ha sido maravilloso —dijo Loretta—. Gracias a mi nieto, que piensa muy rápido y actúa más rápido aún.

—Sí —dije, volviéndome hacia Ted—. No sé ni cómo pagarte lo que has hecho.

—No te preocupes. Me alegro de haber podido ayudar.

Suspiré y dije:

—Por favor. Nada de lo que digas me ayudará con la culpabilidad que siento.

Ted me estudió.

—¿Por qué ibas a sentirte culpable?

—Voy a volver a la habitación a echarme una siesta —dijo Loretta, sorprendiéndome con un abrazo—. Me alegro de verte de nuevo, Iris.

—Y yo a ti, Loretta. Que duermas una buena siesta.

Loretta apenas había dado unos pasos hacia el hotel cuando Ted volvió a preguntar:

—¿Por qué te sientes culpable?

Me lo pensé.

—Por haberte juzgado y encasillado como un cierto tipo de persona, aunque no dejaras de demostrarme que me equivocaba haciendo una buena acción tras otra.

Ted sonrió.

—¿Ahora te caigo bien? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No te lo creas tanto —respondí riendo.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste ganas de matarme?

«La última vez que dijiste que mi vino no estaba mal».

—Digamos que ya no me resultas tan molesto como antes —acabé diciendo.

Él se rió entre dientes.

—Me conformo con eso.

—Déjame hacer algo bueno por ti —dije—. Lo que tú elijas.

Él sonrió.

—¿Quieres que te invite a salir?

—¡No! —prácticamente grité, levantando una mano—. Déjame ser un poco más clara, para que no haya más malentendidos. No me refiero a una cita. Ni asociarte conmigo, ni comprar mis uvas, o… ya sabes, algo inapropiado.

—¿Puedes darme una lista de todas las cosas que consideras inapropiadas? —preguntó Ted.

—Usa tu imaginación. —Volví a levantar la mano—. Pensándolo bien, no uses tu imaginación.

—Oye, para querer complacerme, pones un montón de reglas.

Lo señalé con el dedo.

—Nunca he dicho que quisiera complacerte. Sácate eso de la cabeza. He dicho que quería hacer algo bueno por ti.

—Lo que sería complacerme a mí…

Me crucé de brazos.

—¿Por qué tienes que ponerlo tan difícil? ¿Quieres que te deje pedirme lo que quieras?

Ted sonrió con suficiencia.

—Pues la verdad es que sí.

—Bueno, pues elige algo antes de que cambie de opinión. ¿Qué te gustaría? ¿Solomillo y langosta? ¿Una noche extra en el hotel? ¿Una docena de camisetas antimanchas, quizá?

Ted se lo pensó.

—Vale, creo que ya lo tengo.

—¡Genial! ¿Qué es?

—Me apetece un cruasán de chocolate de Le Paris.

Me quedé mirándolo.

—¿Un cruasán de chocolate?

—Correcto.

No entendía a este tío en absoluto.

Podría haber elegido entre un millón de cosas.

—Te habría invitado a cien cruasanes de chocolate. —Su elección todavía me tenía desconcertada—. ¿Por qué solo uno?

—Porque solo quiero uno. —Sonrió—. Y porque quizá ya me he comido tres esta semana.

¿Cómo se mantiene tan delgado?

«No vuelvas a imaginártelo sin camiseta en el viñedo».

Ted levantó una ceja.

—¿Por qué me miras el estómago? ¿Tengo otra mancha? —Se miró la camiseta—. No veo nada.

—Me pareció ver algo —mentí—. No era nada. En fin, haré que alguien vaya a buscarte un cruasán de chocolate. ¿Algo más?

Ted negó con la cabeza.

—No me refería a tomarme un cruasán de chocolate en tu propiedad. Quería decir que fuéramos a Le Paris y nos lo tomáramos allí con un café.

Mindy se acercó.

—Uuh, qué rico suena eso.

Suspiré y dije:

—No tengo tiempo para irme de la bodega.

—Yo te puedo cubrir —se ofreció Mindy.

—¡Genial! —dijo Ted—. Voy al baño un momento y nos vamos. Conduzco yo.

Lo vi alejarse y luego me volví hacia Mindy.

—¿Qué crees que haces?

—Solo ayudo —dijo Mindy—. Además, ¿cuándo fue la última vez que saliste de la propiedad? Me pregunto si lo has hecho en esta década.

Exageraba, por supuesto, pero había pasado mucho tiempo.

Me encantaba salir a comer a uno de los muchos restaurantes increíbles del valle de Napa y Sonoma, disfrutaba paseando por el mercadillo, probando la comida y volviendo a casa con una bolsa enorme de fruta y verdura fresca. Incluso solía salir a la naturaleza y dar largas caminatas bajo el sol.

La culpa me mantenía justo donde estaba.

Supongo que sentía que podría haber evitado lo que mi exmarido me había hecho.

Incluso me sentía culpable por haber dejado que lo que había pasado me afectara mentalmente, lo que ahora afectaba a mi trabajo.

Sabía que tenía que superar todo eso y seguir adelante; de lo contrario, mi ex seguiría teniendo poder sobre mí, aunque ya se hubiera ido hacía mucho.

Mindy me frotó la espalda.

—En serio. Ve. Desmelénate un poco. Vive.

Me reí.

—Quiere ir a Le Paris. ¿Crees que me voy a desmelenar comiendo un cruasán de chocolate?

—Pues tómate dos y tráeme uno de paso. Simplemente, ve y vive el momento. No pienses en el trabajo. Te ha salvado el día y no te está pidiendo mucho.

Tenía toda la razón.

Pero, aunque consiguiera despejar la mente y no pensar en el trabajo ni un momento, estaba segura de que Ted diría algo molesto para devolverme de golpe a la realidad.

¿Qué podría decir esta vez para sacarme de quicio?

—Y le dices que te enseñe la lista —dijo Mindy.

Me la quedé mirando, confundida.

—¿Qué lista?

—¿Recuerdas? Estabais hablando de tus problemas y…

—Yo no tengo problemas. Son inconvenientes, ¿recuerdas? Baches en el camino.

Mindy me ignoró con un gesto.

—Lo que sea. Se le ocurrió una lista de ideas para que generes más ingresos, sin gastar un céntimo. Ese hombre es un genio. Bueno, pregúntale por ella. Dijo que no te lo había contado porque eres demasiado cabezota para aceptar su ayuda, en lo que estoy de acuerdo.

—Estás de su parte. —Negué con la cabeza, contrariada—. Traidora.

—Ya te lo dije: yo me pongo del lado de la verdad. —Mindy se frotó las manos—. ¡No me puedo creer que vayas a tener una cita! Y no podías haber elegido a un hombre más guapo.

—No. Es. Una. Cita. Es un cruasán de chocolate. Ni más ni menos.

Mindy se rió y dijo:

—Claro. Sigue diciéndotelo.

Capítulo Nueve

Ted

Iris parecía estar de buen humor mientras nos dirigiamos a Le Paris a por mi cruasán de chocolate, aunque frunció el ceño cuando apagué la radio y conecté el sistema de audio del coche a mi cuenta de Pandora ya que íbamos en mi coche.

Finalmente habló, negando con la cabeza.

—No me puedo creer que escuches esto.

Sonaba "El Viento de Verano" de Frank Sinatra.

Volví a mirar a Iris al detenerme en un semáforo en rojo.

—¿No te gusta?

—Sí que me gusta, pero no me puedo creer que a ti también. Estaba segura de que te gustaría, no sé, algo que hiciera bum, bum, bum.

Me reí entre dientes.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—No tengo ni idea. Es solo que la música de Frank Sinatra es… romántica.

—Y no crees que yo lo sea. Vaya, muchas gracias.

Iris se giró hacia mí.

—No he dicho eso. Solo digo que la gente de nuestra generación no suele escuchar este tipo de música, eso es todo. Me has sorprendido, y no es fácil conseguirlo.

—Tampoco es que seamos ya unos jovenzuelos —dije—. La primera vez que escuché una canción de Sinatra, me cautivó. Tenía esa habilidad innata de sacarle jugo a cada palabra y a cada canción, como si le saliera del corazón. Te crees todo lo que te dice. Hasta él mismo admitía que no tenía la mejor voz del mundo, pero la forma en que cantaba cada palabra era única, sucinta y real. Frank Sinatra es totalmente atemporal.

Iris asintió, pensándolo un momento.

—Vale, puede que seas un poco romántico, pero que no se te suba a la cabeza.

Levanté un dedo en el aire.

—¡Demasiado tarde!

Se rió, un sonido agradable de oír. Era increíble cómo las sonrisas le iluminaban el rostro, suavizando la dureza de la personalidad a la que yo estaba acostumbrado.

Tras llegar a Le Paris, hicimos nuestro pedido y llevamos nuestros dulces y cafés a una mesita en la acera de cara a la calle.

Iris no perdió ni un instante y ya le estaba dando el primer mordisco a su tarta de queso con plátano.

Levantó la vista, con los ojos muy abiertos de deleite.

—Mmm —dijo, y le dio otro bocado.

Sonreí y le di un mordisco a mi cruasán de chocolate, disfrutando del sabor. Luego, un segundo mordisco.

Iris cruzó las piernas, haciendo que la falda se le subiera lo justo para mostrar la cicatriz de la rodilla en la que me había fijado cuando estábamos en la sala de catas.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz? —pregunté, sin poder contener la curiosidad.

Esperaba que no le importara que preguntase.

Iris se miró la rodilla y luego volvió a mirarme.

—Me estás mirando las piernas.

Me reí entre dientes.

—Admito que tienes unas piernas muy bonitas, pero de verdad sentía curiosidad por la cicatriz. A mí me operaron de la rodilla y tengo una cicatriz casi en el mismo sitio.

Asintió, pensativa.

—¿Cómo crees que me la hice?

—¿Quieres que lo adivine?

Iris curvó el labio inferior hacia arriba.

—Si aciertas, te invito a otro cruasán.

Me erguí en la silla.

—Acepto el reto. —Le miré la rodilla otra vez.

Me señaló la cara.

—Los ojitos aquí arriba, por favor.

—Solo estoy investigando un poco.

Se rió.

—Ajá. Claro.

Le señalé la rodilla, sin perder tiempo.

—¿Una operación por una lesión de gimnasia cuando intentabas clasificarte para las Olimpiadas? Pasaste de un mortal atrás a una rueda con una mano y tuviste una mala caída.

Se rió y dijo:

—Ni de lejos. No fue una lesión deportiva.

Levanté un dedo.

—¿Se te resbaló un cuchillo de la mano durante una clase de cocina haciendo sushi?

Iris se cruzó de brazos.

—¿Estás de coña?

—Por supuesto que no. —Intenté mantener una expresión seria —. ¿Y qué me dices de una lucha con un cocodrilo? Si fue eso, seguro que el cocodrilo perdió.

—Si no te lo vas a tomar en serio, sigo comiendo. —Cortó un trozo de su tarta de queso y plátano y se lo llevó a la boca.

—No es mala idea —dije, y le di otro mordisco a mi cruasán. Lo mastiqué y bajé la vista hacia su tarta de queso.

Iris se limpió la boca y se dio cuenta de que estaba mirando su tarta.

—Oh… ¿quieres un poco?

Asentí y dije:

—Me encantaría.

—¿En serio?

Me reí.

—¿Esperabas que dijera que no?

Iris asintió.

—La verdad es que sí. La gente suele decir que no cuando le ofrezco algo que me estoy comiendo.

—Yo no, y ya no puedes retirar la oferta. Espera un segundo. —Me levanté, entré a coger una cucharita de plástico y volví a salir.

Iris se rio.

—Veo que tienes ganas.

—Muchas ganas. —Sonreí y estiré el brazo sobre la mesa para cortar un trocito de su tarta de queso, pero tropecé con su mano y rocé su brazo con el mío.

—Uy —dije—. Perdona.

Iris apartó el brazo rápidamente.

—No pasa nada.

Se le sonrojaron las mejillas.

Había una energía extraña flotando en el aire a nuestro alrededor, sutil como el humo de una vela recién apagada. Llámalo como quieras: química, interés, atracción, fascinación, lo que sea. Estaba ahí y los dos lo sabíamos.

Continuamos comiendo en silencio, mirándonos de vez en cuando y apartando la mirada cuando uno pillaba al otro haciéndolo.

Finalmente, Iris rompió el hechizo, señalando su tarta de queso.

—Si no le metes mano ya, perderás la oportunidad. —Apartó las manos del plato y se abrazó a sí misma—. Sin obstáculos. El camino está despejado.

—Gracias a Dios. Es que no dejas las manos quietas. —Me reí y me estiré, corté un trozo con la cuchara y me lo metí en la boca—. Mmm. —Chupé la cuchara y la dejé sobre la mesa. Entonces cogí mi cruasán de chocolate y se lo ofrecí—. ¿Quieres probarlo?

Iris asintió.

—Sí, pero solo porque si digo que no, pensarás que miento.

—Me conoces bien. —Giré mi cruasán hacia el lado que no había tocado con la boca ni con las manos y se lo acerqué—. Dale un buen mordisco. No te cortes.

Iris se inclinó hacia delante con una expresión maliciosa en la cara.

Aparté el cruasán justo antes de que pudiera hincarle el diente.

Se cruzó de brazos.

—Eso no tiene gracia.

Me reí.

—Perdona, no he podido resistirme. —Le ofrecí de nuevo el cruasán.

Iris levantó un dedo para advertirme.

—Vuelve a hacerlo y te quedas sin dedo.

—Entendido —dije, sonriendo—. Adelante.

Dudó un segundo y se inclinó de nuevo dándole un bocado enorme.

—¡Eh! —dije, riéndome—. ¿Qué demonios ha sido eso?

Se rió, tapándose la boca mientras masticaba.

—¡Me dijiste que le diera un buen mordisco!

—Sí, pero, ha sido en plan salvaje —bromeé, negando con la cabeza y analizando lo que quedaba de mi cruasán—. Está claro que no eres una mujer tímida.

—¿Qué te puedo decir? —Iris sonrió con aire de suficiencia—. Voy a por lo que quiero.

Seguíamos hablando del cruasán, ¿o no?

—Gracias de nuevo por lo que hiciste en la bodega —añadió—. Cuanto más lo pienso, más heroico me parece.

Le resté importancia con un gesto.

—No fue para tanto.

—Sí que lo fue. Cuando pasó, me quedé tan sorprendida que me bloqueé por un momento, pero tú me ayudaste a no entrar en pánico. Estuviste muy sereno.

—Gracias, pero el mérito es de mi madre —dije—. Ella me enseñó a mantener la calma en situaciones de emergencia.

Iris sonrió.

—¿Estás muy unido a tus padres?

Asentí.

—Mucho. Todavía ayudan en la bodega cuando no están de viaje, cosa que últimamente parece que hacen mucho. ¿Y tus padres? Parece que tus abuelos siguen activos en el hostal, pero no he visto a tus padres por ahí, a menos que no supiera que eran ellos.

—Eso es porque están viviendo la buena vida en un campo de golf en Scottsdale, Arizona. —Sonrió—. Se jubilaron antes que mis abuelos, ¿te lo puedes creer?

—Qué suerte —dije.

—Sí… Bueno, mis otros abuelos se jubilaron y se mudaron a Florida.

—Los míos también. —Hice un gesto hacia Iris—. ¿Y tú? ¿Siempre has trabajado en la bodega?

—No —dijo—. No te creerías a qué me dedicaba antes.

Sonreí y dije:

—A ver, sorpréndeme.

Se inclinó hacia delante, como si fuera a contarme un secreto.

—Antes era científica.

Me reí entre dientes.

—No me digas que eras ingeniera aeroespacial o algo así.

—No exactamente. Como ves, la tecnología no es lo mío. Trabajaba en ciencia de datos.

—¿Como los que se dedican a las estadísticas?

—Exacto. Mi trabajo consistía en recopilar y analizar datos experimentales del departamento de agricultura.

—Interesante —dije—. ¿Y qué tal?

—Aburrido. Rara vez estaba con gente, y a mí me gusta mucho tratar con la gente. —Sonrió y se metió más tarta de queso en la boca—. Por suerte, he podido aplicar algunos de esos conocimientos científicos cuando experimento con la elaboración del vino.

Señalé a Iris.

—Por desgracia, *ese* es precisamente tu problema.

Se puso rígida.

—¿Perdona?

«Vaya por Dios».

Estaba bastante seguro de que había vuelto a meter la pata.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Iris.

Levanté mi cruasán.

—¿Quieres más?

Se cruzó de brazos.

—No. Responde a la pregunta.

Cambié de postura en la silla mientras buscaba las palabras adecuadas.

—No te alteres otra vez. Solo intento ayudarte dándote un consejo útil. Relájate y escucha sin tomarlo como algo personal.

Su risa tenía el desagradable aroma de psicosis, un poco chiflada con un toque a plátano.

—¿Y crees que insultándome me estás ayudando de verdad? —preguntó Iris—. ¿En qué planeta vives?

—Darte un consejo de amigo no es insultarte.

—No soy tu amiga y no quiero tu consejo.

—Créeme, eso lo supe desde el primer día.

Iris se inclinó sobre su tarta de queso.

—¿Entonces, por qué insistes en dármelo si no lo quiero?

Me incliné sobre la mesa para imitarla.

—Porque lo necesitas. Hay una gran diferencia entre querer y necesitar.

Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Deja de tratarme como si fuera el enemigo —continué—. No soy tu exmarido.

Iris apartó la vista durante un buen rato, luego se volvió hacia mí.

—No tienes ni idea de lo que ha pasado. Me la jugó y prácticamente me arruinó la vida. Me ha costado hasta la última gota de energía volver a sacar la cabeza a flote.

—Bueno, siento oír eso. De verdad que lo siento, pero ¿crees que eres la única del mundo a la que su ex le ha fastidiado? —solté una risita—. Piénsalo dos veces.

Se quedó helada, estudiándome.

—Así es —añadí—. Mi ex dejaría al tuyo por los suelos, pero no estoy aquí para comparar batallitas contigo. Solo quiero ayudar. Ayudar de verdad.

Iris le dio un sorbo a su café, sumida en sus pensamientos.

—¿Por qué quieres ayudarme? Sinceramente.

Me reí entre dientes.

—Si estuviéramos en uno de esos programas de «reality», seguro que habría millones de espectadores preguntándome lo mismo y

otro millón diciéndome que me salvara y corriera para salvar mi vida.

Iris suspiró y se reclinó en la silla, pensativa, asintiendo.

—Pero sigues sin responder a la pregunta. ¿Por qué quieres ayudarme?

Me encogí de hombros.

—¿Qué le voy a hacer? Me gusta ayudar a la gente. Sobre todo cuando están pasando por un bache en la vida. Me hace sentir bien saber que puedo marcar la diferencia. Quizá sea una manera de devolver el favor, porque he disfrutado del dulce sabor del éxito. He estado exactamente donde estás tú ahora, pero la diferencia es que llegó un momento en que decidí no dejar que algo del pasado arruinara mi presente ni mi futuro.

—¿Y ya está? ¿Así de simple? ¿No tienes ninguna otra razón para ayudarme?

Sonreí y eché un vistazo a su cicatriz.

—Bueno, tengo que decir que tienes unas piernas increíbles. Y a mí, por Dios, me vuelven loco las piernas.

Añadí esa última parte para intentar suavizar el ambiente.

Mantuve el contacto visual con ella, cruzando los dedos para que funcionara.

Iris por fin esbozó una ligerísima sonrisa.

Era una pequeña victoria y pensaba aceptarla.

Iris se puso derecha en la silla.

—Vale...

Levanté una ceja.

—¿Vale, qué?

—Aceptaré tu consejo.

Le apunté con el dedo.

—Solo si prometes no arrancarme la cabeza después de que te lo dé.

—Lo prometo.

—Y prométeme que no meterás una cabeza de caballo en mi cama como en la peli *El Padrino*, ni girarás la cabeza como en *El Exorcista.*

Ella soltó una risita y dijo:

—Soy flexible pero no tan flexible.

—Gracias por compartirlo. Promete que serás buena. No tienes que seguir mi consejo, pero al menos muéstrate receptiva y escucha sin ponerte a la defensiva.

Iris levantó la mano como si estuviera en un tribunal prestando juramento.

—Lo prometo.

—Bien. Espera, porque has agotado parte de mi energía y necesito un chute de cafeína para reponer el sistema. —Cogí mi café y me lo acabé de tres tragos enormes, luego dejé la taza—. Vale, voy a decirte algunas cosas para que las consideres. ¿Podemos estar de acuerdo, al menos, en que basándome en mi experiencia y mis premios, sé algo de vinos?

Iris asintió y suspiró.

—Por supuesto. Te ha ido muy bien y tienes una gran reputación en el sector.

—Gracias. Bien, he estudiado tu propiedad, la cueva y tu proceso de elaboración. Y por supuesto, he probado tu vino. Mi primer consejo es que te salgas un momento de esa cabeza de científica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Iris.

—Es simple. Cuando elaboras el vino y diriges tu negocio, me resulta evidente que piensas como una científica, lo que tiene todo el sentido del mundo porque es lo que conoces, y es algo que hacías a diario. Te sale de forma completamente natural y nadie podría culparte por ello.

—¿Por qué crees que está mal? —preguntó Iris.

—Recopilas y analizas datos experimentales, pero hay cierta información que no es medible y que proviene de tus sentidos. Necesitas saborear, tocar, oler y sentir. Tienes sentidos, solo necesitas saber cómo usarlos para hacer el mejor vino. Eso es exactamente lo que hago yo a diario en Perro Bailón y, en realidad, es lo que me consiguió la medalla de oro.

Le di el último mordisco de mi cruasán, preguntándome cómo reaccionaría a lo dicho hasta ahora.

Tras unos momentos de silencio, Iris asintió, como si estuviera considerando lo que había dicho.

—Continúa, por favor.

Me gustaba la nueva Iris que estaba dispuesta a escuchar lo que tenía que decir sin querer arrancarme la cabeza.

Con suerte, duraría.

—Tu familia le compró Luna Roja a mi familia, pero en algún momento del camino, el proceso para cultivar las uvas y hacer el vino cambió —dije—. Tu negocio se volvió menos personal, menos práctico y más mecánico. A ver, créeme, los datos y las máquinas pueden funcionar para los peces gordos como Robert Mondavi, E & J Gallo y Sutter Home, pero solo después de dominar la mezcla a nivel sensorial. También tienen millones de dólares a su disposición para experimentar, un lujo que nosotros no tenemos. Para que las bodegas boutique como la nuestra alcancen su potencial y destaquen en un mercado superpoblado, tenemos que hacer las cosas de otra manera.

—¿Cómo sugieres que lo haga?

—Es como dije: sal de tu cabeza de científica. Ensúciate las botas de barro en el viñedo. Saborea, toca y siente las uvas en lugar de mirar los informes de laboratorio para determinar el momento adecuado de la vendimia. En Luna Roja todo se hace con máquinas, pero no hay nada como mancharse las manos. Me refiero a vendimiar y seleccionar a mano. Después de la fermentación, deja que el mosto escurra por la gravedad en lugar de usar bombas para acelerar el proceso. Es cuidar las uvas desde el principio hasta el final, mimarlas, tratarlas con cuidado y atención. Escucharlas.

Iris asintió.

—¿Y crees que esto es todo lo que necesito hacer para conseguir un vino mejor?

Me reí entre dientes.

—No he dicho eso, pero es un muy buen comienzo y creo que marcará una gran diferencia. Siempre me ha encantado la comida de mi madre, y hace muchos años le pregunté por qué su comida siempre sabía tan bien.

—¿Qué te dijo?

—Dijo que todo está más bueno cuando se hace con amor y paciencia. Es exactamente lo mismo con la elaboración del vino.

Iris asintió, dedicándome otra de sus sonrisas de medalla de oro.

—Vale, puede que seas mucho más romántico y sensato de lo que pensaba.

Solté una risita.

—Bueno es saberlo. Y déjame decirte esto... Es obvio que no te gusta cuando digo que tu vino «no está mal», pero si lo buscas en el diccionario, «no está mal» es algo positivo. Tu vino es bastante bueno pero puede convertirse en increíble en un abrir y cerrar de ojos con solo unos pocos retoques. De verdad que estás a un paso de la grandeza, así que piensa en lo que he dicho. Si quieres que hablemos más sobre ello o que te enseñe algunas cosas, dímelo.

—Gracias —dijo Iris—. Mindy me comentó que habías hecho una especie de lista que tenía que ver.

—Creo que ya te he dado bastante en lo que pensar por un día. Quizá mañana, pero prométeme que pensarás en lo que te he dicho.

Ella sonrió.

—Lo haré. —Se metió en la boca el último trocito de su tarta de queso y se terminó el café—. Deberíamos volver. —Se levantó y empujó la silla bajo la mesa—. Gracias por todo. De verdad.

—Cuando quieras —dije.

Iris llevó el plato dentro y volvimos a mi coche sin intercambiar palabra.

Lo que acabábamos de vivir en Le Paris se había parecido mucho a la combinación de una sesión de terapia, de una consultoría de negocios y de una cita. Ver su lado más tierno también hizo que quisiera pasar más tiempo con ella antes de que la abuela Loretta y yo volviéramos a Petaluma.

Abrí la puerta del copiloto para ella.

—Gracias. —Inició el movimiento de entrar, pero se volvió hacia mí—. Y gracias por preocuparte. Te lo agradezco. —Me dio un abrazo de lado y se deslizó en el asiento delantero sin decir nada más, acomodándose y poniéndose el cinturón de seguridad.

El gesto me sorprendió, Iris Dobbs siendo cariñosa.

¿Acaso la tarta de queso llevaba vino?

Lo que me sorprendió aún más que su abrazo fue lo mucho que lo disfruté, a pesar del poco contacto físico y lo breve que fue.

—Un placer —conseguí decir finalmente con un hilo de voz, cerrando la puerta y rodeando el coche hacia el lado del conductor.

Después de entrar en el coche, Iris se volvió hacia mí.

—Era un juguete de esos que pitan, por cierto.

La miré, confuso.

—¿El qué?

Deslizó su dedo índice dos veces por la cicatriz de la rodilla.

—Así es como me hice esta cicatriz. Tropecé con un juguete de mi perro, de esos que pitan, y me rompí un ligamento de la rodilla al caer de mala manera.

Asentí y dije:

—Lo sabía.

Ella se rió.

—No, no lo sabías. Pensabas que estaba luchando con un cocodrilo.

Compartimos una risa.

Luego, apareció esa sonrisa de nuevo.

Despertó muchas emociones dentro de mí.

También hizo que quisiera ser ese cocodrilo.

Capítulo Diez

Ted

Anoche fue la primera vez desde que llegué a Luna Roja que no soñé que Iris me perseguía con un cuchillo mientras me gritaba que ojalá me pudriera en un lugar con temperaturas muy altas y gente muy, muy mala.

Esta vez, en cambio, soñé que me abrazaba.

Raro, lo sé.

Un abrazo tras otro tras otro tras otro.

Toda. La. Noche.

Entonces me desperté.

Sinceramente, fue decepcionante y anticlimático. El despertar. No el brazo.

No me malinterpretéis, disfruté del micro abrazo que compartimos, por corto que fuera. ¿A mi cerebro de mosquito no se le ocurrió urdir una fantasía adecuada y satisfactoria que me despertara en mitad de la noche, con las manos aferradas a las sábanas, el corazón martilleándome en el pecho y el cuerpo completamente empapado en sudor mientras me maldecía por haberme despertado?

Pues no.

Quizá si pasara más tiempo con Iris, los sueños se volverían más vívidos, más satisfactorios. Sabía una cosa que era segura: darle

vueltas continuamente no me iba a hacer ningún bien.

El plan era salir a pasear con la abuela Loretta después de desayunar. Durante el paseo, planearíamos el resto del día, que incluiría una cata de vinos en otras bodegas de Napa, o quizá hacer algo un poco más original, como subir al Tren de Vino de Napa.

Con suerte, también veríamos a Iris en algún momento.

Me di una ducha rápida, me puse los pantalones y me encasqueté una camiseta nueva que decía: «La vida es demasiado corta para beber vino malo».

Iris me había enviado la camiseta a la habitación la noche anterior, junto con una nota en la que me daba las gracias por mi consejo y también por salvarle la vida a la mujer en la sala de catas.

Dudaba que realmente le hubiera salvado la vida. Solo le traje su inhalador.

Sí, la gente muere de asma todos los años, pero estaba bastante seguro de que más gente moría de vergüenza, lo que muy probablemente sería mi caso si no era capaz de mantener una camiseta limpia durante más de tres horas.

Pasé por el dormitorio de la abuela Loretta cuando vi que la puerta estaba abierta. —Buenos días.

No hubo respuesta.

—¿Abuela?

Seguía sin haber respuesta.

—¿Hola? —entré en su dormitorio, pero no estaba allí. Me di la vuelta, salí hacia el salón y me detuve a escuchar.

La abuela Loretta no estaba en la suite.

¿Por qué se habría ido tan temprano sin dejarme una nota? No tenía sentido.

Fui a mi dormitorio a ponerme los zapatos y me quedé helado.

La pala y las tijeras de podar habían desaparecido.

—No lo habrás hecho —mascullé para mis adentros, corriendo hacia la ventana para ver si podía distinguir el pelo azul de la abuela Loretta en el viñedo.

No la vi, pero eso no significaba que no estuviera ahí fuera, ya que era imposible ver todo el viñedo desde la ventana.

Salí volando por la puerta, bajé las escaleras y, por suerte, estuve fuera antes de que la abuela de Iris me viera.

Me dirigí al nuevo viñedo del lado oeste, donde había visto a la abuela Loretta la última vez que estaba haciendo de las suyas.

Lástima que no estuviera allí.

Miré a la izquierda y luego a la derecha, preguntándome qué camino debía tomar.

Por desgracia, la decisión fue tomada por mí.

Una abeja empezó a zumbar alrededor de mi cabeza.

Me agaché y di unos pasos hacia delante, esperando que me dejara en paz.

Soy alérgico a las abejas y llevo un inyector por si me pican, si entro en shock anafiláctico, necesito una inyección de adrenalina.

Prefería que no me picaran, para empezar.

Aparecieron dos abejas más, un poco más agitadas que la primera. El zumbido se hizo más fuerte, pero en ese momento no supe cuántas abejas había porque eché a correr.

Me lancé a la izquierda, luego a la derecha, cogiendo velocidad y levantando polvo mientras esperaba alejarme de las abejas antes de que hicieran lo que muy probablemente querían hacer.

Fracasé estrepitosamente.

Igual que la otra noche en el viñedo, perdí por completo el control de mi cuerpo y pasé a mi movimiento estrella: agitar los brazos en el aire como un lunático antes de caer de lado sobre una de las vides.

Ahí fue cuando lo sentí.

Dos picaduras de abeja.

Una en la mejilla. Otra en el estómago.

Grité de dolor, preguntándome si la abeja seguía debajo de mi camiseta o si me había picado a través de la tela.

Aparté la parte inferior de mi camiseta del cuerpo, la sacudí con fuerza y luego me incorporé tratando de encontrar refugio en algún sitio, en cualquier sitio, antes de que me volvieran a picar.

No tenía ni idea de cómo reaccionaría mi cuerpo a las picaduras de abeja.

A veces las picaduras me causaban una irritación leve.

Otras veces era más grave.

Lo principal era alejarme primero de las abejas, luego podría evaluar la situación y determinar si iba a entrar en shock anafiláctico y necesitaba usar el inyector de adrenalina o no.

Había llegado hasta la sala de catas cuando el zumbido a mi alrededor finalmente cesó y estuve seguro de que las abejas se habían ido. El estómago y la mejilla ya me ardían y sentía punzadas de dolor. Tenía que quitarme los aguijones.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —dijo Iris, saliendo de la sala de catas.

—Me han picado un par de abejas. Soy alérgico.

—Yo también. Ven conmigo. —Iris me cogió de la mano y me metió en la sala de catas.

Miré nuestros dedos entrelazados mientras prácticamente me arrastraba hacia el despacho que estaba al otro lado de la barra. Me pregunté si ese momento quedaría grabado en mi cerebro, dando lugar a la secuela del sueño de los abrazos que había tenido la noche anterior.

Una vez dentro del despacho, señaló la silla que había frente al gigantesco escritorio de madera.

—Siéntate.

Hice lo que me indicó.

Cogió una botella de agua y una pastilla de Benadryl de la caja de su escritorio y me las dio.

—Tómate esto.

Me tragué la pastilla y luego me señalé la cara.

—Tenemos que sacar los aguijones.

—¿En plural? —me miró los brazos—. ¿Dónde está el otro?

Me levanté la camiseta para mostrarle el torso.

—Aquí.

Iris me miró los abdominales y tragó saliva.

—Bueno… Quizá podamos empezar por la cara.

Me bajé la camiseta.

—Tú mandas.

Me puso una mano bajo la barbilla y se acercó para inspeccionarme la mejilla.

Me sentí como si estuviera en el dentista, sin saber muy bien dónde mirar.

Iris tenía los ojos de color miel más bonitos que había visto nunca, a juego con el escritorio de madera contra el que estaba apoyada. Se puede saber mucho de las emociones de una persona a través de sus ojos y en ese preciso momento pude sentir su compasión.

—¿Llevas encima una tarjeta de crédito? —preguntó Iris.

Saqué la cartera del bolsillo y extraí mi tarjeta Visa.

—No sabía que había que pagar un extra por esta consulta, doctora Dobbs —sonreí, aunque sabía la verdadera razón por la que me la había pedido.

—Chitón. —Me arrebató la tarjeta de crédito de la mano y presionó el borde contra la piel de mi mejilla, deslizando el aguijón hacia fuera, junto con, esperaba, todo el veneno posible—. Ya está. —Se giró, cogió un pañuelo de papel del escritorio y me limpió la cara—. Ahora, el otro aguijón. Será mejor que te levantes para este.

Me levanté y me subí la camiseta hasta el pecho, dejando el estómago al descubierto.

Iris me miró los abdominales de nuevo, dudando.

—No te pongas nerviosa —me reí entre dientes—. Solo son abdominales.

Las picaduras de abeja no eran cosa de risa, pero intentaba aligerar el ambiente, ya que había dicho que a veces se asustaba en las emergencias.

Por desgracia, mi táctica no funcionó.

—Cállate la boca —dijo Iris, acercándose y colocando una mano en el costado de mis abdominales. Con la otra mano, raspó el borde de la tarjeta de crédito contra mi abdomen para expulsar el aguijón y el veneno, asintiendo ante su logro—. Creo que este también lo he sacado bastante bien.

—Gracias —dije, sintiendo que me empezaba a sudar un poco la frente.

—De nada. —Iris cogió otro pañuelo de papel, me limpió el estómago y luego me bajó la camiseta de un tirón.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, con la preocupación todavía en sus ojos.

Me encogí de hombros.

—Creo que estoy bien, aunque… —miré hacia el techo, pensando.

—¿Qué?

—Puede que tenga un problema grave con…

—No te muevas —ordenó Iris, corriendo hacia su escritorio, abriendo el cajón, sacando algo que no pude ver y volviendo hacia mí.

Abrí los ojos como platos y negué con la cabeza.

—Espera, no…

Era demasiado tarde.

Iris me clavó el inyector a través de los vaqueros en la mitad de la parte exterior del muslo, manteniéndolo en su sitio durante tres segundos mientras la dosis de adrenalina entraba en la pierna. Como por arte de magia, mi ritmo cardíaco se aceleró y el picor empezó a desaparecer de mi cara y estómago donde me habían picado.

Dejó caer el inyector al suelo y luego me masajeó la pierna por encima de los vaqueros donde me había pinchado.

—Te vas a sentir mejor pronto. Este medicamento funciona super rápido. Vas a estar bien.

—¡Claro que voy a estar bien! —negué con la cabeza, incrédulo —. ¿Por qué me has pinchado? No era necesario.

—¿Que no era necesario? —Iris dejó de frotarme la pierna y levantó la vista—. ¿De qué estás hablando? Eres alérgico y deberías saberlo. ¡Esto es serio y no quiero que te mueras!

—¿Qué te ha hecho pensar que me estaba muriendo? ¡No estaba entrando en shock anafiláctico! Te he dicho que creía que estaba bien.

—¡También me has dicho que quizá tenías un problema grave!

Cerré los ojos y soplé antes de abrirlos.

—No me has dejado terminar la frase. Estaba a punto de decirte que podía tener un grave problema de adicción porque me apetecía otro cruasán de chocolate, o dos.

—¿En serio? ¿Qué clase de persona se pondría a hablar de comida en medio de una emergencia?

—¡Una persona que tiene hambre!

—¿Por qué no has hablado más rápido?

—¿Por qué no has actuado más despacio? —Saqué un inyector de adrenalina de mi bolsillo—. Tengo uno propio. Solo tenías que haber preguntado.

—Lo siento. He pensado en Linda con su asma y sin inhalador. No sabía qué otra cosa hacer.

Negué con la cabeza y luego levanté una ceja.

—Entonces, ¿me estás diciendo que te gusto y que no querías perderme?

—¡No! Solo me he asustado, y es todo por tu culpa.

—Buen intento. La culpa es toda tuya.

Iris me empujó en el brazo y resopló.

—¡Me has asustado para nada!

—¡Tú me has apuñalado para nada! —dije—. Como hiciste en mi sueño de anoche.

«Uy, uy, uy».

No pretendía decir eso en voz alta.

—¿Perdona? —dijo Iris.

Negué con la cabeza.

—Nada. Nada en absoluto.

—¿Has soñado conmigo? —se pavoneó Iris—. ¡Ja! Creo que soy yo la que te gusta a ti.

Le dediqué una sonrisa forzada a Iris, preguntándome cómo iba a salir de esta.

Capítulo Once

Ted

La mirada fulminante de Iris era muy mona, pero tuvo en mí el mismo efecto que el suero de la verdad.

—¿Ted? ¿Has soñado conmigo, sí o no?

No iba a mentirle.

—No es lo que piensas. Estábamos completamente vestidos.

Me fulminó aún más con la mirada.

Gruñí y dije:

—Vale. Me perseguías e intentabas apuñalarme con un cuchillo. Lo normal en ti, ir por la vida asustando a la gente. Aunque ha sido un poco espeluznante cómo se ha hecho realidad mi sueño. Como el arte imitando a la vida. —Señalé el inyector de epinefrina que estaba en el suelo—. Bueno, casi.

—No quiero matarte. ¡Intentaba salvarte la vida! —Se apartó, pero no sin que se le empezaran a llenar los ojos de lágrimas—. Me importas más de lo que crees.

Le señalé la cara.

—No, no, no, no, no. ¿Qué les pasa a tus lagrimales? No se me dan bien las fugas. Deja de hacer eso. cierra el grifo.

Iris sorbió por la nariz.

—Primero pensé que Linda iba a morir, y luego tú. No quiero que nadie muera. Deberíamos vivir eternamente.

El lado tierno de Iris era un bonito cambio de actitud, pero los lloros me sobraban.

—Créeme, yo a los quinientos años no estaría muy guapo.

—Lo digo en serio —dijo.

Le cogí la mano y se la apreté.

—Mira, todo ha salido bien. Tengo el corazón un poco acelerado por la medicina, pero me siento genial. Y sí, veo que te importo. Gracias. —Le froté el dorso de la mano.

—De nada —dijo—. Es que… he tenido muchas cosas en la cabeza esta semana y no quiero pagarlo contigo. —Alzó la vista hacia mis ojos, con un aire un poco más relajado y contemplativo—. Tienes razón. Sin duda, necesito idear un plan para la bodega, para que todo vaya en la dirección que quiero.

Me metí un dedo en la oreja y lo agité. ¿La había oído bien?

Vaya.

Que ella lo admitiera era un gran avance.

Yo también había dado un salto gigantesco, ya que mi reacción normal habría sido meterme de lleno y dar consejos para resolver el problema.

Quizá había aprendido de mis errores y de la sabiduría de la abuela Loretta, sabiendo que la mente de Iris no funcionaba así.

«Escucha con empatía», o algo así, me había recomendado la abuela.

Requiere la mayor cantidad de energía mental y emocional. Necesitaba escuchar con el corazón y la mente al mismo tiempo, lo cual no era fácil, ya que siempre me distraía con los ojos. La parte más difícil era que necesitaba escuchar mejor y esperar a que Iris pidiera ayuda. Con suerte, no pasarían años antes de que eso ocurriera, porque la última vez que me hicieron la prueba de la paciencia, el resultado fue nefasto.

—Es mucha presión solo para mantener el negocio a flote, ¿sabes? —dijo Iris.

Asentí, pero mantuve la boca cerrada.

—Estoy empezando a darme cuenta de que quizá tú y Mindy tenéis razón. Debería pedir ayuda.

Casi, pero no se ha llevado la medalla de oro.

Técnicamente, no me ha pedido ayuda.

Iris dijo que *debería* pedirla, pero en realidad no había dado el paso.

—No hay nada de malo en pedir ayuda —continuó Iris.

Era como una borracha dando saltos alrededor de la línea de meta en un pogo saltarín, pero sin llegar a cruzarla nunca.

El impulso de decir algo era tremendo.

Quería darle un consejo.

La tetera a punto de hervir se moría por silbar.

«Cállate. Deja que continúe».

Iris miró pensativa una de las fotos de la bodega que había en la pared.

—Es que hay tantas cosas que hacer y nunca parece haber suficiente tiempo en el día, ¿sabes a lo que me refiero?

Me mordí la lengua y asentí.

—A veces, simplemente no sé por dónde empezar —siguió—. Me resulta literalmente imposible descifrar qué es más importante.

Asentí de nuevo.

Iba a necesitar fisioterapia de tanto asentir.

«Pídeme ayuda, Iris».

«Por el amor de Dios».

«Me muero de ganas».

—Bueno… —Iris volvió a mirarme y sonrió—. Gracias por escuchar.

¿Eh?

¿Eso era todo?

¿En qué había fallado?

Ahora, el que quería llorar era yo.

Había sido un buen oyente y no estaba siendo recompensado por mi buen comportamiento.

¿Dónde estaba mi premio de poder ofrecer consejos?

Me sentía como el único niño en una fiesta de cumpleaños que no recibía un trozo de tarta.

—Tengo una idea —dijo Iris.

Me animé.

—¿Sí?

—Pensaba que podríamos ir a desayunar y entonces podrías hablarme de las ideas que tienes sobre la bodega

—¡Aleluya! —solté, sobresaltando a Iris y a mí mismo, la verdad —. Quiero decir, claro, sí, estaré encantado de compartir desayuno y algunas otras cosas contigo. Sin embargo, ¿te importa que comamos aquí? Podremos hacer más cosas sin todas las distracciones del comedor.

Iris asintió.

—Es una idea genial.

Le envié un mensaje a la abuela Loretta, diciéndole que se portara bien y que iba a desayunar con Iris para compartir la lista que le había enseñado a ella el día anterior, ya que le habían gustado todas las ideas que se me habían ocurrido.

Con suerte, a Iris también.

Iris llamó a su abuela Sherry, que hizo que uno de los empleados del hostal trajera algo de comida: sándwiches de huevo, bollería variada, zumo de naranja y café.

Unos minutos más tarde, la abuela Loretta me respondió con un mensaje diciendo que me divirtiera. También me dijo que me asegurara de que Iris dijera que sí, si alguien llamaba y le ofrecía un puesto en el evento Sabores de Napa.

Sabores de Napa era un evento benéfico de cata de vinos local muy popular para el que se agotaban las entradas todos los años. Las bodegas que asistían lo hacían solo por invitación, así que era un gran acontecimiento si eras una de las pocas elegidas para estar allí.

La abuela Loretta también me advirtió que no mencionara que ella tenía algo que ver si llamaban, ya que Iris no estaba muy dispuesta a aceptar ayuda de la gente. Debía de haber movido algunos hilos si conseguía meterla en el evento como expositora, pero de cualquier manera, yo no diría ni pío porque era una oportunidad de oro.

Tomé un sorbo de mi café y luego tecleé en el teléfono para abrir la lista.

—Tengo unas cuantas oportunidades para generar ingresos adicionales para la bodega, con poco o ningún desembolso por tu parte.

—Ya me está gustando por donde vas —dijo Iris, dándole un bocado a su sándwich.

—Bien —dije sonriendo—. Lo primero de la lista, ¿por qué y cuándo dejaron de celebrarse bodas en Luna Roja?

Las bodegas del valle de Napa tienen estrictamente prohibido celebrar bodas en sus terrenos debido a una ley poco conocida, de 1989, que se estableció para proteger las tierras agrícolas utilizadas por las bodegas.

Por suerte, Luna Roja era una de las cinco únicas bodegas a las que se les permitía celebrar bodas, ya que se les aplicaba una exención por operar antes de que la ley entrara en vigor.

—La última boda que tuvimos aquí fue mucho antes de que yo me hiciera cargo —dijo Iris—. Mis padres simplemente querían centrarse en otras cosas y dejaron de organizarlas.

—Grave error —dije—. No puedo creer que no estéis usando vuestro permiso para organizar bodas. Es como tener una mina de oro en tu propiedad y dejarla ahí sin más. Tienes que permitir que la gente celebre bodas aquí cuanto antes.

Iris vaciló.

—Suena a demasiado trabajo.

Negué con la cabeza.

—Para nada. Simplemente dejas que la gente alquile la propiedad por un día, nada más. Ni siquiera tienes que proporcionar la comida. Los novios traerán sus propios proveedores, incluido el catering. Incluso puedes exigirles que contraten a un organizador de bodas local que tú apruebes. Esa persona lo supervisará todo, dejándote completamente al margen.

Iris no parecía convencida.

—Me encantan las bodas, pero…

—Mira, tienes un precioso cenador en la colina con vistas al valle —continué—. Las novias matarían por celebrar su ceremonia en ese lugar, créeme. Las bodas en tu propiedad le darían publicidad gratuita a la bodega porque los novios, los fotógrafos, los videógrafos, los proveedores y todos los invitados hablarían y publicarían fotos de la boda en las redes sociales. Tus ventas de

vino, visitas y futuras bodas aumentarían de forma natural con toda la exposición gratuita en Internet.

Iris seguía sin parecer convencida.

—No sé…

Me incliné hacia delante en mi silla.

—¿Sabes cuál es el coste de alquilar una propiedad para bodas en el valle de Napa ahora mismo?

Se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

Sonreí y dije:

—Entre diez y treinta mil dólares.

A Iris casi se le salió el zumo por la nariz.

—¿Por un solo día?

Asentí, sonriendo.

—Ni siquiera tienes que cobrar tanto. Digamos que les haces un buen precio y solo cobras cinco mil dólares por el día.

Se rio y dijo:

—¿Solo?

Me reí entre dientes.

—Lo sé, pero está por debajo de la media, escúchame. —Cogí mi teléfono y empecé a teclear números en la calculadora—. Cinco mil dólares por ocho bodas al mes, suponiendo que quieras hacer una el sábado y otra el domingo. Podrías hacer más, ya que Napa es un destino turístico y la gente se casa aquí entre semana, pero usemos dos a la semana como ejemplo. Multiplica eso por seis meses de temporada alta al aire libre, de mayo a octubre, con un total de… —Giré el teléfono hacia Iris para mostrarle el número en mi calculadora.

Casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—No me digas —dijo Iris—. ¿Doscientos sesenta mil dólares?

—Aproximadamente. En seis meses —dijo riendo—. Solo por alquilar tu propiedad para bodas, sin absolutamente ningún trabajo extra por tu parte. Los organizadores de bodas se encargarán de todo, y les pagan los novios, no tú. Sin gastos de tu bolsillo. Todo lo que tienes que hacer es contactar con los organizadores de bodas de la zona y ofrecerles una visita al lugar. Ellos hablarán de la

disponibilidad de la propiedad con los novios. Si quieres empezar más rápido, puedes hacer un poco de publicidad en las webs de bodas, y quizá incluso regalar el alquiler de una o dos bodas al principio a cambio de usar sus fotos para promocionar el lugar. Pan comido.

—Vale, has captado mi atención. —Iris sonrió, pensándolo—. ¿Cómo sabes tanto sobre bodas?

—¿Cómo crees? Las hacemos en nuestra bodega casi todos los fines de semana.

Cerré la calculadora en mi teléfono y abrí la aplicación de notas con mi lista, compartiendo otras ideas, incluyendo un evento de pisado de uvas.

Sorprendentemente, a Iris le encantaron todas mis ideas, incluida la de regalar a todo el que pisara uvas una camiseta que dijera «Yo pisé uvas en Luna Roja». Evidentemente, le encantaban las camisetas, así que tenía sentido.

Dejé mi teléfono.

—Dos cosas más para que pienses, y luego te dejaré trabajar. Una, si quieres ganar la medalla de oro en *El Próximo Gran Vino*, puedo ayudarte, y no, eso no significa que te esté pidiendo que nos asociemos o que me dejes usar tus uvas. Te mostraré lo que necesitas hacer para ganar, nada más. Tú te llevarás toda la fama y la gloria, y yo te dejaré en paz y volveré a Petaluma.

Iris frunció el ceño.

—Nunca te haría eso. Sería como si te utilizara y luego te mandara a paseo.

Me encogí de hombros.

—No me estarías mandando a paseo. A mí me gusta vivir allí. Me quitaré de en medio en unos pocos días, pero en lugar de verme como a tu enemigo, puedes empezar a verme como un amigo totalmente desinteresado.

—Amigos… No veo por qué no podríamos ser amigos, claro.

Levanté la mano.

—Eh, tienes que frenar este tren de mercancías desbocado de emociones humanas antes de que alguien salga herido. Ser amigos

es un gran compromiso. ¿Estás diciendo que ahora quizá te caigo un poco bien?

—Un poco —dijo, y luego resopló.

Sonreí.

—Me conformo.

—Déjame pensarlo —dijo Iris—. ¿Qué más tienes para mí?

—Lo último de la lista —dije—. Creo que te convendría involucrarte más en la comunidad.

—¿Cómo? —preguntó Iris.

—Hay muchas maneras, e incluso puedo hacerte otra lista. Me dijiste en Le Paris que eres una persona sociable. Sal más. Los eventos comunitarios son una forma genial de que te vean, de socializar y de dar a conocer más el nombre de la bodega. Además, demostraría realmente cuánto te importa el valle de Napa. Todo volverá a ti, créeme.

Sonó el teléfono en el escritorio de Iris.

—Me gusta esa idea. —Señaló al teléfono—. Discúlpame un momento.

Asentí y dije:

—Por supuesto.

Miré el teléfono, una parte de mí se preguntaba si serían los de Sabores de Napa.

Iris rodeó el escritorio y se deslizó en su silla, cogiendo el teléfono.

—Bodega Luna Roja, soy Iris. —Asintió—. ¿Sabores de Napa? Sí, conozco el evento, por supuesto.

Salté de mi silla y susurré:

—¡Hazlo!

Se llevó el índice a los labios para decirme que me callara y volvió a centrar su atención en la llamada.

—¿Hoy? —Hizo una mueca—. Oh, vaya. No creo que sea posible.

—Hazlo —repetí, un poco más alto.

Iris me fulminó con la mirada, y luego dijo al teléfono:

—¿Puedo ponerle en espera un momento? Gracias. —Pulsó el botón de espera del teléfono y colgó el auricular, lanzándome otra mirada—. No me hagas pincharte de nuevo.

Señalé al teléfono.

—Esto es una señal. Sabores de Napa es la oportunidad perfecta. La cobertura mediática es increíble, y es exactamente de lo que estaba hablando. Un acto benéfico donde puedes contribuir a la comunidad. No puedo creer que te estén llamando.

—Tuvieron una cancelación de un puesto en el último minuto. Necesitaría llevar al menos diez cajas de vino, ¡pero es hoy! No tengo ningún empleado disponible para ayudar.

Di un paso hacia ella.

—Yo serviré el vino.

—¿Qué? ¡No!

—Sí.

—He dicho que no.

No podía dejar que Iris se perdiera una oportunidad tan buena.

Di un paso más, levanté los hombros y entrecerré los ojos.

—¡Sí!

Iris se rio.

—¿Aprendiste ese movimiento en tu clase de empresariales? ¿Crees que puedes intimidarme con una mirada?

—En realidad, lo aprendí de la abuela Loretta. ¿No funciona?

Iris negó con la cabeza.

—Ni un poquito. Solo le das a mi pie un mejor objetivo si no te retiras.

—No mencionó esa posible repercusión. —Relajé los hombros y di un paso atrás.

Iris señaló el teléfono y dijo:

—¿Recuerdas que tengo a alguien en espera?

Sherry entró en la oficina.

—¿A qué viene tanto alboroto aquí dentro? Parece una pelea de enamorados.

Reprimí una carcajada y señalé el teléfono.

—Iris tiene a una persona en espera de Sabores de Napa. Alguien se ha echado atrás en el último minuto para su evento de hoy. Tienen un puesto disponible y se lo están ofreciendo a Iris. Está siendo tan cabezota como y va a decir que no. Incluso me he ofrecido a servir el vino yo mismo.

Sherry sonrió.

—Ted, eres un encanto por ofrecerte a ayudar. ¿Y sabes qué? ¡Creo que me uniré a ti!

—¿Qué? —dijo Iris—. No, abuela.

Sherry ignoró a Iris, la rodeó, cogió el teléfono y pulsó la línea uno.

—Hola, soy Sherry, la abuela de Iris y la matriarca de la familia. Estaremos encantados de ayudarle hoy. Dígame todo lo que necesito saber.

Capítulo Doce

Iris

Ted estiró el brazo por encima de la mesa para coger una botella de vino en el evento benéfico Sabores de Napa y su brazo rozó el mío.

Me sorprendió lo mucho que me gustó ese pequeño contacto físico.

—¿Por qué coges las botellas de mi lado cuando tienes las tuyas ahí? —le di un codazo juguetón en el brazo.

—Tú tienes más botellas que yo, y solo quería igualar la mesa. —Me devolvió el empujoncito de la misma manera.

—Eso es porque todas las mujeres han ido a pedirte vino a ti, estando los dos aquí. —Negué con la cabeza, asombrada—. Prácticamente se te tiran encima.

Ted sonrió de oreja a oreja.

—Parece que alguien está celosa.

—¡Ja! —dije—. Ya te gustaría.

Era la única respuesta que se me ocurrió, lo que me hizo preguntarme si de verdad estaba celosa.

El evento benéfico en el Centro de Exposiciones de Napa había sido un gran éxito y por fin estaba llegando a su fin. Muchos de los asistentes comentaron lo mucho que les había gustado el vino de Luna Roja. Al menos diez personas habían cogido una tarjeta de

visita de la mesa, mientras que muchas otras dijeron que se pasarían pronto por la bodega con algunos amigos para una cata.

Ted señaló a Loretta con la abuela Sherry, ambas pegadas la una a la otra mirando uno de los artículos en la mesa de la subasta silenciosa.

—Mira a esas dos. Parece que de verdad han hecho buenas migas.

—Ya lo sé —dije—. Es increíble. Tienes una abuela muy guay.

—Y tú también —dijo Ted, sin dejar de mirarlas—. ¿Llegaste a averiguar si eran amigas de pequeñas?

Negué con la cabeza.

—No. Se me olvidó por completo con todas las muertes por los pelos que no han ocurrido en mi propiedad.

—Quizá tengas que aumentar tu seguro de responsabilidad civil. —Ted soltó una risita—. ¿Te alegras de haber venido hoy?

—Sí. Ha sido una experiencia increíble. Gracias por ser un grano en el culo y por insistir.

—Ser un grano en el culo es una de mis especialidades —dijo Ted —. Cobro un extra por eso, que lo sepas.

Un hombre con el que habíamos hablado antes volvió a nuestra mesa.

—Me alegro de veros antes de que os vayáis —dijo sonriendo—. Tengo que decir que este vino suyo es fabuloso.

—Me alegro de que te guste —dije.

—Me encanta. Antes no tuve ocasión de presentarme. Soy Charlie Roffey.

Le estreché la mano y dije:

—Soy Iris Dobbs.

Ted señaló al hombre.

—¿El del Restaurante Roffey?

—El único e inigualable.

El restaurante Roffey era un sitio muy popular con varios locales.

—Soy Ted Jacobs. —Se dieron la mano.

Charlie inclinó la cabeza a un lado.

—¿El mismo Ted Jacobs de la bodega Perro Bailón?

Ted asintió.

—Ese soy yo.

—Añadimos tu pinot noir a nuestra carta de vinos después de ganar la medalla de oro. Es un gran éxito entre nuestros clientes. ¿Qué haces con Luna Roja?

—Estoy ayudando a Iris hoy.

Su mirada fue de Ted a mí.

—¿Vais a unir fuerzas con vuestras bodegas?

Ted soltó una risita.

—Eso esperaba, pero Iris es un hueso duro de roer.

Charlie sacó su tarjeta de visita y me la entregó.

—Me encantaría añadir este cabernet a nuestra carta de vinos.

Intenté mantener la calma.

—Sería maravilloso. Muchas gracias.

—De nada. Sé que tenéis que empezar a recoger pronto, pero llámame esta semana para hablarlo, o que me llame tu distribuidor.

—Por supuesto. Gracias de nuevo.

Charlie se alejó y Ted sonrió.

—Enhorabuena.

—Gracias. Sé que solo son unos cuantos restaurantes, pero es algo positivo, un paso en la dirección correcta.

Ted me dedicó una sonrisa cómplice.

—¿Ves? Cuando te preocupas por la comunidad, ellos se preocupan por ti.

Empezaba a creérmelo.

—Quizá soy tu amuleto de la buena suerte —añadió Ted.

Me reí y dije:

—Eso es mucho decir, pero gracias por todo. Las ventas de vino por Internet no paran de subir gracias a los cambios que hiciste en la web. —Me acerqué y le di un abrazo, pero mucho mejor esta vez, no el abrazo cutre que le di después de terminar en Le Paris.

—Otra mujer que se me tira encima —dijo Ted.

—Sigue soñando, guapo. —Me aparté de él—. Pero esta mujer que viene hacia aquí es sin duda una de tus fans.

Ted soltó una risita.

—Quiere vino, como todas las demás.

—¿Andando así? Lo dudo mucho.

La mujer movía las caderas de un lado a otro mientras se acercaba, con la mirada fija únicamente en Ted y en nada más. Llevaba una minifalda negra y una blusa rosa escotada a juego con los tacones y el pintalabios. Tenía una larga melena rubia con reflejos color caramelo que combinaba a la perfección con su piel bronceada e impecable.

La mujer era guapísima y lo sabía.

Y también estaba de caza.

Tras mirar el vino durante un nanosegundo, miró a Ted y sonrió, examinándolo de pies a cabeza.

¿Podría haber sido más obvia?

¿Por qué no se ponía un cartel en la frente que dijera: «Te deseo»?

—¿Le ofrezco un poco de vino? —pregunté, cogiendo la botella abierta que tenía delante y mostrándole la etiqueta.

—Solo estoy mirando… —La mujer ni siquiera me miró. Se acercó más a Ted, sonriendo, mientras aleteaba sus pestañas postizas—. Tengo un gusto muy exigente, pero sé lo que me gusta cuando lo veo.

—¿Querrás decir cuando lo pruebas? —la corregí, esperando descolocarla un poco—. Porque en realidad no se puede saborear con los ojos.

—Me permito disentir. ¿De dónde si no viene la expresión «caramelito»? ¿Puedes saborear un caramelito? Desde luego que sí.

Casi me da un aneurisma intentando descifrar su lógica.

Abrí la boca para responder, pero la cerré al darme cuenta de que no merecía la pena el esfuerzo.

Me estudió la ropa: una falda blanca que me llegaba justo por debajo de las rodillas y un polo negro de Luna Roja a juego con el que llevabaa Ted.

Creía que estaba representando a la bodega de forma profesional, aunque muy lejos de cómo iba vestida la señorita buscona.

Desde el momento en que se acercó a la mesa, supe que lo único que quería probar era al hombre que estaba a mi lado. Sería

interesante ver cómo respondía Ted, ya que todos los demás hombres alrededor estaban babeando.

—¿Qué crees que me gustaría? —le preguntó la mujer a Ted.

—La elección es fácil. —Ted señaló las botellas que teníamos delante—. Puedes probar el cabernet que está *aquí* o el mismo cabernet que está *ahí*.

—Me agobio *mucho* cuando tengo que elegir. —La mujer se abanicó el escote con la mano—. ¿No hace mucho calor aquí?

Hay que reconocer que Ted no le miró el escote. De hecho, parecía ajeno a sus coqueteos, a pesar de que debía de ser, con diferencia, la mujer más guapa del evento.

Se echó el pelo hacia atrás cuando empezó a cubrirle parte del escote.

—¿Qué elegir, qué elegir…?

Estaba perdiendo la paciencia con la tipa esa.

—Como ha dicho Ted, es exactamente el mismo vino, cabernet. Solo hay una opción. Beber o no beber, esa es la cuestión.

La mujer me miró con desdén y volvió a sonreírle a Ted mientras extendía la mano con sus larguísimas uñas color rosa.

—¿Dónde están mis modales? Me llamo Michelle Raquel.

Ted le estrechó la mano.

—Encantado de conocerte, Michelle. Soy Ted Jacobs.

La mujer no le soltó la mano.

—En realidad, es Michelle Raquel.

—Mis disculpas —dijo Ted—. Pensaba que Raquel era tu apellido.

—Soy una de las afortunadas del mundo que tiene dos nombres preciosos. —Sonrió con orgullo, como si fuera un gran logro por su parte—. El doble de diversión, si sabes a lo que me refiero.

«Pues la verdad es que no».

Sonrió con orgullo, mostrando sus dientes perfectos. —En realidad, mi apellido es Adél.

—¿Michelle Raquel Adél? —dije—. Técnicamente, tienes tres nombres.

Las cejas tatuadas de la mujer casi se juntan de la rabia.

—Creo que no lo pillas. Michelle Raquel es mi nombre compuesto. Adél es mi apellido y no tiene nada que ver con mi

nombre. —Se volvió hacia Ted, pestañeando de nuevo—. Toma mi tarjeta y llámame. —Sacó una tarjeta del bolso y se la entregó a él —. Me gustaría saber más sobre tu vino. Parece fascinante y conozco un distribuidor increíble. Nunca se sabe lo que podría pasar si juegas bien tus cartas. Quizá podamos hablarlo durante una comida, o mejor ¿una cena?

—Permíteme que se la pase a Iris. —Ted me entregó la tarjeta de Michelle Raquel—. Es la propietaria de Luna Roja. Estoy seguro de que estará encantada de hablar contigo.

«Ni en un millón de años».

—Solo soy un voluntario —añadió Ted.

Michelle Raquel parpadeó repetidas veces, mientras el brillo de su chulería se desvanecía.

—¿Un voluntario?

Ted asintió con orgullo, lo que hizo que me gustara aún más.

—Eso es.

—¿Sabes mucho de vinos?

—Bastante.

—¡Pues entonces! —De repente, Michelle Raquel se animó tanto como la ingeniería plástica que luchaba por escapar de su blusa—. Desde luego, no estaría de más conocer la perspectiva de un voluntario, ya que estás aquí en las trincheras, haciendo el trabajo duro mientras la dueña se lleva todo el dinero.

—En realidad, estoy aquí en las trincheras con él —dije.

¿Era un delito tirarle a alguien del pelo?

De repente sentí la necesidad de darle un tirón a esa melena rubia, o mejor aún cientos de tirones.

Michelle Raquel frunció los labios.

—Sea como sea, él es el que parece estar haciendo todo el trabajo. No creo haberte visto servir una sola copa desde que estoy aquí.

«Eso es porque todas las tías de este lugar están rondando a Ted como buitres».

—¿Y por qué narices has estado observando nuestro puesto con tanta atención? —pregunté.

—Vuestro puesto está en un lugar céntrico, todo el mundo puede verlo.

—Estamos en la esquina.

—Sí, pero vuestra esquina está en el centro de la sala.

Por Dios. ¿Cuánta masa cerebral había perdido solo por tener esa pequeña conversación con Michelle Raquel Adél? Nunca recuperaré esas neuronas.

Me arrebató la tarjeta de visita de la mano y se la devolvió a Ted.

—Llámame. No te arrepentirás. —Se dio la vuelta y se marchó contoneándose, asegurándose de mover todo lo que tenía de cintura para abajo.

La señalé y dije:

—Se va a dislocar una cadera andando así.

Ted se rió.

—Qué gracia.

—Lo que tiene gracia es las ganas de meterte mano que tenía esa mujer.

Ted levantó una ceja, cosa que hacía a menudo.

—¿Otra vez celosa?

—¡No! —dije, con demasiada vehemencia, ahora segura de que sí estaba celosa—. Solo me he dado cuenta de que todos los hombres de la sala se la estaban comiendo con los ojos, incluso los casados.

—Todos menos uno. —Ted arrugó la nariz—. No es mi tipo.

—Es la mujer más guapa del club, aunque no llevara maquillaje, ni tacones y fuera vestida normalita.

Ted negó con la cabeza.

—Sinceramente, Michelle-Raquel-o-lo-que-sea no me dice absolutamente nada. Se esforzaba demasiado por resultar sexi, lo cual es un completo repelente para mí.

Fue interesante oír eso y, sí, quería saber más.

—Si eso no lo es, ¿qué es exactamente sexi para ti? —pregunté.

Ted abrió otra botella de vino.

—Voy a mantener la boca cerrada.

—Gallina —le piqué, a ver si así conseguía que hablara.

—Exactamente. —Se rió entre dientes, sin caer en la trampa—. Créeme, no quieres saber lo que diría sobre el tema.

—Sí que quiero, la verdad.

Me estudió durante un momento algo largo, y luego dejó el sacacorchos y la botella sobre la mesa.

—Vale. De acuerdo. —Lo pensó durante unos segundos más—. Ser sexi no consiste en tener el mejor cuerpo, llevar la ropa más ajustada o enseñar más piel.

—¿Entonces en qué consiste?

Ted se encogió de hombros.

—Las mujeres pueden mostrar su atractivo de muchas otras maneras.

—No me digas que tienes otra lista.

Ted se rió entre dientes.

—No necesito una lista para eso. Te daré un ejemplo sencillo: una mujer apasionada por algo es sexi.

—¿Y si me apasiona la tarta de queso y plátano?

—Sexi. —Sonrió.

Me reí y dije:

—No te lo estás tomando en serio, olvida que te lo he preguntado.

—¡Lo digo de verdad! Una mujer apasionada es algo glorioso. Una mujer con sentido del humor también es una de las cosas más sexis que existen. Ser juguetona es sexi.

—Sigue —dije.

—Una mujer que se siente lo suficientemente cómoda en su propia piel, como para ser ella misma en lugar de intentar ser alguien que cree que le gustaría a los demás. Eso es sexi. Me gusta la confianza, pero también me gusta la vulnerabilidad. No como una damisela en apuros o alguien débil, sino alguien que es abierta y honesta y lo suficientemente valiente como para mostrar sus defectos.

Sonreí con suficiencia.

—Tengo muchos defectos y no hay forma de ocultarlos.

—¡Exacto! Y es sexi porque admites que los tienes, pero también sabes que tienes cosas en las que necesitas trabajar para ser mejor

persona.

Espera, ¿estaba diciendo que yo era sexi?

Desde luego que lo parecía.

—Cuando eres tú sin complejos ni miedos, el atractivo brilla —añadió Ted.

Señalé a Michelle Raquel Adél, que estaba al otro lado de la sala abanicándose el escote para otro hombre.

—En ese caso, si ella no es la mujer más guapa de la sala, ¿quién lo es?

Ted me miró fijamente a los ojos.

—No hay dudas de que…

—¡Eooo! —gritó la abuela Sherry, agitando la mano en el aire—. ¡Mirad aquí para una foto, vosotros dos!

Me giré con Ted hacía mi abuela, sonriendo para la cámara, aunque me moría por saber quién creía él que era la mujer más guapa de la sala.

¿Por qué deseaba tanto ser yo?

Loretta se acercó a la abuela Sherry, señalándome.

—Tu nieta es absolutamente preciosa.

—Eso lo sacó de mí, por supuesto. —La abuela Sherry ajustó el teléfono para obtener un mejor ángulo para la foto—. Y tu nieto es guapísimo.

Loretta sonrió con orgullo.

—Eso lo sacó de mí.

—Harían bebés preciosos juntos, ¿no crees? —dijo la abuela Sherry.

Me quedé boquiabierta, sintiendo que se me calentaba la cara.

—¡Abuela! ¡Que te oímos!

Me ignoró y continuó:

—Me recuerdan a los muñecos Ken y Barbie, excepto que Ted e Iris son anatómicamente perfectos, por supuesto. Bueno, quizá no debería hablar por tu familia, pero Iris tiene todas las partes vitales en plena forma y listas para la acción.

Me tapé la cara con las manos y negué con la cabeza.

—Me muero de vergüenza.

—Oh, vamos. No ha sido para tanto —dijo Ted riendo.

Quizá no, pero a juzgar por las caras de nuestras abuelas, no habían hecho más que empezar.

Capítulo Trece

Iris

Era tal y como sospechaba: a las abuelas les quedaba cuerda para rato con su conversación sobre Ted y yo, hablando como si ni siquiera estuviéramos allí.

Imposible sentir más vergüenza.

O sí. Mejor cruzar los dedos.

—No tienes de qué preocuparte, Teddy tiene todo en su sitio y le funciona correctamente —dijo Loretta—. Yo lo bañaba cuando era pequeño, así que lo sé. Por cierto, ahora calza un cuarenta y siete, por si te lo estabas preguntando.

Ted alzó las manos al cielo.

—¡Abuela!

—¡Un momento, que estamos charlando! —exclamó Loretta—. No te muevas de donde estás. ¡Voy a hacer otra foto!

Ted se volvió hacia mí.

—¿De verdad no se dan cuenta de que las oímos?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea, pero no creo que eso cambie nada. De todas formas, mi abuela no tiene filtro.

—Ni la mía tampoco.

—Yo no veo a Ken y a Barbie cuando los miro —dijo Loretta—. Iris me recuerda a esa chica tan encantadora con una dentadura

perfecta. Salía en esa película divertida de Shakespeare con el hombre tonto que no paraba de decir que todo era inconcebible. ¿Cómo se llama? ¿Potro?

—¿Paltrow? ¿Gwyneth Paltrow? —dijo Sherry.

—¡Sí! —exclamó Loretta—. *Shakespeare enamorado*, esa era la película en la que salía. Bueno, y Ted me recuerda a Robert Downey Junior. A propósito, Robert y Gwyneth hacen una pareja encantadora, ¿no crees?

La abuela Sherry estaba a punto de hacer la foto, pero bajó el teléfono.

—Robert y Gwyneth no son pareja.

Loretta se puso las manos en las caderas.

—¡Claro que lo son!

—Estás más perdida que un pulpo en un garaje. Salieron juntos en esa película que recaudó un pastizal, pero fuera de la pantalla tienen amantes completamente distintos que los satisfacen en las solitarias horas de la noche.

—Espera… ¿De qué película estamos hablando?

—Ya sabes, esa en la que él vuela con ese artilugio que se le acopla al cuerpo. A veces se vuelve loco. Y ella es su ayudante, que le gusta mucho pero no se lo dice porque trabajan juntos.

—Ah, sí, sí, sí, vale, vale —dijo Loretta—. Y están coladitos el uno por el otro, pero no dicen nada. Me suena.

Ambas abuelas nos miraron y nos estudiaron.

—Bueno, lo tengo en la punta de la lengua —dijo la abuela Sherry—, pero no consigo recordar el nombre de la película.

—Yo tampoco —dijo Loretta.

—Pues esto me va a sacar de quicio, eso te lo aseguro. No seré capaz de hacer una foto hasta que recuerde el título de esa película.

—*Ironman* —dijimos Ted y yo a la vez.

—¡Eso es! ¡*El Hombre de hierro*!—exclamó la abuela Sherry—. Vale, bien. Me alegro de haberme acordado. ¡Oye, Ted! Acércate más a Iris y ponle el brazo por encima para que salgáis los dos en la foto.

Ted dudó antes de rodearme con el brazo.

—Solo hago lo que me pide. Por favor, no vuelvas a apuñalarme.

—¿Dónde está la gratitud por haberte salvado la vida? —dije.

—¿Dónde está el remordimiento por malgastar un inyector? —replicó Ted.

Compartimos una carcajada.

—¡Más cerca! —gritó la abuela Sherry—. No te va a morder.

—Las dos seguís diciendo eso, pero todavía no he visto ninguna prueba que respalde esa afirmación —dijo Ted, acercándome aún más a él con el brazo—. Mantén las manos donde pueda verlas. Y los dientes.

—No me tientes. —Deslicé mi brazo por su espalda y puse mi mano sobre sus músculos oblicuos, que casualmente estaban conectados a esos abdominales increíbles.

Quizá debería haberle hecho caso a Ted y haber mantenido las manos quietas.

Me gustaba cómo se sentía el contacto con su cuerpo.

Mucho.

Tragando saliva, me regañé mentalmente por volver a pensar en él sin camiseta.

Ted bajó la vista.

—¿Por qué estás tan inquieta?

—No estoy inquieta.

—Sí que lo estás. Puedo quitarme la camiseta si así te sientes más cómoda.

—¡Ni se te ocurra! —Se me escapó algo entre una risa y un bufido y me pareció ver cómo salía saliva de mi boca.

—¡La tengo! —dijo la abuela Sherry.

—¡Abuela! Se supone que tienes que decir «tres, dos, uno, ya», para que estemos listos.

—¡Ahora volvemos! —dijo Loretta—. Van a cerrar la subasta silenciosa y tenemos que ver si hemos ganado algo. —Enganchó su brazo al de la abuela Sherry y caminaron hacia otra mesa de la subasta.

Ted negó con la cabeza, asombrado.

—Mi abuela hace lo mismo. Nunca me avisa antes de sacar una foto. No sé cuántas veces me ha pillado con los ojos medio entornados o la boca abierta.

Sonreí con suficiencia.

—¿Y eso no tiene nada que ver con que no paras de hablar?

Ted se rió entre dientes.

—No te falta razón. Podría ser por eso.

Intenté apartar la mano de su costado, pero me quedé enganchada.

—Oh, oh. Se me ha enganchado la pulsera en tu camiseta.

Ted sonrió y dijo:

—¿Cuántas veces he oído esa excusa? Eres una tocona, admítelo.

—Lo digo en serio.

—Vale, espera. Déjame probar esto. —Ted se giró para intentar desenredarnos, pero eso nos dejó cara a cara, y mi pulsera tiró de su polo.

Sus manos acabaron en mi cintura.

—Vaya. Eso no ha funcionado.

Mi cuerpo estaba presionado contra el suyo.

Sus labios carnosos tan solo a unos centímetros de los míos.

Mis pensamientos se desbocaron.

«Esos labios parecen muy apetecibles».

—¿Qué miras? —preguntó Ted.

Dudé, y luego mentí:

—La picadura de abeja. —Pasé mi mano libre por sus abdominales y su pecho hasta tocarle un lado de la cara—. ¿Te duele?

Ted sonrió.

—No cuando haces eso.

Aparté mi mano de su mejilla, volviendo en mí.

—Vale, deberíamos centrarnos en mi pulsera. Voy a ponerme detrás de ti para desengancharla sin romper nada. No te muevas.

Él sonrió de oreja a oreja.

—¿Estás segura de que no quieres que me quite la camiseta y ya está?

—No tiene gracia.

—Recibido —dijo Ted.

Me aparté de su sólido pecho, me di la vuelta con cuidado y luego me deslicé detrás de él, levantando mi mano libre hacia la otra

mano con la pulsera enganchada.

Por desgracia, le di una palmada en la nalga izquierda en el proceso.

—Perdón.

—Por favor, hay que pedir permiso antes de catar el producto —dijo Ted riéndose entre dientes.

—Por favor, Ted. Quédate quieto.

—¿Por qué te pones tan nerviosa? No es una situación de vida o muerte.

No iba a decirle que estaba en ese estado de nervios porque estar tan cerca de él me hacía querer estar aún más cerca, como un imán con el acero.

Ted tenía razón en lo que había dicho antes.

Me ponía nerviosa. Demasiado.

Me estaba dando cuenta de que cada vez me sentía más atraída por él y se me estaba yendo de las manos. Era inoportuno y desconcertante, ya que hasta ahora había sido perfectamente feliz despreciándolo.

—Tu brazo me estorba —dije—. ¿Puedes moverlo?

—Por supuesto. —Ted levantó ambos brazos por encima de la cabeza, lo que le subió el polo, dejando al descubierto la piel de la parte baja de su espalda, justo por encima del cinturón.

«No necesito ver más piel».

Extendí la mano y traté de bajarle el polo con la mano libre.

—¡Mira, Iris y Ted están bailando! —exclamó la abuela Sherry—. Espera. No reconozco ese baile en absoluto.

—Ay, no. —Intenté soltar la pulsera, metiendo la cabeza bajo su axila para ver mejor el problema.

—Es uno de esos bailes de jóvenes —dijo Loretta—. ¿Cómo se llamaba? ¿Granular? ¿Pulverizar?

—No estamos bailando y mucho menos estamos perreando —dije.

—¡Perrear! —exclamó Loretta—. Así es como se llama.

Cuanto antes soltara la pulsera, antes dejarían de hablar de nosotros.

Ted se echó a reír.

Lo pellizqué para que parara.

—Estate quieto.

—¡Ay! —exclamó Ted—. Tranquila.

—El perreo me parece un poco demasiado violento para mi gusto —dijo la abuela Sherry—. ¿Cómo conoces ese baile a tu edad?

—Puede que sea vieja, pero todavía no estoy para el arrastre —dijo Loretta—. Lo aprendí de la tele. Después de decidir que ya tenía suficiente crema corporal de la teletienda para tres vidas, acabé zapeando y me detuve en un documental llamado *La evolución del baile* o algo así. En fin, que por lo que veo, Iris lo está haciendo fatal.

—¡Que no estamos perreando, ya te lo he dicho! —exclamé.

—Así desde luego que no —dijo Loretta.

Ted se rió, de manera que no tuve más remedio que pellizcarlo de nuevo.

—¡Ay! —dijo él.

—¡Ya está! —Por fin liberé la pulsera y salí de detrás de Ted.

Ambas abuelas se reían mientras se acercaban a nuestra mesa.

—Me encanta lo bien que os lo pasáis juntos, incluso cuando no tenéis ni idea de lo que hacéis. —La abuela Sherry me entregó un sobre—. Esto es para ti, mi amor.

—¿Qué es? —pregunté.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Abrí el sobre y saqué un vale de regalo con dos entradas para el festival Pisado y Bocado, un evento especial que se celebraba este año en la bodega Black Stallion, un poco más adelante, en la misma calle.

—¿Por qué me das esto? —pregunté.

—Lo ganamos en la subasta silenciosa. Pensamos en ti y en Ted cuando pujamos. Salid y divertíos. Corre por cuenta nuestra. Dijiste que hacía mucho que no veías a Maché, aquí tienes la oportunidad.

Maché y su marido Chris eran los dueños de la bodega Black Stallion y de los Vinos Delicato, el sexto mayor exportador de vinos de marca de Estados Unidos. Era verdad, a pesar de vivir tan cerca, hacía mucho tiempo que no la veía y me sentía culpable por ello.

Aun así, no me parecía bien poner a Ted en un compromiso y obligarlo a ir conmigo.

Miré a Ted, luego volví a mirar el vale de regalo antes de devolvérselo a mi abuela.

—No puedo aceptar esto.

—¿Por qué no? Esta es la oportunidad perfecta para darle las gracias a Ted por todo lo que ha hecho por ti esta semana —dijo la abuela Sherry.

Genial. Ahora me estaban poniendo en un compromiso.

No es que no quisiera pasar más tiempo con él, pero estaba segura de que ya le había dado las gracias de sobra.

Pero ¿y si él pensaba que era una cita?

O peor, ¿y si a mí me parecía una cita?

Miré a Ted, sin saber qué decir o hacer.

—No me mires a mí —dijo—. Yo no he tenido nada que ver con esto. Y no tienes que darme nada en agradecimiento. Ha sido un placer ayudar. Puedes ir con quien quieras.

Loretta carraspeó y le lanzó una mirada a Ted.

—Aunque no diría que no si me pidieras que fuera contigo —añadió Ted.

Me volví hacia él.

—¿Qué ha sido eso? Es como si Loretta y tú tuvierais un lenguaje secreto y os enviarais señales. Y no es la primera vez que lo veo.

—Esa es la cosa más ridícula que he oído en mi vida —dijo Ted—. No es cierto en absoluto. —Miró a Loretta, abrió mucho los ojos, se dio tres toques en el hombro izquierdo, se tiró dos veces del lóbulo de la oreja, luego se frotó el estómago y guiñó un ojo.

Le di un codazo.

—No. Tiene. Gracia.

Ted se rió.

—Estoy de broma. Mira, si no quieres que vaya, no me ofenderé, ya que te han puesto en un compromiso. En serio. Dicho esto, también estaría encantado de ir contigo. De hecho, creo que nos lo pasaríamos bien. Por curiosidad, ¿cuándo es el evento?

Miré las entradas, buscando la fecha.

—Este fin de semana.

—Ah, bueno, después de todo no voy a poder —dijo Ted.

—¿Y eso por qué? —preguntó Loretta.

—Para entonces ya estaré de vuelta en Petaluma. Solo pensaba quedarme aquí hasta mañana, ¿recuerdas?

Al volverme hacia Ted, se me encogió un poco el corazón.

—No sabía que te ibas a ir tan pronto.

Él asintió.

—No puedo quedarme para siempre, y además seguro que te alegrarás de que te deje en paz.

«En realidad, no», siendo totalmente sincera.

Había olvidado por completo que Ted tendría que volver a casa en algún momento. Se me hacía raro admitirlo, pero no quería que se fuera. Mi vida parecía más satisfactoria, divertida y alocada cuando él estaba cerca, aun siendo un grano en el culo.

Y quizás, solo quizás, me había empezado a gustar un poco.

—Teddy, no te vas a volver mañana, porque yo no me vuelvo mañana —dijo Loretta.

Ted se volvió hacia Loretta.

—¿De qué estás hablando?

Ella sonrió.

—He reservado la suite una semana más.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Para nada.

Ted miró a la abuela Sherry.

—¿Es eso cierto?

Ella asintió.

—Claro que sí, y nosotras estamos encantadas de que os quedéis más tiempo.

—No me digas que no te lo estás pasando bien aquí —dijo Loretta.

Ted lo pensó.

—Sí, pero…

—¿Y no me dijiste anoche mismo que querías ayudar a Iris con otros asuntos del negocio?

—Sí, también dije eso, pero…

—Pues ya que estamos, nos quedamos hasta después del festival; así podremos apoyar a Iris y a su vino en *El Próximo Gran Vino*. ¿No sería maravilloso verla ganar?

Ted asintió.

—Por supuesto, pero…

Loretta sonrió.

—¡Pues está decidido! Yo me quedo. Tú te quedas. Todos nos quedamos. Llamaré a tu hermano y a Bill para avisarles.

—Iris, ¿no tienes algo que preguntarle a Ted? —dijo la abuela Sherry, mirando las entradas del Pisado y Bocado que tenía yo en la mano.

Dudé y me volví hacia Ted, forzando una sonrisa.

—Ted…

Él sonrió.

—Me encantaría, Iris.

—¡Maravilloso! —dijo Loretta—. ¡Es una cita!

—¡Es una cita! —repitió la abuela Sherry aplaudiendo.

—¡No es una cita! —las corregí, y luego miré a Ted, que estaba sospechosamente callado—. ¿No tienes nada que decir al respecto?

—No tengo tiempo para discutir con ellas —dijo Ted—. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

Me crucé de brazos.

—¿Como qué?

Él sonrió con aire de suficiencia.

—Como decidir qué me voy a poner para nuestra cita.

Capítulo Catorce

La Abuela Loretta

—¡No recuerdo la última vez que me lo había pasado tan bien! —dije, brindando con Sherry más tarde esa noche, en su apartamento, en la segunda planta del Hotel Luna Roja—. ¡De verdad que tenemos que torturar a nuestros nietos más a menudo! Todo por una buena causa, por supuesto. ¡El amor!

Sherry se llevó un dedo a los labios y señaló el techo, manteniendo la voz baja.

—Tu suite está justo encima de nosotras. Deberíamos hablar bajo para que Ted no nos oiga.

Le resté importancia a su comentario con un gesto.

—No te preocupes por él. Te garantizo que ahora mismo está corriendo por el viñedo como pollo sin cabeza, buscándome.

—Loretta… —Sherry me dedicó una sonrisa cómplice—. ¿Qué has dicho esta vez?

Me acerqué un poco más a ella.

—Cuando Ted estaba en la ducha, llamé a la puerta del baño, asomé la cabeza y le dije que me iba al viñedo a terminar el trabajo que había venido a hacer. Creo que nunca lo había oído gritar tan fuerte. ¿Te puedes creer que le ha dicho a su abuela de setenta y cinco años que se porte bien?

Sherry se rió a carcajadas, intentando recuperar el aliento, antes de poner su mano sobre la mía.

—Eres tremenda. Ojalá hubieras estado allí cuando Howard les cantó "Cuando un hombre ama a una mujer" en el comedor. Estaba claro que a Ted le pareció divertido, pero Iris no estaba para fiestas. ¿Te he enseñado la foto?

—Sí, me la has enseñado. Y ya verás, esa canción acabará siendo su primer baile el día de la boda.

—¿No sería maravilloso? Oye, se me ha olvidado preguntarte a dónde fuiste aquella noche después de dejar a Iris en la mesa con Ted.

Me reí por lo bajo.

—A la ferretería. Fue entonces cuando compré la pala y las tijeras de podar. Las escondí en mi armario hasta que fuera el momento adecuado para dejarlas a la vista de Ted. Pensé que le iba a dar un síncope en cuanto las viera en la suite, apoyadas contra la pared.

Nos reímos otra vez y volvimos a brindar, felices de que todo fuera según el plan «Operación Iris y Ted, Juntos Hasta Que la Muerte los Separe».

Aún no podía creerme que volviera a ser amiga de Sherry. Dios mío, no sabía cuánto la había echado de menos.

Sherry me había localizado en Facebook hacía solo un par de meses, después de casi cincuenta años sin comunicarnos. Retomamos el contacto a través de mensajes privados, luego mensajes de texto, y recordamos aquellos días tan lejanos en los que éramos esas niñas revoltosas e inseparables en el viñedo, borrando el tiempo perdido entre nosotras como si la vida no nos hubiera distanciado.

La verdad es que no recordaba cómo habíamos perdido el contacto durante tantos años, pero no importaba. Lo principal era que volvíamos a ser amigas y que todavía teníamos muchas cosas en común, sobre todo nuestro interés por la felicidad de nuestros nietos.

Ted e Iris eran perfectos el uno para el otro; solo que todavía no lo sabían.

Por suerte, para eso están las abuelas, para dar un empujoncito en la dirección correcta hasta que los astros se alineen.

—Estoy encantada de que vuelvas a estar en mi vida, Sherry, y más feliz aún de que hayamos organizado esta trama para nuestros nietos —dije—. Los dos son muy buena gente y merecen ser felices. Vamos a ser familia.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Sherry.

—¿Te ha preguntado Iris si nos conocíamos de niñas?

Sherry negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Metí la pata cuando estábamos en la bodega durante la visita. Me señalé a mí misma en esa vieja foto en blanco y negro de tu familia. Iris no tardó en decir que yo estaba a tu lado en la foto y luego me preguntó si éramos amigas de pequeñas.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que eso hacía mucho tiempo y que mi memoria no era la mejor, pero que sin duda era posible.

—Has sido rápida —dijo Sherry—. Yo también uso la excusa de la mala memoria casi a diario para salir de apuros.

—¡Funciona de maravilla!

—Iris y Ted son tal para cual, pero quieren ignorarlo. Se están resistiendo con todas sus fuerzas, pero te garantizo que no tardarán en derribar sus barreras. ¿Quién sabe? Puede que incluso ocurra mañana. Parece que Iris ya está empezando a ceder, sobre todo después de pasar la mayor parte del día con Ted.

Sherry había tenido la magnífica idea de pedir un favor para conseguirle a Iris una mesa en Sabores de Napa. Estaba segura de que Iris se resistiría a ir, así que se plantó en su despacho y se adueñó de la llamada. Su sincronización fue impecable.

—¿Y viste la cara que puso cuando Michelle Raquel estaba hablando con Ted? —pregunté—. Parecía que quería saltar sobre la mesa y estrangular a la mujer.

Sherry se rio.

—Debería haber hecho una foto, de verdad. Creo que nunca en mi vida había visto a Iris tan celosa. Y pensar que fue una idea de última hora.

—¿Cómo convenciste a Michelle Raquel para que lo hiciera?

—Me la encontré en el baño de señoras del club de campo. Estaba hablando con otra mujer sobre su trabajo de vendedora de jabones ecológicos y de cómo echaba de menos los viejos tiempos, cuando actuaba en teatros regionales. Siendo el alma caritativa que soy, le pregunté si quería un trabajillo para recuperar esa sensación de actriz.

Me reí y dije:

—¿Le pagaste para que le diera celos a Iris?

Sherry sonrió.

—Es increíble lo que la gente es capaz de hacer por una caja de vino.

Nos reímos otra vez.

Miré la hora en mi reloj.

—Será mejor que me vaya. Cuanto más vieja me hago, antes se hace tarde. Me voy a la cama para estar fresca y despejada por la mañana. Nuestro plan lo merece.

Sherry dio el último sorbo a su vino.

—Yo también. Está todo listo. Te llamaré a la habitación exactamente a las doce menos cinco, y entonces tienes que asegurarte de que Ted esté en la bodega cuando el reloj dé las doce en punto. Iris ya estará allí esperándolo. No tiene ninguna visita mañana, así que todo debería salir a pedir de boca.

Me levanté y le di un abrazo.

—Entonces, mañana continuaremos con la diversión.

—Sí, eso haremos. —Sherry me acompañó hasta la puerta y luego se giró—. ¿Crees que Iris y Ted se enfadarán con nosotras cuando descubran que nos hemos entrometido en sus vidas?

—No tenemos que preocuparnos por eso en absoluto. —Sonreí—. Van a estar tan cegados por el amor que no sabrán ni dónde tienen la cabeza. Además, no olvides nuestro lema: mejor pedir perdón que pedir permiso.

Capítulo Quince

Ted

Tras un desayuno tardío en el comedor del hotel y un paseo matutino con la abuela Loretta, subimos de nuevo a la habitación antes de salir para pasar el día catando vinos. Estaba deseando volver a estar con Iris, pero no era el tipo de hombre que dejaría plantada a su abuela, ni a nadie, después de haber hecho planes. Tendría que ser paciente, sabiendo que volvería a ver a Iris más tarde.

La verdad era que no recordaba la última vez que me lo había pasado tan bien con una mujer que no fuese de la familia. Cuanto más tiempo pasaba con Iris, más capas veía desprenderse de ella, revelando a la persona real que había dentro.

Me gustaba lo que veía.

Iris era divertida, inteligente, guapa, compasiva y con carácter, siendo esto último un rasgo positivo, ya que no hay nada menos atractivo que alguien que se deja pisar como las uvas.

Me encanta una mujer que dice lo que piensa, aunque a veces me vuelva loco.

La abuela Loretta llamó a la puerta del baño.

—¡Teddy!

Hablando de volverme loco...

Me sequé las manos con una toalla y abrí la puerta del baño, levantando un dedo.

—Ni se te ocurra decirme que vas a volver al viñedo. Me has prometido durante el desayuno que hoy te ibas a portar bien.

—Tranquilo —dijo la abuela Loretta—. He tomado una decisión y solo quería compartirla contigo.

—¿Qué clase de decisión? —pregunté.

—Ven al salón y te lo cuento.

Había algo en su sonrisa que me provocó un nudo de preocupación en el estómago.

¿Qué estaría tramando ahora?

Me preparé para más travesuras.

La abuela Loretta se sentó en el sofá y dio una palmadita a su lado.

—Siéntate conmigo.

Me senté girado hacia ella.

—¿Qué pasa?

—No voy a robar la vid —dijo.

La estudié un momento, luego negué con el dedo, riendo.

—Buen intento. No te creo.

—Lo digo en serio. He colgado la pala y las tijeras de podar. Estaría horrible con ese mono naranja de la cárcel, ya sabes que ese color me sienta fatal.

Me reí entre dientes.

—Estarías mona de cualquier color, pero me alegra oírlo. ¿Qué me quieres decir, entonces? ¿Estás lista para volver a casa?

—Claro que no. Tenemos la suite una semana más y aún no hemos terminado de divertirnos. Necesito pasar más tiempo de calidad contigo y ya aprovecho para conocer mejor a Sherry.

Eso fue muy tierno y también un alivio, porque desde luego yo no estaba listo para irme todavía.

Algo había cambiado entre Iris y yo y quería explorar la posibilidad de algo más profundo que una simple amistad. Tenía la sensación de que Iris sentía lo mismo, por la forma en que me había estado mirando los últimos días.

Aunque ahora debería pensar en la cata de vinos.

—Tenemos que decidir con qué bodega vamos a empezar hoy —dije—. ¿Tienes alguna preferencia?

El teléfono de la suite sonó antes de que pudiera responder a mi pregunta.

—Espera un momento. —La abuela Loretta se levantó para coger el teléfono—. ¿Diga? ¡Hola, Sherry! —Escuchó un poco más—. No me digas. ¿Cuándo ha sido? —Frunció el ceño—. Seguro que Iris sabrá qué hacer.

Me deslicé hasta el borde del sofá.

—¿Va todo bien?

La abuela Loretta levantó la mano en señal de espera, y siguió con la conversación.

—Bueno, buena suerte con eso. De acuerdo. Adiós. —Colgó el teléfono, negando con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Se volvió hacia mí y me hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Nada por lo qué preocuparse. Sherry solo me estaba poniendo al día sobre un problema en el que están trabajando. Seguro que todo irá bien. Bueno, ¿dónde estábamos? —Se sentó a mi lado—. Ah, sí, las bodegas... Me encanta Black Stallion, pero tú vas a ir allí en tu cita con Iris, así que podemos empezar con una diferente.

¿Por qué hablaba la abuela Loretta de catas de vino cuando había un problema urgente que resolver? Mi mente seguía en la llamada de Sherry.

—Abuela...

—¡Ya lo tengo! Empecemos por la bodega Groth. He oído maravillas de ella.

—Groth es una elección excelente, pero primero dime qué pasa con Iris. ¿Qué clase de problema tiene?

—No es nada.

—No parecía que no fuera nada.

Dudó.

—Le prometí a Sherry que no diría nada.

—Lo entiendo, pero quizá pueda ayudar.

La abuela Loretta suspiró.

—No dudo que puedas, pero ya sabes cómo es Iris para aceptar ayuda. Es mejor que no te involucres. No queremos agitar las aguas, ahora que tú e Iris os estáis haciendo buenos amigos.

Ser amigo de Iris no formaba parte del plan. Quería más, pero lo único que tenía en mente en ese momento era ayudarla con su problema, cualquiera que fuese.

El romance tendría que esperar. Y la cata de vinos también.

Solté un resoplido de frustración.

—Los amigos ayudan a sus amigos, abuela. Solo dime dónde está Iris y me encargaré.

La abuela Loretta pareció considerarlo.

—Bueno... Supongo que no pasará nada, siempre y cuando no menciones nuestros nombres.

—No lo haré. ¿Dónde está?

—En la cueva.

—Gracias. —Le di un beso en la mejilla a mi abuela y me dirigí a la puerta, luego me detuve y me di la vuelta—. Volveré enseguida y luego iremos a las bodegas.

Corrí escaleras abajo, crucé la propiedad y entré en la cueva de vinos con la misión de ayudar a Iris. No iba a aceptar un no por respuesta. Le había demostrado varias veces que podía confiar en mí, así que no tenía ningún motivo para decirme que no.

Entré en la cueva, mirando a mi alrededor.

—¿Hola?

No había nadie a la vista.

—¡En el laboratorio! —dijo Iris a voces.

Pasé la primera fila de barriles y entré en el laboratorio, girando inmediatamente hacia la derecha. La visita que hice con la abuela Loretta se había saltado el laboratorio, así que me sorprendió ver lo grande que era.

Un lado de la sala tenía archivadores contra la pared y dos escritorios, ambos con ordenadores. El otro lado tenía una larga encimera de trabajo que se extendía de un extremo a otro de la sala, junto con dos fregaderos de tamaño industrial y un lavavajillas.

En el centro del laboratorio había una gran isla de trabajo con una encimera de acero inoxidable que contaba con casi todas las

herramientas del oficio, incluidos equipos de análisis de vino y medidores de los niveles de pH, oxígeno, y azúcar.

Iris estaba apoyada en la encimera de la isla, de cara a mí, con una falda negra, que no le llegaba a las rodillas, y una camiseta a juego de Luna Roja; estaba más guapa que nunca, pero no parecía contenta.

Había fuego en sus ojos.

Tenía la cara roja. Ambos puños apretados.

Iris parecía querer matar a alguien, pero por suerte, esta vez no era a mí.

Aparentemente, el problema que la abuela Loretta había mencionado era mucho peor de lo que podría haber imaginado, pero estaba seguro de poder ayudar.

Señalé su camiseta, con la esperanza de poder aligerar el ambiente antes de ocuparme de su problema.

—Vaya, esa es una camiseta que no tengo en mi extensa colección de recuerdos de Luna Roja. El negro es perfecto para las manchas.

Iris me ignoró y se puso las manos en las caderas.

—Bienvenido, señor Sabelotodo.

Me quedé helado, no esperaba que dijera eso.

Evidentemente, sabía que estaba allí para ayudarla, aunque ella no lo hubiera pedido.

—No puedo creer lo que has hecho —dijo.

¿Había pasado algo con los cambios que había hecho en la página web?

¿Era su arbusto una especie protegida?

¿Estaba Michelle Raquel Adél embarazada y afirmaba que yo era el padre?

La verdad es que no tenía ni idea.

—Dímelo —exigió Iris—. Y no te andes con rodeos. Quiero saber la verdad.

Di otro paso hacia ella.

—Vale, tranquilízate. Hay una solución para cada problema y estoy aquí para ayudar.

Iris rechinó los dientes.

—¿No crees que ya has hecho suficiente? No necesito tu ayuda.

Genial, habíamos vuelto a eso.

Realmente pensaba que habíamos superado esa fase y que confiaba en mí.

Obviamente, me equivocaba.

¿Dónde estaba la gratitud por todo lo que había hecho esta semana?

Me crucé de brazos.

—¿He hecho algo malo?

—Sabes lo que has hecho —dijo Iris—. Venga, suéltalo.

Me crucé de brazos.

—Iris, por favor, no juguemos a las adivinanzas porque mi cabeza va a explotar literalmente en cualquier momento. Sabes que puedes confiar en mí, así que dime qué pasa.

Se me quedó mirando.

—¿Por qué no *me* dices *tú* lo que pasa?

Nos quedamos allí esperando a que la otra persona dijera algo, cualquier cosa que tuviera algo de sustancia o sentido, pero no parecía que fuera a suceder.

Con las manos en los bolsillos delanteros, me apoyé sobre los talones y luego sobre las puntas de los pies, balanceándome mientras pensaba, más confundido que nunca.

—¿Así que no me lo vas a decir?

Se puso las manos en las caderas.

—¿Decirte *qué*?

—Esto es ridículo. —Gruñí—. Vale, mira... Se suponía que no debía decir nada, pero la abuela Loretta me ha dicho que tenías un problema que intentabas resolver, pero al parecer, tiene que ver conmigo. Así que, por favor, dime cuál es para que podamos resolverlo.

—¿Yo? Mi problema eres tú —dijo Iris—. No tengo ni idea de lo que habla Loretta. Para tu información, la abuela Sherry me ha dicho que habías hecho algo horrible que podría tener consecuencias nefastas para la bodega y que venías de camino aquí a explicarme lo que había pasado y a pedirme perdón.

Me eché a reír, pero me detuve cuando vi su mirada fulminante.

—A ver si lo he entendido bien. Estás enfadada conmigo por algo que he hecho, aunque no tienes ni idea de lo que he hecho.

Iris dudó, ya no parecía tan segura como antes.

—Eso es...

Me acerqué y me apoyé en la encimera, cruzándome de brazos.

—¿Cuándo exactamente te ha dicho eso Sherry?

—Hace unos diez minutos —dijo Iris, pensativa—. ¿Cuándo te dijo tu abuela que yo tenía un problema?

—También hace diez minutos, cuando tu abuela la llamó por teléfono —respondí.

Fue como si la bombilla sobre nuestras cabezas se encendiera al mismo tiempo.

La expresión de Iris, boquiabierta y con los ojos como platos, debía ser idéntica a la mía.

Me pasé los dedos por el pelo.

—Vaya. Esto es una trampa. —Miré hacia la puerta—. Algo me dice que tenemos que salir de aquí si tienes algún interés en trabajar hoy.

Iris y yo salimos corriendo del laboratorio. Pasamos la primera fila de barriles y nos dirigíamos a la entrada de la cueva justo cuando las dos enormes puertas se cerraron, un sonido que reverberó por toda la cueva.

Iris empujó las puertas, pero no se movieron.

—No me digas... —Señalé las puertas—. Se cierran desde fuera. ¿Verdad? —No pude evitar reírme.

—Sí, pero ¿por qué es gracioso?

—Escucha —dije.

Podíamos oír las risitas de nuestras abuelas fuera y el pisoteo de sus zapatos al subir las escaleras mientras escapaban.

Señalé la bandeja en el banco detrás de ella.

—Supongo que esa comida no la has puesto tú ahí.

Iris se giró y miró el gran cuenco lleno de frutas variadas.

—No.

Junto al cuenco había una botella de sauvignon blanc, dos copas de vino vacías y una bolsa de papel con la etiqueta *Ted e Iris* escrita con un rotulador permanente.

Se volvió para mirarme.

—No entiendo por qué querrían que nos quedáramos aquí encerrados, solos.

Levanté una ceja.

—¿En serio no entiendes por qué dos abuelas entrometidas, una de ellas con inclinación a las travesuras, querrían que dos personas solteras, como nosotros, se vieran obligadas a estar juntas en un espacio cerrado?

Iris negó con la cabeza.

—¿Cómo hemos podido caer? Es vergonzoso.

—Parece que esto es solo el principio. ¿Oyes eso? —dirigí mi atención hacia las puertas de la cueva y sonreí de oreja a oreja.

Iris se quedó helada, escuchando.

—Parece música.

Asentí.

—Definitivamente es música y se está acercando. —Me reí—. Creo que es Howard con su banjo.

Iris se tapó la cara con las manos.

—Oh, no...

La música se hacía cada vez más fuerte.

Solté una carcajada.

—Se ha aprendido esa canción por mí. ¡*Tu* canción!

El abuelo Howard estaba ahora justo al otro lado de las puertas de la cueva tocando su banjo y cantando "Devoradora de hombres" de Hall and Oates, entonando la letra con pasión.

—¡Ten cuidado, chico, te devorará! —cantó.

Apenas podía contener la risa, inclinado, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Esto es lo mejor que me ha pasado nunca. Tengo que grabarlo. —Saqué el móvil del bolsillo.

Iris señaló mi móvil y dijo:

—Como toques ese botón de grabar, eres hombre muerto.

Capítulo Dieciséis

Iris

Como un león enjaulado, me paseé de un lado a otro frente a las puertas cerradas de la bodega, preguntándome por qué hacía cada vez más calor en un ambiente con temperatura controlada. Me tiré del cuello de la camiseta para que le entrara algo de aire a mi piel húmeda. No sirvió de mucho, salvo para provocar una risita del hombre que me observaba.

—Relájate —dijo Ted, tan relajado.

—Para ti es fácil decirlo.

Él no era el que estaba encerrado en una cueva con un tío tan buenorro.

Debería haber estado estresada por el trabajo.

Debería haber estado intentando cavar para salir de la cueva con mis propias manos.

Pero, sorprendentemente, el trabajo era lo último que tenía en la cabeza en ese momento.

¿Qué me estaba volviendo loca, entonces?

Pues que no me importaba en absoluto estar atrapada en la cueva con Ted.

No me reconozco.

¿Me habrían hecho un trasplante de cerebro sin saberlo?

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que realmente sentía algo por él.

¿Qué iba a hacer al respecto?

Al menos, el abuelo Howard había terminado de tocar "Devoradora de hombres" y ahora estaba con "Eres el sol de mi vida" de Stevie Wonder.

—Vas a hacer un agujero en la roca volcánica de tanto pasearte —dijo Ted, riéndose de nuevo al verme ir de un lado a otro.

Su sonrisa sexi sería mi perdición, lo veía venir. Mi corazón corría el grave peligro de olvidarse de latir de un momento a otro.

Ted era un regalo para la vista, de eso no cabía duda, pero yo siempre había necesitado algo más que un buen físico para que un hombre me llamara la atención de verdad. Me encantaban los hombres con personalidad y sentido del humor, por supuesto, pero ni siquiera eso era suficiente. Los dos últimos ingredientes mágicos que para mí lo unían todo eran su generosidad y su amabilidad. Me habían atraído como un imán.

A ser sincera, verlo sin camiseta inclinó aún más la balanza a su favor, pero esos pectorales perfectos y esos abdominales de ensueño eran solo la guinda del pastel.

Vale, ese pensamiento no fue el más inteligente por mi parte.

Empezaban a sudarme las manos.

En lugar de pasearme, ahora me puse a dar vueltas en círculo delante de Ted, como un perro que no encuentra el sitio adecuado para mear o tumbarse.

Básicamente, era un verdadero desastre, adentrándome en un territorio nuevo con mis sentimientos recién descubiertos.

Ted me observaba, tranquilo, sereno, sonriente.

Me detuve y lo miré.

—¿Te parece divertido?

—¿Y cómo no iba a parecérmelo? —dijo Ted—. Tenemos a dos abuelas de setenta y cinco años comportándose como niñas. Te garantizo que ahora mismo se lo están pasando en grande, y a mí me parece una diversión inofensiva. De hecho, admiro lo que están haciendo, es muy creativo y bueno para su salud mental.

—¿No crees que son un poco mayores para estos jueguecitos? —pregunté.

—Al contrario, eso es lo que las mantiene jóvenes. No dejamos de jugar porque envejecemos, envejecemos porque dejamos de jugar. La abuela Loretta vive según ese lema cada día, y la quiero aún más por ello. Sí, a veces me saca de quicio, pero probablemente es porque me da envidia de que se lo pase mejor que yo.

Me puse a pensar en ello, preguntándome cuánto y cuándo me había divertido últimamente.

No mucho, si no contaba el tiempo que había pasado con Ted.

—Quizá sea hora de que subamos el nivel y vivamos un poco —continuó Ted—. Aproveche el momento, señorita Dobbs.

—¿Me está insinuando que practique el carpe diem, señor Jacobs?

—Sí, así es. Y, por favor, de ahora en adelante, llámame padre Jacobs. —Ted sonrió—. La pregunta es, hija mía, ¿quieres divertirte un poco o quieres tomártelo todo tan en serio?

No iba a resistirme más.

—Quiero divertirme. Ahora.

Me sorprendió mi propia osadía, pero me sentía bien.

Ted arqueó una ceja.

—¿De verdad?

Me encantó haberlo pillado también con la guardia baja.

—Desde luego que sí. —Era consciente de que tanto mi sonrisa como mi tono de voz estaban al borde del coqueteo, lo cual era bueno, ya que mis nervios finalmente lograron desaparecer.

Ted asintió con aprobación.

—Debo decir que estoy impresionado con esta nueva Iris.

—Gracias. —Hice una reverencia—. Ya era hora, ¿no crees?

Me encantaba lo fácil que era captar su atención y mantenerla.

Todo era cuestión de confianza y de ir a por lo que quería.

No podía decirlo en voz alta, pero desde luego lo estaba pensando.

«Quiero a Ted».

Me sentía poderosa, invencible y con el control total de la situación.

Al menos, eso es lo que pensaba, hasta que el abuelo Howard empezó a tocar la siguiente canción, "Con tal de que me quieras."

Ted soltó una carcajada y preguntó:

—¿Pero cómo sabe quiénes son los Backstreet Boys?

Sonreí con suficiencia.

—Y lo que es más importante, ¿cómo lo sabes tú?

Se le borró la sonrisa.

—Sin comentarios.

—Ya me lo imaginaba. A Teddy le encantan las bandas de chicos. —Me reí, luego me di la vuelta y golpeé dos veces la puerta de la cueva—. ¡Abuelo! ¡Sé que te ha liado la abuela, así que ya puedes parar!

—¡Para! ¡En el nombre del amor! —El abuelo Howard pasó sin más a la canción de Diana Ross & the Supremes—. ¡Antes de que me rompas el corazón!

Ted se rió de nuevo.

—Puedo decir con toda seguridad que nunca he oído esta canción tocada por un abuelo con un banjo.

—Nuestra familia tiene mucho talento —dije sonriendo.

Ted señaló la bandeja que había en el banco.

—¿Qué tal algo de picar mientras disfrutamos del concierto?

Miré la bandeja en el mismo instante que me rugieron las tripas.

—Me parece un plan perfecto.

Nos sentamos en el banco, con la bandeja entre nosotros.

Ted abrió la botella de sauvignon blanc y sirvió dos copas, dándome una a mí. —Toma.

—Gracias —dije.

Levantó su copa y dijo:

—Por los abuelos.

Me reí y rocé mi copa con la suya.

—Salud. —Tomé un sorbo de sauvignon blanc.

Ted hizo lo mismo.

—Solo quieren que seamos felices, ¿sabes? —dijo.

—Lo sé.

Cogió el cuenco de la bandeja y lo sostuvo en mi dirección.

—Tenemos cerezas, fresas, higos, almendras, guindillas y… un momento. —Estudió todo lo que había en el cuenco y luego se rió—. Oh, esto es típico de la abuela Loretta. Me encanta.

—¿Qué? —pregunté.

Se rió aún más fuerte.

Eso me hizo sentir aún más curiosidad.

—¡Dímelo!

Ted señaló el cuenco y respondió:

—¿Sabes qué tienen todas estas cosas en común?

—Iba a decir fruta, pero entonces las guindillas no tendrían sentido.

—Vuelve a mirar, pero esta vez intenta analizarlo todo desde un punto de vista científico.

Fruncí el ceño y estudié cada cosa del cuenco con más atención.

—Cerezas, fresas, higos, almendras y guindillas. —Unos treinta segundos después, por fin lo entendí—. ¿Me estás tomando el pelo? ¿Nuestras abuelas intentan atiborrarnos de afrodisíacos?

—¡Sí! Y ahora quiero saber qué hay en la bolsa.

Me quedé mirando nuestros nombres escritos en el exterior de la bolsa.

—No estoy segura de querer saberlo, aunque ahora sé que mi hermana también ha estado implicada, porque esa es su letra.

—Es un asunto de familia. —Cogió la bolsa de papel, miró dentro, y su risa fue aún más sonora esta vez, resonando por toda la cueva. Era tan contagiosa que no pude evitar reírme con él, aunque no tenía ni idea de qué nos estábamos riendo.

Ted finalmente paró y se secó los ojos.

Yo recobré la compostura y dije:

—Cuando te ríes pareces un genio malvado tramando algo. Ahora, dime por qué nos reímos.

Ted me miró y metió la mano en la bolsa, sacando una revista de viajes con escapadas románticas para parejas.

—¿Pueden ser más directas? —pregunté.

—Desde luego que pueden. —Sacó de la bolsa un paquete morado de bombones de chocolate negro, junto con un paquete de caramelos de menta y dos barritas de protector labial hidratante.

Negué con la cabeza.

—Lo único que han omitido ha sido una revista de vestidos de novia.

Ted sonrió y sacó una revista de vestidos de novia.

—¿Qué decías?

—Qué vergüenza. —Me cubrí la cara con las manos y luego volví a mirar a Ted—. Tu abuela es una mala influencia para la mía.

El abuelo Howard empezó a tocar "Contigo o sin ti" de U2.

Ted se rió y señaló la puerta de la cueva.

—No sé qué pensar de esa canción.

Me llevé las manos a las caderas.

—¿Qué pasa con U2?

—¿Tocada con un banjo? —dijo Ted—. De todo. —Ted golpeó la puerta de la cueva—. ¡Howard! ¿Qué tal algo de Frank Sinatra?

—¡Marchando! —gritó el abuelo Howard desde el otro lado, y se lanzó directamente a la canción "Lo mejor está por venir."

Ted sonrió y dijo:

—Esto va mucho más con mi estilo. —Señaló el cuenco—. ¿Empezamos la fiesta afrodisíaca?

—Sí, pero no te hagas ilusiones. —Lo señalé con el dedo.

—¿Yo? Tú eres la que lo está deseando.

—Ni en sueños. —Cogí una fresa y le di un mordisco—. Qué buenas están.

Nos comimos todo el cuenco de fruta, así como la bolsa de chocolate negro, tomando de vez en cuando sorbos del delicioso vino.

Estaba un poco alegre, pero me sentía relajada, disfrutando de la conversación con Ted.

El abuelo Howard había dejado de tocar música después de seis canciones, la última "Como una virgen" de Madonna casi me hizo atragantarme con un hueso de cereza.

—¿Ves? —dijo Ted sonriendo—. Esto no ha estado tan mal, ¿verdad?

—Ha sido muy agradable —dije—. Pero sigo sin creerme que nuestras abuelas nos hayan estado manipulando de esa manera. Nos iba muy bien sin ellas.

Ted arqueó una ceja.

Ese es el problema de beber.

Se te escapan las cosas por la boca antes de que puedas evitarlo.

Se me encendió la cara mientras intentaba cambiar de tema.

—¿Te apetece una guindilla?

Las guindillas eran lo único que quedaba en el fondo del cuenco. Las habíamos estado evitando, porque se trataba de chiles de México y seguro qué picaban mucho.

No tenía ninguna duda de que rechazaría la oferta.

Ted cogió una guindilla y me la acercó a la boca.

—Solo se vive una vez. Abre la boca.

Levanté la mano para impedírselo.

—No. Cómetela tú.

—Las damas primero.

Me reí y dije:

—Ni loca. Y no creo que vayas a comerte tú una, tampoco, o ya lo habrías hecho.

Ted devolvió la guindilla al cuenco.

—La verdad es que estoy bastante lleno.

—Claro. Qué buena excusa —señalé el cuenco, dispuesta a divertirme un poco con él—. Si te comes una guindilla entera, te dejaré divertirte en el laboratorio.

No pensé que aceptaría, pero entonces se puso derecho, con una mirada de entusiasmo en los ojos.

—¿En serio? —dijo—. ¿Me dejarás mezclar parte de tu vino?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no? Un poco de vinificación improvisada nunca le ha hecho daño a nadie.

—Tengo una idea mejor. —Los labios de Ted se curvaron mientras volvía a meter la mano en el cuenco, esta vez cogiendo dos guindillas y dándome una a mí—. Me como una si tú te comes otra.

Me quedé mirando la guindilla que tenía en la mano y la olí.

—A menos que tengas miedo —añadió Ted—. Oye, que no pasa nada.

Él no sabía que rara vez me echaba atrás ante un desafío.

Ya había comido guindillas en el pasado, pero solo cuando sabía de antemano lo que picaban. No tenía ni idea de cómo serían las que teníamos delante. Aun así, me gustaba competir con Ted y su desafío era difícil de rechazar.

Sonreí con suficiencia.

—¿Y yo qué gano?

Ted se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que deseas?

Esa era una pregunta con segundas.

Yo no era una de las Michele Raquel Adél del mundo, así que pediría algo un poco más respetable.

Por otra parte, mi lado salvaje y desinhibido quería un beso.

—Me gustaría una visita privada a Perro Bailón guiada por el propietario —respondí finalmente.

Ted sonrió de oreja a oreja.

—¿De verdad?

Me encogí de hombros.

—La verdad es que me encantaría. Tengo curiosidad. ¿Te parece bien?

—Por supuesto que sí, pero esto va a cambiar las cosas un poco, ya que solo uno de nosotros puede ganar —señaló el cuenco—. Para determinar un ganador, tenemos que seguir comiendo guindillas hasta que alguien se rinda.

—¿Qué? —tragué saliva, mirando el cuenco—. No puedes hablar en serio.

Había ocho guindillas, incluyendo las dos que teníamos en las manos.

—Eso es una locura —dije—. Te das cuenta de lo que pican, ¿verdad?

—Claro. —Ted hizo rodar la guindilla entre el índice y el pulgar—. Vale, pues está decidido. Vamos allá. —Ted me miró fijamente y sonrió antes de morder la mitad de la guindilla y masticarla.

Me quedé helada, mirándolo.

—Estás loco.

Siguió masticando.

—En realidad, no está tan mal. No me malinterpretes, pica, desde luego, pero no es para morirse. —Arrancó de un mordisco la segunda parte de la guindilla y tiró el rabillo al cuenco, sin dejar de masticar.

Le señalé la cara.

—Ya te estás poniendo un poco rojo.

—Y tú ya te estás echando atrás. —Ted sonrió, cogiendo otra guindilla del cuenco mientras masticaba. La sostuvo frente a su boca.

—Cuánta presión —dije, llevándome la guindilla a la boca—. Allá voy. —Como necesitaba alcanzar a Ted, me metí la guindilla entera en la boca, la arranqué de un mordisco, quedándome con el rabillo en la mano, y empecé a masticar.

—Madre mía. —Ted abrió la boca y se abanicó con la mano—. Vale, no hagas eso. Es peor.

—Es como si me estuvieran pasando la lengua por una sartén ardiendo —dije.

—¿Me pones una guarnición de champiñones? —Ted se rió y siguió masticando, con los ojos llorosos—. Tengo la boca en llamas.

Me sequé la frente.

—Estoy bastante segura de que alguien me acaba de echar un galón de lava fundida en la boca sin darme cuenta.

—¡La leche, cómo pica esto! —dijo Ted, con goterones de sudor cayéndole por la frente—. No creo que pueda comerme otra, pero tengo que hacerlo.

Levanté una mano.

—Con una es suficiente.

Ted me señaló con el dedo.

—Buen intento. Para que luego tú te comas una segunda y ganes. De eso nada.

—Estoy empezando a ver unicornios. —Me agarré a la pared—. Paremos y declaremos un empate. Por favor.

—¡Gran idea! —Ted se inclinó hacia mí con la mano extendida—. Un empate. Trato hecho.

Le di la mano.

—Trato hecho.

Ted devolvió la segunda guindilla al cuenco, luego se levantó de un salto del banco y gritó:

—Por cierto, tu abuela es una lunática. Todo esto es culpa suya.

Me puse en pie de un salto, sintiéndome un poco mareada.

—¿Mi abuela? ¿Y qué me dices de la tuya? Es la reina de las travesuras. —Señalé la botella—. ¡Más vino, rápido!

Sentía el pulso martilleándome en las sienes.

Ted cogió la botella para servirme otra copa.

—No hace falta que me grites. Te oigo perfectamente, incluso con el zumbido que tengo en los oídos. Lo hago tan rápido como puedo.

—¡No lo suficientemente rápido! —Me lancé a por la botella.

—¿Qué haces? —preguntó Ted.

No había tiempo para responder.

Me estaba muriendo.

Bebí el vino a morro, directamente de la botella, antes de devolvérsela a Ted.

Él le dio un trago largo y lo retuvo en la boca, luego me pasó la botella de nuevo.

Tres minutos después, la botella estaba vacía.

Ted volvió a sentarse en el banco, cerró los ojos y emitió un gemido de alivio. Permaneció en silencio durante lo que me pareció una eternidad, respirando hondo.

Me senté a su lado y cerré los ojos también, tratando de recuperar el aliento.

Todavía me ardía la boca, pero el dolor por fin empezaba a remitir.

Ted abrió finalmente los ojos y se volvió hacia mí, sonriendo.

—Vamos a hacer vino.

Le di un empujoncito en el brazo y dije:

—Espera. ¿Estabas fingiendo?

Ted se señaló la cara.

—Sí. El sudor de mi cara no es real. Me he echado un cubo de agua por la cabeza cuando no mirabas.

—Entonces, ¿cómo es que has mejorado por arte de magia?

Se rió entre dientes.

—¡No he mejorado! Sigo sintiendo la boca como si estuviera en una barbacoa junto a las salchichas. Intento usar la técnica de pensar que la mente domina a la materia para olvidarme del dolor, pero no está funcionando muy bien. ¿Mi aspecto no refleja lo mal que me siento?

Estudié su atractivo rostro, sudoroso, rojo, con el pelo de punta en todas direcciones.

—Eso depende. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera pasado por encima un huracán.

—Entonces sí, es bastante acertado —dije riendo y mintiendo—. Seguro que yo no tengo un aspecto mucho mejor, pero no hace falta que comentes nada al respecto.

—Qué guapa estás —dijo Ted.

Sonreí y dije:

—Respuesta aceptada. Gracias.

Ted sonrió y levantó el dedo índice.

—Tengo una idea. ¿Tienes cobertura aquí en la cueva?

—Solo aquí, en la entrada.

—Perfecto. ¿Qué te parecería si nos divirtiéramos un poco a costa de nuestras abuelas?

Me erguí.

—Me gustaría mucho.

—Bien. Hagámonos un selfi con estas pintas y se lo mandamos. Creerán que los afrodisíacos han funcionado.

—Me encanta la idea —dije, riendo—. Cuenta conmigo.

—Espera. —Ted sacó su móvil, le dio a la cámara, luego al botón de selfi y se acercó hasta que estuvimos mejilla con mejilla.

«Dios mío».

Quizá los afrodisíacos estaban funcionando de verdad, porque disfrutaba sintiendo su piel cálida y sudorosa contra la mía. Demasiado, de hecho.

—Sonríe —dijo.

«Ya lo estoy haciendo por dentro».

Hizo la foto.

—La tengo. Ahora un mensaje especial para rematar. —Escribió un mensaje en su teléfono—. ¡Y… enviado! Ojalá pudiera ver sus

caras cuando reciban esa foto. —Se rió y se guardó el móvil en el bolsillo.

—¿Qué has escrito en el mensaje?

—He dicho que no sabemos qué nos ha pasado, pero que no podíamos dejar las manos quietas.

Me reí.

—Yo también quiero ver sus caras.

—También le he dicho que nos diera al menos dos horas más porque aún nos queda para rato. Venga, vamos a divertirnos en el laboratorio. —Ted se levantó y me tendió la mano—. ¿Vamos?

Asentí, la tomé y caminamos hacia el laboratorio.

Tras pasar la primera fila de barricas de vino, bajé la vista a nuestras manos entrelazadas mientras Ted me acariciaba suavemente el dedo índice con su pulgar. Obviamente estaba borracho.

¿Quién habría pensado que un acto tan simple pudiera ser tan mágico, tan romántico?

Ir de la mano tenía algo que me hacía sentir sexi y deseada. Por tonto que sonara, sabía que era la forma en la que Ted me aseguraba que podía confiar en él.

Confiaba en él.

Con mi creciente atracción por Ted y la maravillosa sensación de su tacto, la única persona en la que no podía confiar en ese momento era en mí misma.

Capítulo Diecisiete

Iris

Ted sacó varias muestras de mi cabernet sauvignon y merlot de las barricas; luego las llevamos al laboratorio y las dejamos sobre la encimera de acero inoxidable.

Se volvió hacia mí.

—¿Lista?

«Estoy lista para un beso».

¿De dónde había salido ese pensamiento?

No era raro en una mujer como yo, con una libido sana, aunque ligeramente reprimida; pero es que no pude evitar preguntarme si el pensamiento sería el resultado de haber devorado afrodisíacos como para un regimiento entero y haberme bebido media botella de vino casi del tirón.

—¿Iris? —dijo Ted.

Asentí y dije:

—Sí. Estoy lista.

—Genial. —Ted se frotó las manos—. A veces hago entre veinte y treinta pruebas de laboratorio antes de dar con el vino perfecto. Para ahorrar tiempo y para que puedas volver al trabajo, prepararé solo un par de muestras para probarlas. Así te harás una idea de las posibilidades de tu vino.

—Me parece bien. —Le eché un vistazo a sus exquisitos labios.

Tuve que obligarme a apartar la mirada para no quedarme mirándolo con deseo.

Ted empezó a verter el primer vino.

—Ya te dije que tu cabernet está a punto de ser excepcional. Tiene sentido usarlo como base, por supuesto.

Me deslicé en el taburete a su lado y lo observé trabajar, admirando su pasión.

Teníamos mucho más en común de lo que me había imaginado, con la excepción de nuestras ideas sobre la enología.

Para mí, la enología era una ciencia.

Para Ted, era una forma de arte.

Había cogido diferentes muestras de mis vinos de las barricas, cada una en una fase distinta de fermentación. Lo sorprendente era cómo calculaba la cantidad de cada vino que utilizaría para la mezcla.

Lo hacía solo por el sabor, nada más.

Sin fórmulas, sin analizar datos de pruebas de laboratorio anteriores y, desde luego, sin utilizar investigaciones compartidas por otros enólogos.

Ted solo usaba su paladar para determinar la cantidad de la mezcla.

Desde luego, era fascinante de ver.

Me entregó la primera muestra.

—Prueba esta.

Tomé la copa de vino y la agité en círculos antes de meter la nariz dentro e inhalar.

Aún notaba la mermelada de mora, aunque menos prominente, sobre todo con el añadido del mazapán y el cedro del merlot. Nunca había pensado en combinarlos, pero funcionaban bien juntos.

Le di un sorbo, volví a mirar a Ted y asentí en señal de agradecimiento por su primera mezcla.

—Vaya. Elegante. Vibrante. Es bastante impresionante para ser el primer intento.

—A ver qué tenemos aquí. —Sonrió y le dio un sorbo al vino, asintiendo, pensativo—. No. No es lo bastante bueno. Hagamos otro.

Ronda tras ronda, continuamos probando sus mezclas de mis variedades, y cada vino superaba al anterior con los pequeños ajustes de Ted.

Algunos enólogos tardan días, semanas o a veces meses en dar con la mezcla perfecta, pero, de algún modo, Ted dominaba el proceso y tenía la habilidad innata de crear algo casi divino en solo un par de horas.

Me pasó otra muestra.

—Prueba esta. Creo que ya estamos muy cerca.

Di un sorbo y levanté la vista, sonriendo.

—Increíble. Aterciopelado. Final suave. Me encanta.

Sonrió y lo probó, luego negó con la cabeza.

—No. Aún no está.

—¿Qué? —Me puse en jarras—. Eres un hombre demasiado exigente. Ya sé, ¿piensas que *no está mal*?

—Me conoces bien —dijo riendo—. Eso es exactamente lo que pienso. Quizá un uno por ciento más de merlot.

—¿Solo un uno por ciento?

Vertió Merlot en la probeta graduada.

—Un uno por ciento puede marcar la diferencia. Todo es cuestión de química. Cuando dos cosas tan diferentes se unen en armonía, el resultado es mágico.

¿Estaba hablando del vino o de otra cosa?

Preparó una nueva ronda y me entregó la copa.

—Aquí tienes.

—Gracias. —Lo probé y asentí con la cabeza—. Este es.

Ted levantó una ceja.

—¿Eso crees?

Asentí.

—Es la perfección líquida. No vas a poder superar esto.

—Eso suena bastante bien. Quizá debería probarlo yo. —Ted soltó una risita y le dio un sorbo—. Sí, está muy bueno, a decir verdad. Tenemos un ganador. —Le dio otro sorbo, luego me miró y sonrió; su mirada se posó en mi rodilla un instante antes de volver a conectar con mis ojos.

No cabía duda de que estaba fascinado con mi cicatriz.

Yo seguía sin poder evitar preguntarme por la suya y por lo que le había pasado, ya que Loretta había dicho que había quedado destrozado. Todos tenemos cicatrices, físicas y emocionales, y todas representan el dolor que hemos soportado en algún momento de nuestras vidas. Claro, que las cicatrices físicas no son tan fáciles de ocultar.

Las cicatrices emocionales son harina de otro costal.

Suelen estar bien ocultas bajo una falsa valentía porque te da demasiada vergüenza hablar de ello o, simplemente, no quieres volver a ese lugar que te causó tanta angustia mental. O, simplemente, te desquitas con los demás, como hice yo.

Ted me ayudó a darme cuenta de que lo que hacía estaba mal.

Gracias a él, podía volver a confiar en alguien que no fuese familia directa.

Lo miré, agradecida de que hubiera entrado en mi vida.

—¿Qué? —dijo Ted, pillándome con esos pensamientos de admiración y algo más.

—Nada. —No iba a preguntarle por su cicatriz ni por la cojera, aunque no había forma de olvidar lo que me había dicho el otro día.

«Mi ex dejaría a tu ex a la altura del betún».

Ted tenía el peor de los casos en lo que a cicatrices se refería: el doblete.

Tenía una cicatriz física ligada a una cicatriz emocional.

—Parecía que ibas a decir algo —dijo Ted.

Negué con la cabeza.

—No es nada.

Yo no era quién para preguntar. Pero sentía curiosidad.

Quizá cuando tuviéramos más confianza, me lo contaría en el momento oportuno.

Ted dejó la probeta graduada y se volvió hacia mí.

—Puedes contarme o preguntarme cualquier cosa. —Se sentó en el taburete a mi lado—. No hay temas prohibidos. ¿En qué piensas?

Ted se llevaba la medalla de oro en comunicación.

Parecía que tenía luz verde para hablar; si no, no habría dicho eso.

Dudé.

—Mencionaste que tenías una cicatriz como la mía.

Ted asintió, pensativo.

—Y, ¿quieres saber cómo me la hice, o quieres verla?

—Ambas cosas. Quiero decir, a no ser que te resulte demasiado incómodo…

Ted desestimó mi comentario con un gesto.

—El pasado, pasado está. Lo he aceptado como una de las lecciones de la vida, aunque tengo mis días malos. Las cosas pasan por algo, ¿no?

Asentí.

—Lo creo con todo mi corazón.

—De acuerdo, entonces… —Giró su taburete para mirarme de frente, colocó el pie en la barra inferior de mi taburete y se subió la pernera derecha de los vaqueros—. Ahí está, en todo su esplendor.

—Vaya. Es una preciosidad. —Acerqué mi rodilla a la suya, de modo que las cicatrices quedaron casi una al lado de la otra—. Tienes razón, son casi idénticas, aunque la tuya está más morena que la mía. —Antes de que pudiera contenerme, alargué la mano y pasé el dedo por su cicatriz.

Levanté la vista y lo miré a los ojos. Parecían más oscuros e intensos.

—Lo siento —dije.

—¿Me ves quejarme? —dijo Ted.

Miró mis labios.

Miré los suyos.

Ted carraspeó y señaló la cicatriz.

—Bueno, pues… mi ex esposa más o menos me atropelló con el coche.

—¿Qué? —Eché la cabeza hacia atrás—. ¿Cómo se puede atropellar a alguien «*más o menos*»?

Ted se rió.

—Vale, mala elección de palabras. En realidad me golpeó con el coche mientras salía marcha atrás del garaje. Intentaba no sonar muy dramático delante de ti.

—Es imposible restarle importancia a que te golpee un coche. ¿Cómo pasó?

—No voy a entrar en los detalles escabrosos de nuestra relación ni a hablar de ella a sus espaldas, pero digamos que nuestro divorcio fue complicado. Le di todo lo que quería, pero entonces su abogado regresó con una exigencia más, algo a lo que me negué.

—¿Qué era? —pregunté—. ¿Tu casa o la bodega?

Ted negó con la cabeza.

—Fue mucho peor que eso. Quería a mi mejor amigo, mi compañero, mi perro, Max. Era un pastor australiano, un perro precioso. Listísimo, además. No te creerías lo alto que podía saltar. —Se le iluminó la cara al hablar del perro.

Mi corazón iba a derretirse allí mismo.

—El caso es que ella me había regalado el perro por mi cumpleaños, pero los papeles no lo demostraban. Max estaba a su nombre, ya que fue ella quien lo sacó del refugio. El tribunal falló a su favor y dictaminó que podía quedárselo. Renunciar a él fue lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida. —Los ojos de Ted se llenaron de tristeza—. A ella ni siquiera le importaba y solo se lo llevó para hacerme daño. Lo consiguió.

Alargué la mano y le cogí la suya, apretándosela.

—Eso es horrible. Siento que tuvieras que pasar por eso. ¿Y qué tiene que ver con la cicatriz?

—El día que vino a recogerlo para sacarlo de mi vida, la observé desde la acera mientras daba marcha atrás para irse —dijo Ted—. Max no quería irse con ella y saltó por la ventanilla. Lo vi venir hacia mí; mi ex no estaba prestando atención y, además, tenía el equipo de música a todo volumen. Por suerte, aparté a Max del peligro antes de que lo atropellara, pero me golpeé con el lateral del parachoques mientras intentaba saltar para apartarme. Cuando ella se dio cuenta de lo que había pasado, salió del coche y me arrancó a Max de los brazos mientras yo estaba en el suelo retorciéndome de dolor. Me dejó allí sabiendo que estaba herido y se fue con Max. Pude oír sus ladridos mucho después de marcharse.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No puedo creer que te dejara allí tirado.

—Pasé tres días en el hospital después de la operación de rodilla, más un año de rehabilitación, aunque mi pierna nunca se recuperó

del todo. Lo más doloroso fue perder a Max.

Aspiré varias veces por la nariz, luchando por contener la emoción.

—¿Y no volviste a verlo? ¿Qué edad tenía?

Ted negó con la cabeza.

—Tenía seis años, casi siete. Quise verlo, pero nunca me lo permitió. Años más tarde me enteré de que acabó dándolo en adopción. Intenté localizar a los nuevos dueños, no para recuperar al perro, ya que legalmente era suyo, sino solo para saludar a mi amigo o quizá para preguntar si podía llevarlo a pasear alguna vez, como solía hacer a diario. Finalmente los encontré, pero para entonces ya era demasiado tarde. Estaba en el cielo de los perritos. —Se encogió de hombros—. Sólo desearía haber podido despedirme de él, haberle lanzado la pelota una última vez o demostrarle que no lo había abandonado ni olvidado.

Me bajé del taburete y abrí los brazos hacia él, con las lágrimas rodando por mi cara.

Ted también se bajó de su taburete.

Deslicé las manos por su pecho hasta llegar al cuello, rodeándolo y atrayéndolo hacia mí.

Él me correspondió, estrechándome la espalda con sus brazos y abrazándome con más fuerza aún.

Cerré los ojos y me aferré a él durante lo que debió ser un minuto, sintiendo los latidos de nuestros corazones, escuchando nuestra respiración, pensando que nadie debería tener que pasar por lo que pasó Ted.

—Lo siento mucho. —Apenas pude articular las palabras.

Ted finalmente se apartó un poco, pero todavía me sujetaba por la cintura.

—Gracias por preocuparte. Me dijeron que Max tuvo una buena vida, eso sí fue reconfortante. Dieciséis años está por encima de la media. Es todo lo que siempre quise para él. Que fuera feliz y tuviera una vida larga.

Apoyé mis manos sobre el pecho de Ted, le quité un pelo mío y lo dejé caer al suelo.

—Algunas personas pueden ser muy malas y egoístas. ¿Quieres que le dé una paliza a tu ex? Porque puedo hacerlo. Solo tienes que decirlo.

No me había peleado físicamente en mi vida, pero su ex me había enfadado tanto que quería al menos darle un buen tirón de orejas antes de que alguien detuviera la pelea o me llevara a la cárcel. Un pensamiento muy inmaduro para alguien de mi edad, lo sé.

Ted apretó los labios, conteniendo a duras penas una sonrisa, lo que me hizo sentir menos culpable por sacar el tema.

—Gracias, pero no hace falta —dijo Ted—. Al final, todo el mundo recibe lo que se merece. Max era único para mí. Tengo una foto suya en mi escritorio de la bodega y todavía lo saludo todos los días. —Se encogió de hombros—. Quizá sea una tontería, pero es un hábito.

—No es ninguna tontería. Lo querías muchísimo y se nota. Era tu bebé. —Sonreí—. ¿No has tenido otro perro desde Max?

Ted negó con la cabeza.

—No. Sé que suena un poco ridículo que un hombre con una bodega llamada Perro Bailón no tenga al menos un perro en la propiedad. Pero quizá algún día.

—Cuando sea el momento adecuado. —Alargué la mano y le acaricié la mejilla—. Siento haber arruinado el ambiente sacando este tema.

—No te preocupes. Me siento más cerca de ti por ello, lo cual es bueno, teniendo en cuenta cómo empezamos. —Aún me abrazaba firmemente por la cintura—. Las primeras impresiones no siempre son acertadas.

Me reí.

—Y que lo digas. —Me mordí suavemente el labio inferior, lo que llamó su atención.

Me miraba la boca otra vez.

Sin darme cuenta, me lamí los labios.

Y así, sin más, Ted se inclinó y rozó suavemente sus labios contra los míos.

Luego me besó, despacio al principio, y después con más urgencia. Era como si hubiera querido besarme toda su vida, pero se

hubiera estado conteniendo para el momento perfecto.

El beso me pilló por sorpresa aunque llevaba horas deseándolo.

Sentí un aleteo en el estómago.

El corazón me dio un vuelco.

Mis ovarios se pusieron a bailar la Macarena.

Incapaz de controlarme, mis manos se abrieron paso por debajo de su camiseta. Llámame loca, pero quería volver a tocar esos abdominales, esta vez sin tener que realizar una intervención médica.

Gimió y me besó con más fuerza, justo cuando oí un ruido cerca de la entrada de la cueva.

Ted me dio un mordisquito cariñoso en los labios antes de apartarse.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Eh, hola! —La voz de la abuela Loretta resonó en la cueva—. ¿Hay alguien aquí?

—Vaya pregunta. —Ted negó con la cabeza y se rió—. Supongo que, de todos modos, deberías volver al trabajo. —Me besó de nuevo.

—Supongo que sí. —Fruncí el ceño, luego me acerqué y lo besé yo una vez más, decepcionada por tener que terminarlo ahí cuando acabábamos de empezar—. He disfrutado de tu compañía. ¿Habrá una segunda parte?

Ted me cogió de la mano.

—Por supuesto.

Esperaba que dijera eso.

Caminamos de la mano hacia nuestras abuelas entrometidas.

—¡Ahí están! —dijo Loretta.

—Están tan adorables juntos. —La abuela Sherry señaló nuestras manos—. Y mira, van de la mano.

—¿Recuerdas el selfi, Sherry? Aquí dentro han pasado muchas más cosas además de cogerse de la mano, pero no hay necesidad de irse de la lengua. —Loretta guiñó un ojo.

—Muy listas, vosotras dos. —Ted sonrió, luego se volvió hacia mí y me guiñó un ojo—. Nos la han jugado bien, ¿eh?

—No tenía ni idea de que nuestras abuelas fueran tan ladinas —dije.

Loretta sonreía de oreja a oreja.

—¡Solo un par de viejas astutas, eso es lo que somos! Oye, a lo mejor deberíamos montar nuestra propia agencia matrimonial.

—Es una idea maravillosa —dijo Sherry.

—Yo os monto la web. —Ted se rió—. Sería un placer continuar esta conversación, pero la encantadora Iris tiene que volver al trabajo.

—Así es —dije—. ¿Nos vemos luego en el comedor para cenar?

Ted asintió.

—Claro que sí. Creo que volveré a la suite, me daré una ducha caliente y descansaré hasta entonces.

—Sobre eso… —Loretta hizo una mueca—. Puede que haya un pequeño problema.

—¿Ah, sí? —dijo Ted—. ¿No hay agua caliente en la suite?

—En realidad… no hay suite. Ya no nos quedamos ahí.

—¿Qué? —Ted miró a la abuela Sherry—. Pensaba que la teníamos reservada una semana más.

Sherry se adelantó y cogió la mano de Ted, apretándosela.

—Sí, pero después de ver esa foto tuya y de Iris y la forma en que dijiste que no podíais quitaros las manos de encima, supimos que teníamos que hacer lo correcto. ¡Sorpresa! ¡Ahora puedes quedarte con Iris!

—¿Qué? —dijimos Ted y yo al mismo tiempo.

—He bajado a Loretta a una habitación estándar con cama doble —añadió Sherry.

Loretta señaló la bolsa de lona encima del banco.

—Toda tu ropa está ahí. Sherry ha sido tan amable de lavarte la ropa interior.

Ted se volvió hacia Sherry.

—Ah... Gracias.

—Para eso están las abuelas. ¡Que os divirtáis, chiquillos! —La abuela Sherry enganchó su brazo en el de Loretta—. ¿Lista, amiga?

Loretta sonrió.

—Lista, amiga.

Vimos a nuestras abuelas salir de la cueva y subir las escaleras. Unos segundos después, Ted se volvió hacia mí.
—Parece que nos ha salido el tiro por la culata.

Capítulo Dieciocho

Iris

—Tenemos que hablar. —Mindy me cogió del brazo y tiró de mí hacia mi despacho en cuanto entré en la sala de catas.

—Me vas a arrancar el brazo —dije, preguntándome qué sería tan urgente.

Esperaba que no hubiera habido ningún problema mientras estaba en la cueva con Ted.

Se detuvo frente a la puerta de mi despacho y me sonrió de oreja a oreja.

—He visto la foto. Ted y tú, sudorosos y muy acalorados. Tengo tantas preguntas que no sé ni por dónde empezar.

—No es lo que piensas —aclaré.

—Solo dime si os habéis enrollado. ¿Ha habido beso?

No pude evitar que se me dibujara una sonrisa en la cara al pensar en sus labios sobre los míos.

—Quizá.

—¡Eso es un «sí»! —Mindy me acercó hacia ella y me dio un abrazo apretado—. Me alegro mucho por ti, hermanita. Ted es un tío genial y está buenísimo.

Me separé de ella al sentir una patada del bebé .

—¿Te puedes creer lo bien que mezcla el vino ese hombre? Ha mezclado nuestro cabernet con el merlot y, sin más, ha creado algo

que era de otro mundo. ¡Es un genio!

—¿Y te das cuenta ahora? Mi hermana es un poco lenta de reflejos.

—Bah... ¿De eso querías hablarme? Por cómo me has arrastrado hasta aquí, pensaba que era algo urgente.

—Perdona. Es que es muy urgente, pero me he distraído. —Mindy me cogió de la mano y tiró de mí para que entráramos en el despacho. Una vez dentro, se asomó y señaló hacia la barra—. ¿Ves a ese hombre de camisa gris que está en la barra con Amber?

Me deslicé detrás de Mindy y miré por encima de su hombro, localizando al hombre que estaba degustando vino.

—Sí. ¿Qué pasa con él?

—Pues que acabará siendo tu mejor amigo, o tu peor pesadilla.

—¿Puedes ser un poco más específica? —dije.

—Es Antoine Dupont.

—¿El juez final del concurso?

Mindy asintió.

—En carne y hueso.

Volví a mirar hacia fuera.

—¿Qué hace aquí?

—¿Tú qué crees? Catar vino, obviamente.

Me crucé de brazos y dije:

—Ya sabes a lo que me refiero. Tiene cientos de bodegas para elegir, ¿por qué ha parado aquí?

Mindy sonrió con suficiencia.

—¿Quizá vio la señal? Hemos tenido más visitas que nunca desde que Ted te podó el arbusto.

La fulminé con la mirada.

—No tiene gracia.

Me lanzó una sonrisita pícara.

—Yo creo que sí. Bueno, a lo que iba, aparté a Amber y le pregunté si Antoine había dicho algo sobre el vino. Dijo que no. Lo único que sabe es que está haciendo tiempo hasta reunirse con alguien. Ah, y que se queda mirando el techo cada vez que prueba un vino. ¿Crees que está rezando para no morir envenenado?

Me quedé mirando a Mindy.

—¿Estás segura de que somos familia?

—¿Y dónde está tu sentido del humor? ¡Estoy de broma!

Con aquel crítico en mi bodega, no estaba de humor para bromas. Me ponía nerviosa.

—A lo mejor estamos exagerando —dijo Mindy.

Observé a Antoine.

—A lo mejor, pero ¿cómo voy a concentrarme en el trabajo sabiendo que está ahí fuera bebiendo nuestro vino y juzgándolo? Dile que se vaya a mirar el techo de otro.

Mindy se volvió hacia mí.

—No querrás enfadarlo justo antes de que juzgue tu vino.

—Ya..., tienes razón, tienes razón.

La verdad era que tenía miedo de que no le gustara el vino.

Estaba orgullosa de lo que producíamos en Luna Roja, pero Ted estaba en lo cierto cuando dijo que un crítico de vinos podía encumbrar o hundir una bodega.

Necesitaba desesperadamente una medalla de oro en *El Próximo Gran Vino*.

Era difícil de creer que mi futuro estuviera en manos de una persona a la que le gustaba mirar al techo cuando degustaba vinos.

—Se va —dijo Mindy.

—Voy a seguirlo —dije.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea.

Empezaba a sentirme como una paranoica loca mientras observaba a Antoine dar un paso hacia la puerta, detenerse y luego contestar al teléfono.

Se encogió de hombros.

Habló.

Asintió.

Levantó la vista hacia el techo.

¿Estaría buscando telarañas?

Luego colgó, se guardó el teléfono en el bolsillo y salió por la puerta.

—Amber tiene que haber oído algo —dijo Mindy, echando a correr hacia la barra.

—Oye —dije—. Espérame, porfi.

Corrimos hacia Amber, que estaba detrás de la barra.

—Hola, Amber —dije—. ¿Cómo va todo por aquí?

Amber me miró y frunció el ceño mientras colocaba una botella de vino vacía bajo el mostrador.

—Va bien, supongo.

Esa expresión en su cara no era nada alentadora.

Algo iba mal.

—¿Ha pasado algo con Antoine? —preguntó Mindy.

Amber miró hacia la puerta, aunque él ya se había ido.

—Le serví los seis vinos de la cata, incluido el cabernet reserva. No dijo ni una sola palabra sobre ninguno de ellos. Parece un hombre muy serio y difícil de interpretar.

Me encogí de hombros.

—Eso no significa necesariamente que no le hayan gustado.

Amber vaciló y finalmente respondió:

—Eso mismo pensé yo, pero luego oí la conversación que tuvo por teléfono antes de irse. No dijo cosas muy agradables, el muy capullo.

—¿Qué dijo? —pregunté, conteniendo la respiración.

—Pues que acababa de salir de su tercera y última bodega del día y que todas tenían vinos absolutamente olvidables. Luego dijo que el cabernet de Luna Roja era el peor de todos, una mierda líquida con azúcar.

Fue como si alguien acabara de destrozarme el corazón con un ladrillo.

No podía respirar.

Se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas.

—Ese tío es un gilipollas —dijo Mindy—. Insulta a los demás para sentirse superior, para compensar su carencia en ciertas partes. Ni caso a lo que ha dicho.

—Es demasiado tarde. —Me volví hacia Mindy, apenas capaz de hablar—. Tenías razón. Es mi peor pesadilla. Estamos condenados.

Ahora necesitaba un milagro.

La puerta se abrió de golpe.

Ted entró en la sala de catas con su bolsa de lona. La dejó en el suelo, junto a la base del perchero, y luego miró a su alrededor.

Me sequé los ojos y respiré hondo.

—No vamos a tirar la toalla —dijo Mindy, apretándome la mano.

Ted me vio, sonrió y se dirigió hacia nosotras.

—Ahí viene tu caballero de la brillante armadura al rescate —dijo Mindy—. Pídele que te haga una hornada de esa mezcla que has probado hoy. Todavía hay tiempo para sustituir el cabernet reserva del concurso.

Negué con la cabeza.

—No puedo.

—Claro que puedes —dijo Mindy.

—Ya ha hecho demasiado por mí. Yo no he hecho nada por él.

Mindy miró a Ted y sonrió.

—A juzgar por esa sonrisa que tiene en la cara, yo diría que estás haciendo más que suficiente por él.

Me encantaba la forma en que me miraba, pero dudaba que su sonrisa fuera suficiente para cambiar mi actual estado de desesperación y vergüenza.

—Hola, Ted —dijo Mindy cuando se detuvo frente a nosotras.

—Hola, Mindy. —Ted me estudió—. ¿Va todo bien?

—Nada que tú no puedas arreglar —dijo Mindy, alejándose con Amber.

«Qué sutil».

Mindy levantó el pulgar desde el otro extremo de la barra para animarme.

Ted inclinó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Sea lo que sea, la respuesta es sí.

No pude evitar sonreír un poquito.

Necesitaba algo de esa energía suya de «puedo arreglarlo todo».

—Necesito tu ayuda —dije al fin, sorprendiéndome a mí misma.

Ted levantó las dos cejas esta vez. Su sorpresa era evidente.

—Vaya... ¿Iris Dobbs acaba de pedirme ayuda? —Se metió un dedo en la oreja y lo movió—. Debo de estar quedándome sordo. ¿Qué rima con «ayuda»? ¿Desnuda?

Le di un codazo.

—¿Sabes lo que me ha costado pedirte ayuda?

—Lo sé. —Me dedicó una sonrisa compasiva y me sorprendió dándome un beso en la mejilla—. Perdona. Me ha encantado que me lo dijeras. Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿no?

—Lo sé. Y te lo agradezco de verdad.

—¿Pues entonces? Dime cómo puedo hacerte la vida más fácil.

«Ya lo has hecho con solo estar en ella».

—Vamos a sentarnos. —Lo cogí de la mano y lo llevé hacia la chimenea de piedra.

Nos sentamos en la misma mesa donde él había trabajado en mi página web.

Solté un suspiro de frustración.

—Tenías razón. A Antoine Dupont no le gusta mi vino.

Ted frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿Lo ha probado ya, antes del concurso?

—Ha estado aquí degustando vinos mientras tú y yo estábamos en la cueva. Se acaba de ir justo antes de que entraras. El caso es que ha probado nuestra cata y uno de esos vinos era nuestro cabernet reserva. En realidad no le ha gustado ninguno.

—¿Te lo ha dicho él?

—Bueno, no. Amber lo oyó hablar por teléfono, pero eso no es lo peor. Dijo que mi cabernet era una mierda líquida con azúcar.

Ted negó con la cabeza, asqueado.

—Ya te dije que ese tío era un capullo.

Asentí con la cabeza.

—Comprendo que es imposible complacer a todo el mundo, pero ¿por qué la gente tiene que ser tan cruel cuando da su opinión? Es como si de verdad quisieran herir a la otra persona en lugar de limitarse a decir que el vino, o lo que sea, no era de su agrado, o simplemente no decir nada y pasar a otra cosa que les guste más.

Ted se encogió de hombros.

—No creo que siempre sea una decisión consciente. Algunas personas son infelices por algo que les ha pasado y lo pagan con los demás, mientras que otras son simplemente idiotas con un ego gigantesco.

Dibujé una espiral con el dedo en la mesa, pensativa.

—Sí, supongo que sí. Aunque eso no hace que duela menos.

Ted alargó el brazo y me levantó la barbilla delicadamente, para que nuestras miradas se encontraran, acariciándome la mejilla con su pulgar.

—No tienes nada de qué preocuparte. Todo saldrá bien. Te ayudaré.

—Esperaba que pudieras mezclar mi cabernet y mi merlot...

—Hecho —dijo Ted.

Me crucé de brazos.

—Ni siquiera me has dejado terminar la frase.

Se rió y dijo:

—Perdona. Si quieres que mezcle tu cabernet y tu merlot y lo embotelle para *El Próximo Gran Vino*, la respuesta es que sí. Me encantaría.

—Eres un santo.

—En realidad, soy el padre Jacobs. ¿Ya lo has olvidado, hija mía?

Me reí.

—Lo digo en serio. Y me siento un poco culpable porque nunca hago nada por ti.

—Me compraste un cruasán de chocolate. Eso es algo, ¿no?

—Sí, lo es, pero necesito hacer más. Quiero hacer más.

—Me dejaste jugar con tu vino, eso también fue algo.

Entonces caí en la cuenta.

Algo que Ted había querido desde el principio.

No sé por qué no se me había ocurrido antes.

—Ya lo tengo —dije, sintiendo cómo me volvía la energía—. ¿Quieres divertirte más en el laboratorio?

Sonrió con suficiencia.

—Si incluye tu compañía y más besos, cuenta conmigo.

—Bueno, sí, de esos puedes tener todos los que quieras, pero me refiero a que puedes mezclar tu vino con el mío.

Ted se quedó helado.

Me reí.

—Veo que eso sí que te interesa.

—Claro que me interesa. ¿Lo dices en serio?

—Totalmente. Y si es tan bueno como el vino que has hecho hoy, cosa que no dudo, tendremos que hablar de colaborar en un futuro muy próximo. Si es que todavía te gusta la idea.

Se inclinó sobre la mesa y me besó.

—No hay nada que me pueda gustar más. Solo tengo que pasarme por la bodega y traer un poco de mi vino. ¿Quieres venir conmigo?

Fruncí el ceño.

—Me gustaría, pero seguramente debería adelantar algo de trabajo aquí, ya que mañana tenemos nuestra cita en el Pisado y Bocado.

—Sí, tenemos nuestra cita —dijo Ted con una sonrisa—. Me encanta cómo suena eso.

Sonreí.

—A mí también.

—Pero ahora mismo tenemos que centrar nuestra atención en algo mucho más importante que una cita o hacer vino.

No tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Como qué?

Ted señaló con la cabeza en dirección a la puerta principal.

—Venganza.

Miré justo cuando la abuela Sherry y Loretta nos vieron y se dirigieron hacia nosotros.

—Ahora sí que nos entendemos —dije—. ¿Qué tienes en mente?

Ted se acercó más y susurró:

—Sígueme la corriente.

—¡Ahí están! —dijo Loretta.

—¡Mirad qué encantadores estáis los dos juntos! —exclamó la abuela Sherry.

Loretta señaló hacia la puerta.

—Teddy, ¿no es tu bolsa de deporte esa que está junto al perchero?

Ted asintió.

—Sí, es la mía.

—Pensé que ya te habrías instalado con Iris.

Él negó con la cabeza.

—He venido a que me diera una copia de la llave que tiene en su despacho. Pero ya que estáis aquí las dos, Sherry y tú, tenemos algo que nos gustaría contaros. —Cogió dos sillas de la otra mesa, las acercó e hizo un gesto hacia ellas—. Sentaos.

Nuestras abuelas se sentaron, sin poder esconder su curiosidad.

Yo también sentía curiosidad por saber a dónde quería llegar Ted. Estaba deseando devolvérsela por entrometerse en nuestras vidas, aunque tuvieran las mejores intenciones.

—Quiero daros las gracias de nuevo por tener la previsión y la sabiduría de ver que Iris y yo estamos hechos el uno para el otro —dijo Ted—. Me estoy enamorando de ella, puedo sentirlo dentro de mí.

Parpadeé, preguntándome si lo decía solo para impresionar o si de verdad lo sentía. Luego sonreí para no parecer sorprendida.

—¡Ay, mi corazón! —dijo Loretta—. Son unas noticias maravillosas.

—¡Tanto amor en el ambiente! —gritó prácticamente la abuela Sherry.

Ted me cogió la mano.

—Todo esto está pasando muy rápido.

—El amor no tiene límite de velocidad —dijo Loretta—. Rápido o lento, lo principal es dejar que suceda de forma natural. Vivid vuestra vida basándoos en cómo os sentís por dentro y no dejéis que nadie os diga lo contrario.

Ted asintió.

—Me alegro mucho de que digas eso, porque no podríamos estar más de acuerdo. No hay razón para que pospongamos lo inevitable. Somos lo bastante mayores y sabios como para saber lo que queremos en la vida.

La abuela Sherry se inclinó hacia delante en el borde de su silla.

—Por favor, dime que estás hablando de una boda.

¿Estaba hablando de una boda?

No podía estar hablando de una boda, ni real ni falsa.

Ted sonrió.

—Lo estoy, aunque todavía no le he pedido oficialmente a Iris que se case conmigo, así que eso es solo entre vosotras y yo. —

Guiñó un ojo a nuestras abuelas.

Vaya, se le daba bien este juego.

La abuela Sherry y Loretta empezaron a dar saltos en sus sillas, casi cayéndose de alegría como si les hubiera tocado la lotería.

Ted me señaló.

—Quedarme con Iris esta noche nos viene perfecto, ya que tenemos que empezar a planear nuestra fuga para casarnos.

Ambas abuelas se quedaron heladas, con expresiones de horror en sus rostros.

—¿Qué? —dijeron al mismo tiempo.

—Uy —dijo Ted—. Se supone que las fugas para casarse son un secreto, ¿verdad? Fallo mío.

Sonreí, por fin capaz de unirme a la diversión.

—Estaba pensando que deberíamos casarnos en las Bahamas, corazón. Arena blanca, agua cálida, piña colada...

Ted me devolvió la sonrisa.

—Eso suena maravilloso, mi vida.

Sofoqué una carcajada.

—Somos tan compatibles.

Ted levantó el dedo índice.

—Después de la planificación de la boda, podemos concretar los detalles de nuestra idea para la nueva bodega y ponerla en marcha. El primer paso es contratar a un arquitecto.

—¿Qué nueva bodega? —preguntó la abuela Sherry.

—Ah, es verdad, todavía no os lo hemos contado. —Ted se dio una palmada en la frente de forma teatral y algo exagerada—. Qué tonto soy. Iris y yo vamos a construir una nueva bodega juntos. Será nuestro pequeño bebé.

—¡Eso es maravilloso! —dijo la abuela Sherry.

—Me encanta la idea, pero los precios de las propiedades están por las nubes en esta zona —dijo Loretta.

—¡Por eso vamos a comprar un terreno en Oregón! —dije yo.

—¿Qué? —dijeron ambas abuelas a la vez.

—Lo sé, lo sé —dijo Ted—. Todo esto está pasando muy deprisa.

—No lo bastante deprisa para mi gusto —dije.

Loretta arrugó el entrecejo.

—¿Estáis seguros de que sabéis dónde os estáis metiendo? Tener tres bodegas va a ser un montón de trabajo.

Les resté importancia con un gesto, mi diversión crecía por momentos.

—No tenemos que preocuparnos por eso. Vamos a vender Luna Roja y Perro Bailón antes de mudarnos a Oregón.

—¿Qué? —volvieron a decir las dos abuelas a la vez.

Ted levantó la mano.

—No os preocupéis. Volveremos de visita por las fiestas.

—¿Una vez al año? —preguntó Loretta.

—Cariñín, también podemos visitaros en Semana Santa —dije.

—Tienes toda la razón, Bomboncito —respondió Ted.

—Ains. Me encanta cuando me llamas así.

—Entonces te llamaré Bomboncito el resto de tu vida. —Ted me guiñó un ojo.

—¿Podemos volver a eso de la fuga para casaros? —preguntó Loretta.

Ted se llevó un dedo a los labios e hizo callar a Loretta.

—Se supone que es un secreto, ¿recuerdas? Oye, quedémonos despiertos toda la noche. Tendremos planeado el resto de nuestras vidas para cuando el desayuno esté en la plancha por la mañana.

La abuela Sherry y Loretta nos miraron boquiabiertas, conmocionadas.

—Quizás podamos coger un vuelo a las Bahamas mañana. Qué romántico. —Salté de mi silla y me senté en el regazo de Ted, besándolo, mientras intentaba no reírme dentro de su boca.

—Un momento —dijo Loretta—. ¿Qué mosca os ha picado? No podéis tomar decisiones que cambian la vida bajo la influencia de afrodisíacos.

Ted cortó el beso y miró a su abuela.

—¿Qué afrodisíacos?

Loretta se puso rígida y luego se le sonrojó la cara.

—¿Eh? ¿Qué es eso? Lo siento, pero tengo un zumbido muy fuerte en el oído. —Se tiró del lóbulo de la oreja.

—¿Estás bien, Loretta? —dije, aunque sabía que estaba fingiendo.

Loretta asintió.

—Creo que estaré bien, pero ¿quién sabe si lo estaréis vosotros dos? Estáis precipitándoos demasiado, y así no es como se hacen las cosas en el mundo real. Simplemente no lo permitiré.

—Pero dijiste que nos dejáramos llevar por lo que sentimos por dentro y que no dejáramos que nadie nos dijera lo contrario —dijo Ted—. Eso te incluye a ti, ¿no?

—Claro que no. Soy tu abuela. Las reglas no me incluyen a mí. —Loretta se levantó.

La abuela Sherry también se levantó.

—A mí tampoco. Iris, tenemos que hablar luego.

—¿A dónde vais? —preguntó Ted.

Loretta resopló.

—A mudarnos tú y yo de vuelta a la suite. —Se dirigió a la puerta, cogió la bolsa de deporte de Ted y salió, con la abuela Sherry pisándole los talones.

Ted y yo nos reímos a carcajadas hasta que se nos saltaron las lágrimas y nos empezó a doler el costado.

Le acaricié la cara.

—Eres un genio. Me alegro de que esto haya terminado porque no podría haber mantenido la cara seria ni un segundo más.

Ted sonrió.

—¿Quién ha dicho que hemos terminado?

Capítulo Diecinueve

Ted

—Esto es una medida urgente —dijo la abuela Loretta, lanzándome su famosa mirada fulminante.

Acababa de bajar de mi coche en el aparcamiento de Luna Roja, tras regresar de Perro Bailón con el vino que iba a usar para mezclarlo con el de Iris.

—¿Qué medidas son estas? —Miré a mi alrededor, al aparcamiento casi vacío, y solté una risita—. ¿Tú sola? ¿Dónde están los demás de refuerzo?

La abuela Loretta se cruzó de brazos.

—Teddy, no estoy de broma. Me niego a permitir que te largues a Barbados para casarte, privando así a nuestra familia de una boda tradicional.

—A las Bahamas, no a Barbados.

—Tanto monta, monta tanto.

Suspiré y dije:

—Abuela, estábamos de broma. Solo queríamos que pagarais por encerrarnos en la cueva.

—No te creo —dijo.

—No me sorprende.

—Vamos.

Me mantuve firme, me crucé de brazos y le devolví su mirada fulminante.

—Eso conmigo no funciona. —La abuela Loretta sonrió con aire de suficiencia—. Tenemos a Iris. —Giró sobre los talones de sus Skechers rosa, como una bailarina ágil, y se alejó.

—¿Qué quieres decir con que tenéis a Iris? —grité—. ¿Te refieres a que la tenéis secuestrada?

Me ignoró y siguió caminando. Yo la seguí.

Sacudí la cabeza, preguntándome qué clase de poder tenía la abuela Loretta sobre mi cerebro para conseguir que hiciera casi todo lo que me pedía.

Rodeé el edificio hasta el amplio patio trasero y me detuve, admirando la preciosa vista.

Era Iris.

Estaba sentada en una mesa bajo una sombrilla, con un hombre que no conocía.

La abuela Loretta señaló la silla junto a Iris.

—Siéntate, por favor. Y envíame un mensaje cuando hayáis terminado. —Antes de poder responder, se dio la vuelta y se alejó hacia el hotel.

Extendí la mano por encima de la mesa hacia el hombre.

—Hola. Soy Ted Jacobs.

Me estrechó la mano y dijo:

—Me llamo Victor Long.

—Mucho gusto. —Deslizándome en la silla junto a Iris, me incliné y le di un beso en la mejilla—. ¿Qué pasa?

Sacudió la cabeza con frustración y habló en voz baja.

—Que nuestro plan nos ha vuelto a salir por la culata, eso es lo que pasa. Victor es un terapeuta de pareja y consejero matrimonial que quiere disuadirnos de fugarnos.

Me reí y miré a Victor.

—¿En serio?

Victor asintió.

—Sus dos abuelas me han contratado para charlar con ustedes. Solo quieren asegurarse de que todo el mundo esté de acuerdo.

Esta vez no pude tomarme a risa la intromisión de la abuela Loretta.

—Mire, Victor…

—Perdón —dijo una mujer, acercándose a la mesa con una carpeta en una mano—. ¿Sois Iris y Ted?

Iris asintió.

—Los mismos.

—¡Genial! —Le estrechó la mano a Iris y luego a mí—. Soy Valerie, la organizadora de bodas. Encantada de conoceros. Siento llegar tarde.

Esto empezaba a resultar ridículo.

—Ah… nadie me ha dicho nada sobre esto —dijo Iris.

—Acabamos de empezar, así que puede que tardemos un poco —dijo Victor.

Valerie inspeccionó a Victor.

—¿Y quién es usted?

—Victor Long, consejero matrimonial. Y creo que podemos tutearnos todos.

—Hoy tengo el tiempo un poco limitado, así que, si no te importa, necesito hablar primero con Iris y Ted.

—Pues a mí sí que me importa —dijo Victor—. Yo he llegado antes que tú y estamos en medio de una conversación. Tu charla tendrá que esperar, ya que mi tiempo es tan valioso como el tuyo.

—Mi cita estaba programada antes que la tuya —dijo Valerie.

—Eso no tiene sentido. A menos que yo resuelva algunos problemas con Iris y Ted, no habrá boda que puedas organizar.

Valerie rechinó los dientes.

—Quizá si yo les ayudara a visualizar y apreciar cómo sería ese día, los problemas que dices que tienen desaparecerían por arte de magia.

Victor sonrió con suficiencia.

—Claro, porque las sillas Chiavari y las etiquetas con los nombres son la clave para resolver cualquier problema de pareja.

—Qué arrogante eres. ¿Acaso crees que tu trabajo es más importante que el mío?

Mientras seguían discutiendo, me incliné hacia Iris y le susurré:

—Así es como empezamos nosotros.

Iris se rió.

—Es como mirarse en un espejo.

Victor se levantó.

—Déjanos, por favor. Todavía no me han pagado.

Señalé un lugar aparte donde había un banco.

—Valerie, ¿podrías esperar allí a la sombra, por favor? Estaremos contigo en un momento.

No estaba seguro de por qué le había dicho eso, ya que no teníamos ningún interés en hablar con ella, pero ya era demasiado tarde. Valerie se alejó, sin decir nada, y se sentó a la sombra de uno de los arces.

Victor sonrió y volvió a dirigirse a nosotros.

—Disculpad. ¿Por dónde íbamos?

—Mira, Victor, te agradezco que hayas venido —dije—. Estoy seguro de que eres muy bueno en lo que haces, pero no necesitamos terapia.

—Admitir que necesitas ayuda es el primer paso.

Asentí, admitiéndolo.

—¿Entonces puedes ayudarnos con nuestras abuelas entrometidas?

Victor frunció el ceño.

—No. Esa no es mi especialidad.

—Entonces venir aquí ha sido una pérdida de tiempo. Lo siento.

Victor se aclaró la garganta y dijo:

—Como he dicho antes, no me han pagado. Y no me pagarán hasta que os dé un consejo.

—Lo entiendo, pero…

—La verdad es que me vendría muy bien el dinero ahora mismo. El negocio va un poco lento últimamente con todo el mundo recibiendo consejos gratis en Internet. Por favor. Dejad que os dé mi consejo y luego me iré y os dejaré en paz.

—Vale, pues… —volví a sentarme, sintiendo lástima por el hombre—. Fingiremos que solo somos dos almas perdidas nadando en un mar de cabellos blancos, en busca de sabiduría, iluminación y repelente para abuelas. Adelante. Vamos a escuchar tu discurso.

Victor se frotó las manos.

—Gracias. Eres muy amable. Bien, vuestras abuelas están preocupadas porque pensáis fugaros, lo que me hace pensar que estáis precipitando las cosas por un problema subyacente. Podéis ser sinceros conmigo. —Miró a Iris—. ¿Estás embarazada?

Iris se rió.

—Eso significaría que he tenido… —Se calló y luego le hizo un gesto con la mano—. Da igual. No, no estoy embarazada.

Victor volvió a mirarme.

—¿Necesitas la tarjeta de residencia?

—¿Para qué país? —pregunté.

—Para Estados Unidos.

Sonreí.

—No.

—¿Para otro país?

Negué con la cabeza y dije:

—Tampoco.

Victor asintió.

—Vale, vayamos al grano entonces. El número de invitados en vuestra boda y el lugar que elijáis pueden tener un impacto directo en la probabilidad de divorcio. Vuestra vida no es un episodio de *Friends* y vosotros dos no sois Rachel y Ross, haciendo las cosas por capricho sin tener en cuenta los sentimientos de los familiares. Tenéis que pensar en los demás cuando toméis decisiones.

Arrugué el entrecejo.

—Victor, ahí me has perdido con la referencia a *Friends*.

—¡A mí también! —gritó Valerie desde el banco, todavía mirando mal a Victor.

Iris se acercó y puso su mano sobre la mía.

—Rachel y Ross se emborracharon en Las Vegas y luego se casaron sin que su familia y amigos estuvieran presentes. Es el episodio en el que se pintan las caras con rotuladores.

—Ah, sí, me acuerdo de ese episodio. Ross llamó a la compañía de rotuladores y descubrió que la tinta no se quitaba, pero por la mañana sus caras estaban completamente limpias, como por arte de magia. Siempre me he preguntado cómo se quitaron la tinta.

—Yo me he preguntado lo mismo —dijo Iris.

Victor asintió.

—Yo también. Un exfoliante facial de algas marinas quizá. ¿O qué tal un algodón con un poco de alcohol isopropílico?

—¡Céntrate! —gritó Valerie.

Victor asintió enfáticamente.

—Cierto, cierto. En esencia, cuanta más gente tengáis en vuestra boda, más posibilidades tendréis de permanecer juntos. El setenta y cinco por ciento de todas las fugas matrimoniales pueden atribuirse al sesenta por ciento de divorcios después de encuestar al treinta por ciento de las parejas en el veinte por ciento del estado. —Se lo pensó—. Espera, creo que me he equivocado. Lo siento, Sherry dijo que debería usar estadísticas porque a Iris le gustarían, pero nunca se me ha dado bien memorizar, ni los números, a pesar de que yo solo fui un número para mi última novia. Le gustaba acostarse con otros y llevar la cuenta. —Victor apartó la mirada, con el labio inferior temblando—. La vida puede ser tan cruel, yo lo sé mejor que nadie. Todo va sobre ruedas y, de repente, ¡zas!, tu novia se acuesta con un barista y acaba con tu relación más rápido de lo que se tarda en decir «un café con leche, por favor».

¿Iba a llorar?

Me volví hacia Iris y me encogí de hombros.

Ella parecía tan confundida como yo.

Volví a mirar al otro lado de la mesa.

—¿Estás bien, Victor?

Asintió, secándose los ojos.

—No es fácil dar consejos de pareja cuando mis propias relaciones han sido una mierda. Lo siento, pero estoy pasando por otra mala ruptura ahora mismo, la tercera este año.

—Pobrecito —dijo Iris—. ¿Quieres hablar de ello?

Victor asintió.

—Más de lo que te imaginas, pero así es como consigo malas reseñas y críticas crueles por Internet. Mis clientes me acusan de perder la concentración y hablar de mis propios problemas en lugar de los suyos. Esa es la verdadera razón por la que mi negocio va mal. Mi madre dice que necesito centrarme más. Mi padre no está

de acuerdo y dice que solo necesito encontrar una buena mujer. No tengo hermanos y, sí, a veces me siento solo siendo hijo único.

—¡Céntrate, Victor! —dijo Valerie—. ¡Me estás matando!

Victor asintió, luego miró a Valerie.

—Tienes razón. Gracias por la advertencia. Eres muy amable.

—¿Lo soy?

—Sí. Gracias.

Valerie vaciló.

—De nada.

—Oye, creo que ya nos has dado bastantes cosas en las que pensar para ganarte el sueldo de hoy —dije—. ¿Tienes alguna reflexión final antes de que te dejemos marchar?

Victor volvió a sorber por la nariz.

—Sí. Si no vais a tener una boda grande para vuestras abuelas, hacedlo por un nuevo horno tostador o una batería de cocina. —Se levantó y nos estrechó la mano—. Mucha suerte a los dos.

Valerie se acercó y apretó el brazo de Victor.

—Siento haber sido grosera contigo. Yo también estoy pasando por una ruptura, así que sé exactamente cómo te sientes.

Victor negó con la cabeza.

—No tienes que disculparte. Me estaba portando como un idiota. Soy yo el que lo siente.

Me dirigí a los dos.

—Esto es maravilloso. Mirad. Tenéis más en común de lo que creéis. Estáis pasando por malas rupturas y ambos trabajáis con parejas. Es muy fácil pagar vuestros problemas con los demás.

Iris levantó la mano.

—Culpable.

Le cogí la mano y la sostuve entre las mías, apretándosela.

—Dicho esto, siento que nuestras abuelas entrometidas os hayan traído hasta aquí, pero no hay boda aquí ni nos vamos a fugar para casarnos.

—¿Qué? —dijo Valerie, negando con la cabeza—. Esta no es mi semana.

Ahora Valerie parecía que quería llorar.

—¿Por qué no me dejas tu tarjeta de visitas? —dijo Iris—. Vamos a empezar a organizar bodas en la propiedad. Te tendré en cuenta para nuestros futuros clientes.

Valerie se animó, sacó una tarjeta y se la entregó a Iris.

—Muchas gracias. —Se volvió hacia Victor—. ¿Quieres que vayamos a tomar un café y así charlamos de nuestras vidas?

—Por supuesto, aunque un batido podría ser mejor opción que un café —dijo él—. Necesito sacar a esa barista de mi cabeza.

Se fueron sin despedirse.

Me volví hacia Iris y negué con la cabeza.

—La vida es extraña.

Ella sonrió.

—Eso es quedarse corto.

—Por cierto, empezaré a trabajar en tu mezcla en cuanto le envíe un mensaje a mi abuela y le diga que hemos terminado con esta locura. Luego me pondré a trabajar en algo muy especial entre nuestras dos bodegas. Debería poder terminar ambas cosas antes de la cena.

Iris sonrió.

—Estoy deseando probar el resultado.

La abuela Loretta salió a toda prisa del hotel con Sherry.

—Parece que no voy a tener que enviarle el mensaje —dije—. Deben de habernos estado espiando. ¿Qué lleva tu abuela?

—No tengo ni idea —dijo Iris—. Parece un portatrajes.

—Oye, ¿qué tal otra ronda de venganza?

—No lo sé. Siempre nos vencen.

—Esta vez no —dije—. Sígueme la corriente.

La abuela Loretta nos saludó con la mano.

—¡Yuju! Por favor, decidme que ahora estamos todos de acuerdo con respecto a la boda.

Asentí y dije:

—No vamos a fugarnos, si es a eso a lo que te refieres.

—¡Eso es maravilloso! —dijo Sherry, entregándole el portatrajes a Iris—. Quiero que tengas esto.

—¿Qué es? —Iris lo inspeccionó, y luego empezó a abrir la cremallera.

La abuela Loretta se abalanzó hacia el portatrajes y la detuvo.

—¡No! ¡Da mala suerte que el novio vea el vestido de novia!

«Oh, no».

Iris levantó la vista.

—¿Es tu vestido de novia?

Sherry sonrió con orgullo.

—Esperaba que me hicieras el honor de llevarlo el día de tu boda. Habrá que meterle, por supuesto.

—Ayúdame, por favor —susurró Iris.

—¿Qué pasa? —preguntó Sherry—. ¿No quieres ponértelo?

—No es eso…

—Significaría mucho para mí si pudiera verte caminar hacia el altar con este vestido.

—Sherry —dije—. Creo que ha habido un malentendido.

La abuela Loretta se puso las manos en las caderas.

—¿Qué está pasando aquí? Habéis dicho que no iba a haber ninguna fuga.

Asentí.

—Lo he dicho, pero es porque no va a haber boda.

—¿Qué? —dijeron la abuela Loretta y Sherry a la vez.

—Hemos decidido que solo queremos ser amigos —dije—. Nada más.

Iris asintió, ayudándome por fin.

—Siento a Ted más como un hermano.

—Y yo a Iris como una hermana.

La abuela Loretta asintió, sin parecer convencida.

—Si ese es el caso, ¿por qué estáis cogidos de la mano así?

«Mierda».

Tanto Iris como yo bajamos la vista a nuestros dedos entrelazados antes de soltarnos las manos, como si la otra persona tuviera gérmenes.

La abuela Loretta sonrió con suficiencia.

—Ajá. Eso me parecía. Hablemos de la boda, ¿queréis?

Levanté la mano.

—Vale, ya basta. Las dos, por favor, sentaos. Ahora. Tenemos que hablar.

Nuestras abuelas cogieron dos sillas de la mesa de enfrente y se sentaron.

Sherry se inclinó hacia la abuela Loretta y susurró:

—No parece contento.

—No lo estoy —dije—. Quiero saber qué pasa con vosotras dos. ¿Qué pasa *de verdad*?

—¿Qué quieres decir? —dijo la abuela Loretta.

Me crucé de brazos.

—¿Por qué estáis presionando tanto con la boda? Podéis ver que Iris y yo nos gustamos y que las cosas van en la dirección correcta, pero algo no va bien, ya que vosotras dos en particular parecéis estar bastante desesperadas por una boda. Es hora de que nos digáis la verdad. Merecemos saberla. Esto no es normal.

La abuela Loretta abrió la boca y la cerró.

—¿Abuela? Habla conmigo.

—Está bien —dijo, buscando las palabras adecuadas—. Tengo una cita con el médico próximamente de la que no le he hablado a nadie. —Vaciló—. Y tengo miedo de que si el médico encuentra algo malo, no esté en este mundo para el día de tu boda.

Me incliné hacia delante en mi silla, y el pulso se me aceleró.

—¿Una cita con el médico para qué?

—Es mi revisión anual —dijo la abuela Loretta.

—Vale, pero ¿qué dolencia específica te preocupa?

Suspiró y dijo:

—Tengo dos amigas, ambas de mi misma edad, y las dos recibieron malas noticias de sus médicos este año. Hay muchas probabilidades de que mi médico también me encuentre algo y me dé una sentencia de muerte.

—Así que, a ver si lo he entendido bien —dije, rascándome la cabeza—. Estás intentando meternos prisa para que nos casemos porque estás paranoica con que el médico pueda encontrarte algo, a ti, una mujer sana de setenta y cinco años que prácticamente puede correr más que su nieto, aunque no tienes absolutamente ningún síntoma de ninguna enfermedad. Y porque, casualmente, dos de tus amigas han tenido algunos problemas de salud que no están relacionados con nada que tú tengas.

La abuela Loretta lo pensó, asintiendo.

—Suena bastante acertado.

Iris se rió.

Me volví hacia ella.

—No las animes.

Me dio un codazo juguetón en el brazo.

—Tú eres el que dijo que ver a estas dos comportándose como niñas era una diversión inofensiva. A lo mejor solo tienes que relajarte un poco. —Se inclinó, me besó y me dedicó una sonrisa coqueta.

Levanté una ceja.

—¿Eso es todo? Va a hacer falta mucho más que un beso para que me relaje.

—Lo siento. Me pondré a ello pronto. —Iris me besó de nuevo—. Cuando podamos tener un poco de privacidad.

La abuela Loretta se volvió hacia Sherry.

—Parece que tenemos que llamar a una modista. ¡La boda sigue en pie!

Capítulo Veinte

Ted

Tras pasar casi seis horas más en el laboratorio, entré en el comedor con el estómago rugiendo y dos botellas de las mezclas que había preparado. No veía la hora de compartirlas con Iris y nuestras abuelas.

Iris me vio enseguida y me hizo un gesto para que me acercara a una mesa en la esquina, donde estaba sentada con la abuela Loretta y Sherry. Ya había pasado la hora punta de la cena, así que solo había unas pocas mesas ocupadas.

Puse las dos botellas en el centro de la mesa.

—¡Voilà! Obviamente, está fresco y no se acerca a como estará en seis o doce meses, pero os dará una idea muy buena. Espero que os guste.

—Qué emocionante —dijo Sherry—. Estoy deseando probarlos.

Fruncí el ceño.

—Siento haber tardado tanto, pero quería que quedaran perfectos. Ya me conoces —añadí, dirigiéndome a mi abuela, aunque Iris asintió, sabiendo que era muy cierto.

La abuela Loretta me regaló una sonrisa cómplice.

—La perfección no se puede apresurar.

Me senté en la silla libre junto a Iris, le cogí la mano y se la apreté.

—Que nadie se asuste ahora. Le estoy cogiendo la mano a Iris. No significa que vaya a haber boda dentro de un mes.

—No voy a decir ni una palabra, pero todavía no he perdido la esperanza —dijo la abuela Loretta.

Tras el fiasco con Victor y Valerie, ambas abuelas habían acordado dejar de entrometerse y que la naturaleza siguiera su curso. El tiempo diría si de verdad cumplirían su palabra.

Una cosa era segura: me estaba pillando por Iris a toda velocidad, vaya, que estaba hasta las trancas.

Me gustaba la idea de una boda en el futuro, pero de ninguna manera me precipitaría ni daría nada por sentado.

—Esta primera botella es una mezcla de merlot y cabernet de Iris. —La abrí y serví cuatro copas. Levanté la mía para un brindis—. Nada me daría mayor placer que verte ganar la medalla de oro con este vino. Salud.

—¡Salud! —dijeron las tres al unísono, y todos brindamos.

Le di un beso en la mejilla a Iris antes de darle un sorbo a mi vino.

Sherry sonrió.

—Es absolutamente fabuloso. No veo cómo no va a ganar la medalla de oro. Es la perfección.

—Te has superado, Teddy —dijo la abuela Loretta—. Este vino es un ganador.

Iris sonrió y negó con la cabeza, asombrada, tras probarlo.

—Igual de bueno que el otro que hiciste. Increíble. De verdad.

—Gracias a todas —dije—. Ha sido un placer crearlo para vosotras.

Iris se inclinó y me besó brevemente.

—No sé cómo podré pagártelo.

—Tú sigue dándome besos y estaremos en paz.

—¡Howard! —llamó Sherry—. Ven aquí.

El abuelo de Iris se acercó, con su banjo bajo el brazo.

—Hola, Ted. Me alegro de verte de nuevo.

—Y yo a ti, Howard —dije, admirando su banjo—. Espero poder dedicarle una canción a Iris más tarde.

—¡Claro que sí! Solo tienes que pedirla.

Iris me apretó la mano.

—Lo siento, pero tengo que aprobar la canción.

—Por supuesto —dije riendo.

Sherry le ofreció una copita de mi vino.

—Prueba esto, mi amor. Es una mezcla del merlot y el cabernet de Iris que Ted ha preparado en el laboratorio.

Howard cogió la copa y probó el vino.

—Está delicioso. Es como una explosión de fruta en la boca. —Le devolvió la copa a Sherry—. Absolutamente exquisito.

—Gracias —dije—. Te lo agradezco.

—Has apurado mucho con la fecha límite —dijo Sherry—. ¿No es mañana?

Iris asintió.

—Podemos llevarlo después del festival Pisado y Bocado. Puedes venir conmigo si quieres.

—Suena a una segunda cita —dije, guiñándole un ojo.

—Debes de estar muerto de hambre, Teddy. —La abuela Loretta señaló la tabla de embutidos y quesos en el centro de la mesa—. Come algo.

—Pues no te voy a decir que no.

Disfrutamos el queso brie con hierbas y tomate, el salami, el chorizo español, los albaricoques secos y las almendras; todo eso mientras escuchábamos a Howard tocar el banjo y cantar paseándose por el comedor.

Por fin, mi estómago se sintió satisfecho y llegó el momento de abrir la segunda botella.

—Esta es nuestra colaboración —dije, sacando el corcho—. Tengo un par de ideas para la etiqueta que puedo compartir contigo mañana, suponiendo que te guste. Hay dos botellas más de cada mezcla en el laboratorio. —Le serví a Iris primero, luego a nuestras abuelas y a Howard. Finalmente extendí mi copa—. Salud.

—Salud —dijeron todos.

Sherry lo probó primero.

—¡Madre mía! —Miró el vino a través de la copa—. Me he enamorado de esto. Es maravilloso.

Howard asintió con una gran sonrisa de aprobación.

—Dios mío, no pensé que pudieras superar al otro, Teddy —dijo la abuela Loretta.

—Gracias. —Me giré hacia Iris, esperando, bastante nervioso, la verdad.

Mi objetivo era crear el mejor vino del mundo y mi instinto me decía que lo había conseguido, pero, más que nada, quería que a Iris le encantara. Quería que trabajáramos juntos.

Esperaba que fuera el comienzo de algo especial entre nosotros.

Lástima que estuviera tardando una eternidad en probarlo.

Iris hizo girar el vino en la copa varias veces. Luego metió la nariz en ella e inhaló, mirándome y sonriendo.

Nada.

Ni una sola palabra.

Estaba tomándome el pelo.

Me encantaba y lo odiaba al mismo tiempo.

Era una tortura.

Solo quería saber si le encantaba.

Eso era todo lo que me importaba.

Negué con la cabeza, frustrado.

—Eres un ser humano cruel.

Iris se rio.

—Sí, lo soy.

Justo en ese momento, Howard empezó a tocar "No seas cruel" de Elvis.

Lo señalé.

—Iris, escucha la letra. Hay un mensaje bastante obvio.

Se rió.

—Vale, vale…

Después de lo que pareció una eternidad, por fin le dio un sorbo al vino.

Contuve la respiración, intentando leer su expresión.

Iris me miró, tragó saliva y luego cerró los ojos con una sonrisa dibujada en su rostro.

—¡Ja! —dije, señalándole la cara—. Te gusta.

—¡Claro que le gusta! —dijo Sherry.

Iris abrió los ojos y asintió enfáticamente.

—Guau. No sé cómo pude dudar de ti cuando quisiste asociarte conmigo. Esto es divino. —Suspiró y sonrió—. Es oficial. Eres un genio.

Me subía el ego.

—Has mezclado cuatro vinos completamente diferentes y has conseguido algo inmejorable y sublimemente armonioso —añadió—. Es como si estuviera predestinado.

—No hay duda de ello —dije.

Debía de saber que no me refería al vino.

Iris sonrió.

—¿Cómo has conseguido las cantidades exactas de cada vino?

—Fue un poco complicado, lo admito, intentar crear un vino de cuerpo medio cuando trabajaba con cuatro variedades que son tan únicas por sí solas. El syrah es afrutado con un toque de chocolate y pimienta negra, mientras que el pinot presume de frambuesa fresca. Luego está la suavidad de tu merlot, con la ciruela negra madura y la audacia del rico cabernet con capas de cassis y vainilla. El objetivo era crear algo completamente único y equilibrado sin dejar de mimar los sentidos. Debo decir que estoy bastante contento con el resultado.

Iris le dio otro sorbo.

—Has dado en el clavo. —Se volvió hacia mí, con el labio inferior curvado hacia arriba—. Definitivamente, tenemos que embotellar este y venderlo.

—Esperaba que dijeras eso. —Sonreí y me incliné hacia Iris para besarla—. Estaba pensando exactamente lo mismo.

—Esto va a ser un éxito tremendo —dijo la abuela Loretta—. El mundo del vino se va a volver loco.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Sherry—. ¿Por qué no presentáis también este vino al concurso?

Iris frunció el ceño.

—No es mala idea, pero *El Próximo Gran Vino* solo permite una inscripción por bodega, y además Ted y yo tenemos que concretar los detalles comerciales de nuestra colaboración. Trámites legales y papeleo aburrido, pero todo muy necesario cuando te asocias con alguien. El año que viene, seguro. —Señaló la primera botella, la

mezcla de su merlot y cabernet—. Y hablando del concurso, ¿qué posibilidades crees que tiene mi mezcla de ganar la medalla de oro?

Miré la botella, pensativo.

—Bueno, si me preguntas si creo que es lo bastante bueno para ganar, la respuesta es que sí, más que bueno. No me cabe la menor duda. Creo que si fuera por mí o por cualquier juez normal, tu vino sería un candidato seguro para el oro. Ahora bien, cuando se trata del rey de los gilipollas, Antoine Dupont, no tengo una certeza del cien por cien de que vaya a ganar, pero me sorprendería que no lo hiciera. Lo único que podemos hacer es cruzar los dedos y esperar lo mejor. Tu vino debería cumplir sin duda sus estándares y complacer su paladar tiquismiquis.

—Hacéis muy buen equipo vosotros dos —dijo la abuela Loretta.

La señalé con el dedo.

—Nada de hablar de bodas, por favor.

—¡No he dicho nada! —Apretó los labios—. Solo era un pensamiento.

Mentiría si dijera que no se me había pasado por la cabeza a mí también.

Capítulo Veintiuno

Iris

Ted y yo íbamos de la mano por el camino Silverado hacia la bodega Black Stallion para asistir al festival Pisado y Bocado.

Por suerte para nosotros, esta vez pudimos ir andando desde Luna Roja. El evento anual de comida y vino cambiaba de sede cada año. El atuendo era totalmente informal, por lo de pisar uvas, así que los dos llevábamos pantalones cortos y camisetas. Ted se puso otra de las que yo le había regalado de mi colección.

Le eché un vistazo al texto de su camiseta que decía «Hago desaparecer el vino. ¿Cuál es tu superpoder?».

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Ted.

—Me pregunto —dije riendo—. ¿Cuántas de mis camisetas te has puesto hasta ahora? Pronto me voy a quedar sin ninguna.

—Todo forma parte de tu malvado plan para que deambule medio desnudo. Oye, si quieres ver mis abdominales, no tienes más que pedírmelo. —Hizo el gesto de subirse la camiseta.

Le paré la mano y tiré de ella hacia abajo, riendo.

—Compórtate.

—Lo intentaré, pero ya sabes que mi abuela es una mala influencia para mí. —Ted hizo que me detuviera junto a la entrada de la bodega e hizo un gesto hacia ella—. Una vez que crucemos esas puertas, no habrá vuelta atrás.

Me reí de nuevo.

—¿Nos está absorbiendo un túnel del tiempo o qué?

—No, pero es cuando empieza oficialmente nuestra cita y puede que tus amigas nos vean. —Hizo un gesto hacia nuestras manos entrelazadas, levantándolas—. Sé que últimamente hemos pasado mucho tiempo juntos, pero ahora la cosa se está poniendo seria y me encanta hacia donde va esto. ¿Seguro que puedes con ello?

Me rasqué la sien con la mano libre, fingiendo estar pensándomelo.

—Mmm. Un día precioso, comida y vino deliciosos, diversión con un hombre guapo… —Me encogí de hombros—. Creo que puedo con ello.

Ted sonrió.

—Un hombre guapo, ¿eh?

Sonreí con suficiencia.

—Me refiero a ese hombre, por supuesto.

Siguió la dirección de mi mirada hacia un señor mayor con una rebeca beige que debía tener casi un siglo de edad.

Ted asintió e hizo un pucherito fingido.

—Estoy celoso.

Me acerqué y le besé.

—Bien. Tengo que mantenerte alerta.

Nos reímos juntos y luego seguimos por el largo camino flanqueado por olivos que conducía a la enorme fuente y a la majestuosa estatua del caballo negro encabritado.

Nos inscribimos y nos dieron nuestra primera copa de vino, un cabernet sauvignon de edición limitada de Mount Veeder, de la bodega Black Stallion.

Ted se volvió hacia mí y extendió su copa.

—Por ti y por mí.

Sonreí y dije:

—Por nosotros.

Brindamos y bebimos un sorbo de vino.

Pensé en lo lejos que habíamos llegado en tan poco tiempo, desde aquella primera llamada telefónica en la que quise entrar en el teléfono y estrangularlo.

Estaba segura de que el sentimiento era mutuo.

Por una buena razón, por supuesto, ya que yo había sido una mujer algo estirada y bastante paranoica, aferrada al lastre de una relación fallida.

Ya no.

Me sentía relajada.

Era como si me hubiera convertido en una persona completamente diferente.

Todo gracias al hombre que estaba a mi lado.

Ted no solo me hacía reír, sonreír y sentirme deseada, sino que también había hecho mucho por mi negocio, incluyendo la creación de las dos mezclas de vino.

Nunca me pidió nada a cambio.

—¡Oh, Dios mío, se me olvidó contarte! Esta mañana me he despertado con la bandeja de entrada llena de consultas de clientes potenciales, novios pidiendo información para celebrar su boda en mi bodega.

Ted había publicado anoche en mis redes sociales que Luna Roja volvía a celebrar bodas. La noticia se extendió como la pólvora. Incluso tenía mensajes de seis organizadores de bodas que estaban deseando visitar la propiedad esta semana.

—Me alegro de haber podido ayudar —dijo Ted.

Ted era uno de los hombres más amables que había conocido.

Era como si todo lo que hacía, lo hiciera por mí.

—Estoy preparando una sorpresa para ti —dijo Ted, mientras el grupo musical local tocaba una canción de Bruno Mars en un escenario cercano.

Levanté una ceja.

—No me digas… ¿Quieres bailar?

—Sí, pero esa no es la sorpresa. Ya te enterarás.

—Estoy impaciente. —Bebí un sorbo de vino y casi grité—. ¡Ahí está mi amiga, Maché! Vamos. Quiero que conozcas a alguien muy especial para mí.

—Me encantaría —dijo Ted.

Le cogí de la mano y me acerqué a mi amiga.

—No me lo puedo creer. Llevo tres meses sin verte.

—Empezaba a preguntarme si había perdido a una de mis mejores amigas —dijo Maché, acercándose a mí y dándome dos besos, al estilo español.

—Jamás de los jamases. —Sonreí y le di un apretoncito cariñoso en el brazo—. Estoy recuperando mi vida, gracias a este hombre de aquí. Ted, esta es Maché, una de mis amigas más queridas.

—Encantada de conocerte —dijo Maché, dándole dos besos en la cara—. ¿Lo estás pasando bien?

Ted asintió.

—Por ahora, todo bien. De hecho, acabamos de llegar.

Maché señaló la zona de comidas.

—Bueno, debes comer algo, porque la comida es para morirse de gusto.

Ted inspiró profundamente.

—Huele de maravilla. Ya tengo hambre. ¿Qué me recomiendas?

—No te puedes equivocar con nada —dije, mirando los dos puestos de comida más cercanos—. ¿Quieres ir por comida mientras me pongo al día con Maché?

Ted sonrió.

—Vais a hablar de mí, ¿verdad?

Me reí.

—Por supuesto.

—Me parece bien. ¿Te apetece algo en especial?

Negué con la cabeza.

—Esos son mis dos restaurantes favoritos. Sorpréndeme.

—Marchando —dijo Ted, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia los puestos de comida.

Me volví hacia Maché.

—Sí, estamos saliendo. Sé que era lo primero que ibas a preguntarme.

A Maché se le iluminó la cara de alegría.

—Parece que va mucho más en serio que el simple hecho de salir. La forma en que te mira. Ese hombre está enamorado de ti. ¡Qué ilusión!

—¿De qué estás hablando? —Miré a Ted mientras esperaba en la cola de la comida—. Nos gustamos, sí, pero ¿amor? Es demasiado

pronto para eso.

Ted se dio la vuelta en ese preciso instante, sonriendo, levantando su copa de vino y brindando conmigo en el aire.

Levanté mi copa en su dirección y le ofrecí una sonrisa antes de beber.

—Ajá —dijo Maché—. No estaría yo tan segura. A ti también te ha dado fuerte por él.

Estaba loca. ¿O no?

—No estoy enamorada —dije, preguntándome si intentaba convencerla a ella o a mí misma.

—Pues yo creo que te estás pillando a toda velocidad —dijo Maché—. ¿Puedes pensar con claridad cuando estás con él?

Me encogí de hombros.

—No siempre, pero…

—¿Te sientes como si estuvieras borracha cuando te besa?

—Sí, pero…

—¿Hay algún momento del día en que no estés pensando en él, señorita Dobbs? —Maché continuó su interrogatorio como una abogada de alto nivel que busca la verdad, debilitando mi defensa con cada pregunta.

—¿Ted huele increíblemente bien?

—¡Sí! —dije, mirando hacia atrás para asegurarme de que no volvía ya con la comida—. Y estoy intentando averiguar qué colonia es porque…

Maché sonreía como el gato de Cheshire.

Me había tendido una trampa.

Levanté la mano.

—Protesto, su señoría. Acosa al testigo.

Se rió.

—Se admite, pero estoy convencida de que estás hasta las trancas por Ted. Y no me puedo creer que no me hayas dicho nada de él antes. ¿Cómo os conocisteis?

—En la bodega. —Sonreí—. Es enólogo. El dueño de Perro Bailón en Petaluma.

Maché sonrió.

—Buen partido. Me encanta su cabernet, el que ganó la medalla de oro. Oye, deberíamos hacer una cita doble cuando volvamos de Alemania.

Ella y su marido, Chris, siempre estaban recorriendo el mundo, a veces por negocios, muchas veces por placer.

—Me encantaría —dije.

Maché miró su teléfono, que empezó a sonar.

—Tengo que cogerlo. Luego te veo.

—Vale —dije, dándome la vuelta y caminando hacia la zona de comida, justo cuando Ted se acercaba a la ventanilla a recogerla.

Señaló la otra bandeja en el mostrador.

—¿Puedes coger esa? Me resultará difícil llevar las dos y la copa de vino.

—Claro —dije, cogiendo la otra bandeja y siguiéndole hasta una mesa libre.

Nos sentamos y comimos más de la cuenta, charlando sobre los lugares a los que queríamos viajar, las cosas que aún queríamos hacer en la vida y soñando despiertos sobre el futuro. Aunque ninguno de los dos dijo que quisiéramos hacer esas cosas juntos, era casi como si hubiera un acuerdo silencioso entre nosotros de que lo haríamos.

Me sentí muy feliz, pero también me puse nerviosa.

Mi atracción por Ted se estaba intensificando a un ritmo alarmante.

Me froté los dedos.

¿Por qué me sudaban las manos?

Tragué saliva, preguntándome si Maché tendría razón.

¿Estaba enamorada?

Miré a Ted.

Él me observaba, con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

Tragué saliva y solté una risa nerviosa.

—Me parece que he comido demasiado rápido.

Ted se rió entre dientes.

—Creo que yo también. —Señaló las grandes cubas de uvas recién recogidas—. Vale, basta de comer, vamos a pisar uvas.

—Gran idea. —Me levanté con él y me restregué las manos sudorosas en mis pantalones cortos antes de dejar las bandejas en el mostrador.

Nos acercamos a un banco junto a uno de los barriles de uvas y nos sentamos. Me quité las sandalias mientras Ted se quitaba los zapatos y los calcetines.

Me fijé de nuevo en su cicatriz y no me pude resistir a tocarla como había hecho en el laboratorio, rodeando sus bordes.

— Te prometo que, pase lo que pase entre nosotros, nunca te atropellaré con mi coche.

Ted soltó una carcajada profunda que fue música para mis oídos.

—¡Bueno es saberlo!

Dejé mi vino en el banco.

—¿Listo?

Él asintió y dejó su copa de vino junto a la mía.

—Listo.

Nos enjuagamos los pies y luego nos pusimos delante del barril.

Ted me tendió la mano mientras yo entraba en el barril sintiendo las uvas bajo mis pies. Luego entró él.

El pisado de la uva se remonta a miles de años, aunque las bodegas de hoy en día utilizan máquinas para macerar las uvas, liberar sus jugos y comenzar la fermentación. Participar en el nostálgico proceso que nos teñiría los pies de morado fue fascinante y romántico a la vez, ya que lo estaba haciendo con él.

Ted miró hacia las uvas bajo nuestros pies.

—Deberíamos tener cuidado. —Pasó las manos por mi cintura y las subió hasta mi espalda, sujetándose—. Así mejor. Más estabilidad.

Me reí.

—Claro… Porque es «tan» peligroso estar de pie sobre quince centímetros de uvas.

Se rió entre dientes.

—Lo es cuando tienes los ojos cerrados. —Antes de que ni siquiera pudiera empezar a preguntarme por qué decía eso, inclinó la cabeza y pegó sus labios a los míos.

Nos estábamos besando mientras chapoteábamos en unos cuantos centímetros de uvas, disfrutando como dos niños en un charco tras la lluvia.

Yo no tenía ningún problema con ello.

Hasta que subí las manos por su pecho para rodearle el cuello.

Fue entonces cuando perdí el equilibrio y me resbalé.

—Te tengo —dijo Ted, acercándome más a él.

Mi cara se golpeó contra su pecho.

—Ay, ay, ay…

—¿Estás bien? —Se apartó para mirarme a la cara, pero entonces sobrecompensó, haciéndonos perder el equilibrio de nuevo, esta vez en la otra dirección, y justo por encima del borde del barril.

Aterricé con un golpe seco encima de Ted.

Él hizo una mueca de dolor y se frotó el hombro.

—Eso va a dejar marca.

Le acaricié un lado de la cara.

—Te pones muy guapo cuando sientes dolor.

Compartimos otra risa juntos y nos besamos de nuevo.

Un hombre se aclaró la garganta.

—¿Habéis terminado ya?

—Adelante —le dijo Ted al hombre después de ayudarme a ponerme de pie.

Cuando nos apartamos, saqué mi móvil y les hice una foto a mis pies morados. Ted colocó sus pies junto a los míos e hice otra foto.

Luego nos enjuagamos los pies y nos sentamos en el banco de nuevo.

Debió de ser la sesión de pisado de uva más corta del mundo, pero no importaba. Me lo estaba pasando tan bien con Ted que no quería que el día terminara.

Pero no siempre conseguimos lo que queremos, ¿verdad?

Mi móvil sonó con un mensaje de la abuela Sherry diciéndome que Mindy estaba de parto y de camino al hospital.

Me quedé mirando el teléfono con incredulidad.

—Tenemos que irnos. Mindy va a tener el bebé. —Dejé el teléfono en el banco y me puse las sandalias.

Ted se puso los calcetines y los zapatos sobre los pies mojados.

—Pero ¿no salía de cuentas en unas semanas?

—Así es —dije, poniéndome de pie—. Tengo que ir al hospital ya. El bebé decide.

Ted se levantó.

—Por supuesto.

Nos dirigimos hacia la salida, pero antes de atravesar la puerta lo detuve, sujetándolo de un brazo..

—Un momento. Hemos olvidado el vino.

Ted y yo teníamos pensado dejar mi vino para el concurso *El Próximo Gran Vino* después del festival Pisado y Bocado. Era el último día para inscribirse, pero la cadena de televisión que emitía el programa estaba a más de una hora de distancia, en Sacramento. Eso sería al menos dos horas y media entre ida y vuelta, cuando yo lo que quería era estar en el hospital con mi hermana.

Por supuesto, el concurso de vinos no era tan importante como la salud de mi hermana y mi futura sobrina, pero me jugaba esa posible medalla de oro. No tenía por qué ser una cosa o la otra.

Ted me cogió la mano.

—No te preocupes. Yo me ocuparé del vino mientras tú vas al hospital. La botella ya está etiquetada y lista para llevar. Solo tengo que cogerla del laboratorio y dejarla en la cadena de televisión. Hay tiempo de sobra.

Solté un suspiro de alivio.

—Eres mi salvación. Es que no tengo ni idea de cuánto tiempo estaré en el hospital.

—No te preocupes. —Ted me acarició la espalda y me besó brevemente en los labios—. Todo va a salir bien. Confía en mí, cielo.

Capítulo Veintidós

Iris

Una semana después…

Debía estar de camino a casa de Ted, en Petaluma, para ver *El Próximo Gran Vino* con él en la tele. Era la noche en la que por fin descubriría si mi vino era lo bastante bueno como para ganar una medalla. Ya me habían notificado que mi vino estaba entre los diez mejores, de los cuales, solo tres conseguirían una medalla.

—Alguien va con el tiempo justo —dijo Ted cuando lo llamé por teléfono desde el coche—. Tienes exactamente veintidós minutos para llegar.

—Lo siento, pero no voy a poder ir —dije, sintiéndome fatal por tener que cancelar el plan cuando estaba preparando una cena romántica para dos—. Iba casi a mitad de camino y he tenido que dar la vuelta y regresar a Napa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ted.

—Que me voy al hospital otra vez. Más le vale a mi hermana que no sea otra falsa alarma, porque me estoy cansando de esto. Si no puedo ver el concurso contigo, ¡por lo menos quiero una sobrina!

—Se está haciendo de rogar, pero, oye, a la tercera va la vencida.

—Espero que tengas razón.

Hace tres días, el médico le preguntó a Mindy si quería que le provocaran el parto, después de la segunda falsa alarma. Ella dijo que prefería que el bebé naciera cuando estuviera listo para salir.

Estaba claro que mi hermana no pensaba en mí en estos momentos de necesidad ni en mis ganas de tener a mi sobrina en brazos por primera vez.

¿Podría ser hoy el día de suerte?

—Lo siento —dije—. Seguro que me voy a perder una cena increíble.

—No te preocupes —dijo Ted—. Los chiles rellenos con salsa de chile tendrán que esperar.

Me reí y dije:

—Gracias por tomártelo tan bien.

—Te prepararé la cena otra noche —dijo Ted—. Voy a grabar *El Próximo Gran Vino*, por si no puedes verlo allí.

Entré en el aparcamiento del hospital y me estacioné en el primer hueco que vi.

—Muy bien. Pues, tengo que colgar. Acabo de llegar. No tengo ni idea de cuánto tiempo estaré aquí, pero te iré poniendo al corriente de lo que pase cuando pueda.

Tras colgar, salí del coche y corrí hasta la tercera planta.

Fue entonces cuando me enteré de lo que pasaba.

Mindy no estaba de parto.

En realidad, estaba en observación en una de las habitaciones privadas.

Suspiré y entré en la habitación.

—¿Cómo va todo?

—¡Ahí está! —dijo la abuela Sherry, sentada en una silla junto a Rex, el marido de Mindy—. Todo bien. ¿A que no adivinas quién ha tenido otra falsa alarma?

Fingí que me lo pensaba.

—No tengo ni idea.

Mindy esbozó una sonrisa culpable.

—Por lo menos te alegrará saber que hemos decidido que me provoquen el parto si el bebé no nace en las próximas veinticuatro horas. Todo este sí-no-sí-no-sí-no se está volviendo ridículo.

—A mí me lo vas a contar —dije—. ¿Cómo lo llevas, Rex?

Asintió con una sonrisa relajada, aunque las bolsas bajo sus ojos contaban una historia diferente.

—Yo estoy bien, mientras Mindy esté cómoda. Es ella la que tiene que aguantar todo esto. Le he dado permiso para que me arranque el brazo si el dolor se vuelve insoportable.

—Tengo el mejor marido del mundo —dijo Mindy—. Y no te sorprendas si te tomo la palabra.

Rex era de los buenos.

En muchos sentidos, me recordaba a Ted, siempre desviviéndose por hacer cosas por Mindy, la mayoría de las veces sin que se lo pidiera.

Era un buen rasgo, poner a los demás primero.

—Ay, no. —Mindy se fijó en mi falda vaquera y mi blusa de flores, llevándose la mano a la boca—. Se me había olvidado que tenías una cita especial con Ted esta noche.

Le resté importancia con un gesto.

—No te preocupes por eso ahora.

—Iba a cenar con Ted en su casa y ver *El Próximo Gran Vino* con él en la tele —añadió la abuela Sherry, tan oportuna como siempre.

Mindy frunció el ceño.

—Lo siento mucho. No quería arruinarte el plan.

Negué con la cabeza.

—Como ya he dicho, no es para tanto. La familia es lo primero.

—Claro que es para tanto. ¡Mi nieta va a ganar la medalla de oro! Tengo el programa puesto a grabar en casa, pero ¿sabes qué? —La abuela Sherry señaló el televisor de la pared—. Podemos verlo todos aquí mientras esperamos a que nazca el bebé.

Mindy cogió el mando de la tele.

—Gran idea.

No iba a discutir con ellas.

Anoche no pude dormir pensando en el concurso.

Bueno, parte de ese tiempo mi mente estuvo con Ted, pero eso no venía al caso.

Mindy encendió la tele y fue cambiando de canal hasta que encontró el concurso.

—Aquí está. Ya ha empezado.

—Sube el volumen —dijo la abuela Sherry—. Ya no oigo como antes.

Me senté en la silla a su lado y miré el televisor. Se me empezó a hacer un nudo en el estómago y comencé a morderme una uña.

«Medalla de oro. Medalla de oro. Medalla de oro».

Tenía todos los dedos cruzados, de manos y pies.

Cruzaría los ojos, pero entonces no vería bien la tele.

La abuela Sherry extendió el brazo, me sacó el dedo de la boca, me puso la mano en la falda y me dio unas palmaditas.

—Tranquila, querida. Te va a ir muy bien. Tu vino es una delicia y merece ganar.

—Nuestros jueces han tenido la ardua tarea de evaluar más de cuatrocientos vinos de California esta semana —dijo el presentador —. Luego, la selección se redujo a los diez mejores vinos, a los que se ha notificado su posición, pero solo tres de ellos se irán a casa con medallas y el prestigioso título de *¡El Próximo Gran Vino!* Tengan en cuenta que ninguno de estos vinos está a la venta *todavía*, pero el ganador del año pasado batió récords de ventas en todo Estados Unidos una vez que salió al público. Es una oportunidad increíble para que las bodegas boutique se den a conocer, por así decirlo. Hablaremos más de eso luego, porque ahora mismo me gustaría darle la bienvenida al crítico de vinos de fama mundial Antoine Dupont. Ha tenido el honor de elegir los tres mejores vinos y también seleccionará al mejor de los mejores. Bienvenido al programa, Antoine.

—Gracias por invitarme —dijo Antoine—, es un placer estar aquí.

Señalé la tele.

—Ted dice que es pretencioso.

—Creo que el término que usó fue «capullo» —dijo Mindy, riendo y haciendo que su barriga diera saltitos.

Me encogí de hombros.

—No quiero gafarlo por decir algo malo de él.

—No hace falta que seas amable, a menos que te dé una medalla de oro.

—¿Cómo ha estado la competición este año? —preguntó el presentador.

Antoine arrugó la cara como si alguien le hubiera puesto sales de amoníaco bajo la nariz para despertarlo de un desmayo.

—Horrible, en la mayoría de los casos. La semana pasada probé un chardonnay que era desordenado, insolente y completamente alejado de la realidad. Era el tipo de vino que no tendría ningún problema en llevar pantalones cortos y una camiseta a la recepción de una boda de etiqueta. Muchos de los supuestos enólogos que he conocido no están cualificados para hacer ni siquiera zumo de uva. En algunos casos, habría preferido beber el agua de mi propia bañera.

—Vaya… —dijo el presentador—. Bueno, sí sabemos que los diez vinos que pasaron el corte son excepcionales, eso ya es algo. ¿Quién ganará el título de *El Próximo Gran Vino?* No se muevan para descubrirlo. Volvemos enseguida.

Mindy silenció la tele cuando empezaron los anuncios.

—Madre mía. ¿Cómo puede tener cuatro millones de seguidores en las redes sociales? El hombre es muy maleducado. Es un borde integral.

La abuela Sherry se encogió de hombros.

—El drama vende, eso lo sabemos todos. Obviamente, lo hace para provocar una reacción en la gente. Halaga a alguien veinte veces y luego insúltalo una. Solo recordarán el insulto. Ya conocéis las famosas palabras de vuestro abuelo: «Si no tienes nada bueno que decir…».

—¡Es mejor callar! —dijimos Mindy y yo a la vez, riéndonos.

—Por cierto, ¿qué ha pasado con el abuelo? —pregunté—. Creía que habías dicho que estaba aquí.

—Lo estaba —dijo la abuela Sherry—. Se le ha olvidado el banjo y ha tenido que volver a por él. Te juro que ese trasto es una extensión de su cuerpo.

—¿Qué va a hacer, darle una serenata al bebé mientras nace? —dije—. De ninguna manera le dejarán tocar eso en el hospital.

—Al contrario, lo han invitado a tocar en el ala infantil como parte de su nuevo programa de musicoterapia.

Mindy señaló la tele.

—Oye, que nos estamos perdiendo el programa. —Volvió a subir el volumen.

—¡Y parece que estamos listos para que Antoine anuncie al ganador de la medalla de bronce! —dijo el presentador—. Antes de eso, ¿qué tiene de especial este vino?

—Todo —dijo Antoine—. Este pinot noir tenía una estructura impecable.

—Ya sé que no me llevo el bronce —dije, señalando el televisor —. No presenté un pinot.

—Todavía quedan la plata y el oro, querida. —La abuela Sherry me dio una palmadita en el dorso de la mano y me la sujetó, como si supiera que me disponía a morderme la uña de nuevo.

—Las capas de este vino son muy elegantes —continuó Antoine —. Evoca notas de frambuesa, pétalos de rosa y especias de repostería, y termina con taninos de grano fino. Es un vino maravilloso y muy merecedor de la medalla de bronce.

El presentador sonrió y abrió el sobre.

—Y la medalla de bronce es para Vinos Familia Bazella por su edición limitada de Los Carneros Pinot Noir. ¡Volveremos enseguida con el ganador de la medalla de plata después de algunos mensajes de nuestros patrocinadores!

—¿Por qué ponen tantos anuncios? —Mindy negó con la cabeza, frustrada, y silenció la tele de nuevo.

Me levanté y empecé a pasearme de un lado a otro.

—Porque quieren que me dé un ataque de ansiedad, por eso.

—Las dos sabéis que son los anuncios los que financian el evento —dijo la abuela Sherry.

Quizá fue bueno cancelar el plan con Ted esta noche. Habría sido un manojo de nervios a su lado.

—Tengo que hacer pis —solté.

Mindy señaló el baño privado de su habitación.

—Ahí dentro. Cierra la puerta para que no tengamos que oírte.

Usé el baño, luego me miré en el espejo y respiré hondo. «Tranquilízate. Todo va a salir bien». Después me recompuse y salí

del baño justo cuando Mindy levantaba el mando para volver a subir el volumen de la tele.

—¡Bienvenidos de nuevo! —dijo el presentador—. Vamos directos al ganador de la medalla de plata. Antoine, ¿qué tiene de especial este vino?

—Es un vino sencillamente magnífico —dijo Antoine—. Esta mezcla de cabernet y merlot es todo lo que un buen vino debería ser. Esta combinación constituye la base de muchos de los grandes vinos de Burdeos, así que ha sido maravilloso que una pequeña bodega del valle de Napa haya capturado a la perfección ese espíritu y casi me haya dejado boquiabierto por su factor sorpresa.

La abuela Sherry señaló el televisor.

—¡El tuyo es una mezcla de cabernet y merlot! ¡Podrías ser tú, cariño!

—¡Shhhh! —dijo Mindy, intentando acallar a mi abuela.

El corazón me martilleaba en el pecho.

¿Era posible que fuera a ganar la medalla de plata?

Yo quería la de oro.

Pero ganar la medalla de plata entre cuatrocientos vinos era un logro enorme y algo de lo que nunca me quejaría.

Aun así, la de oro sería perfecta.

—El sabor es rico y aterciopelado, y me encantan especialmente las notas de cerezas y bayas frescas —dijo Antoine—. Cuando pruebo este vino, solo puedo pensar que hay una fiesta en mi boca y que tengo que repartir invitaciones.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó la abuela Sherry.

—No quiero saberlo —respondí.

—El bodeguero de esta mezcla ha sido magistral —continuó Antoine—. Es vibrante y suave, pero con una estructura tan excelente que le permitirá envejecer muy bien.

—Muy bien, vamos a averiguar de quién se trata —dijo el presentador de televisión, abriendo el sobre y sacando la tarjeta—. ¡La medalla de plata es para la Bodega Luna Roja!

Un gráfico de mi bodega apareció en la pantalla del televisor.

Bodega Luna Roja - Ganador de la medalla de plata

—¡He ganado la medalla de plata! —Me levanté y di unos pasos hacia el televisor, con temblor en las piernas y las manos en la cabeza—. No me lo puedo creer. ¡He ganado! —Sin poder contenerme, pegué un grito.

—¡Lo has conseguido! —gritó la abuela Sherry, abrazándome.

—¡Sí! —dijo Rex, levantando el puño en el aire.

Los tres nos pusimos a saltar y a vitorear hasta que entró la enfermera alarmada por el griterío.

—¡Por favor! —dijo—. Tienen que guardar silencio.

Dejamos de saltar y nos disculpamos, aunque mi corazón iba a mil por hora.

—He ganado —dije, de una forma mucho más tranquila.

«Hemos ganado».

Habría sido imposible ganar sin la ayuda de Ted.

Mindy se unió un poco tarde a la celebración y gritó, ignorando la advertencia de la enfermera.

La abuela Sherry, Rex y yo nos dimos la vuelta.

Mindy se sujetaba la barriga, haciendo una mueca de dolor.

—Voy a tener el bebé. Ahora. Mismo.

—¡Ya está aquí! ¡Vamos a tener un bebé! —Rex corrió hacia ella y le quitó el mando a distancia, silenciando el televisor. Luego pulsó el botón para llamar a la enfermera—. ¡Enfermera!

—Siento estropearte el momento —dijo Mindy.

—No has estropeado nada —dije, corriendo a cogerle la mano—. Por fin voy a conocer a mi sobrina.

La enfermera entró corriendo y, antes de darme cuenta, mi hermana y Rex iban de camino a la sala de partos.

La abuela Sherry me abrazó de nuevo.

—Qué día tan emocionante para una abuela. Una nieta va a tener un bebé y la otra acaba de ganar un premio muy prestigioso. No podría estar más orgullosa. Voy a llamar a tus padres. Ahora vuelvo.

La abuela Sherry me dejó sola en la habitación, con el cuerpo tembloroso y alterado por la medalla de plata.

Todavía no me creía que hubiera ganado.

Mi teléfono explotó con mensajes de texto de amigos y conocidos del sector vinícola, todos felicitándome y bombardeándome con emojis.

—Todo va a salir bien —me dije, soltando un suspiro de alivio.

Esas eran las sabias palabras de Ted Jacobs.

Tenía razón.

Busqué el contacto de Ted, para llamarlo, sonriendo, llena de alegría y euforia.

Levanté la vista hacia el televisor silenciado una vez más para ver si el nombre de mi bodega seguía en la pantalla.

Me quedé helada.

Ahora aparecía un gráfico de la bodega que había ganado la medalla de oro.

Bodega Perro Bailón - Ganador de la medalla de oro

No entendía lo que estaba pasando.

Me quedé allí pasmada, mirando fijamente el televisor.

Ted me dijo que este año no presentaba ningún vino al concurso.

¿Me había mentido?

Habría ganado yo la medalla de oro si él no se hubiera presentado.

Cogí el mando a distancia y subí el volumen.

—Nunca te había visto tan prendado de un vino, Antoine —dijo el presentador.

Antoine sonrió.

—En mi humilde opinión, Bomboncito, de Perro Bailón, es el mejor vino del mundo.

Se me cayó el móvil.

Ted no había presentado un vino de su colección.

Había presentado nuestra mezcla colaborativa al concurso, la había llamado Bomboncito y la había inscrito con el nombre de su bodega.

Estaba haciendo pasar nuestro vino colaborativo por suyo.

—¿Algunas últimas palabras sobre el ganador de la medalla de oro? —preguntó el presentador.

—Sí —respondió Antoine—. Si esta mezcla magistral fuera una mujer, me casaría con ella y le haría el amor aquí mismo, en

televisión.

El presentador se rió.

—Por suerte, nuestro programa es para todos los públicos y nunca tendremos que presenciar eso. Estoy seguro de que a nuestros telespectadores les encantaría saber más sobre Ted Jacobs, propietario de Perro Bailón y creador de Bomboncito. Lo tenemos en directo por Zoom desde su bodega en Petaluma, California. Bienvenido al programa, Ted, y enhorabuena.

—Gracias —dijo Ted—. Es todo un honor estar aquí.

Apagué la tele y arrojé el mando a la cama de Mindy, sin ganas de escuchar a Ted soltar sus mentiras en televisión.

Me dejé caer en la silla y cerré los ojos.

La energía positiva se había esfumado por completo de mi cuerpo.

Todos los sentimientos cálidos y tiernos que tenía por Ted se desvanecieron y fueron reemplazados por ira, confusión e incertidumbre.

El hombre del que estaba enamorada me había mentido y traicionado.

«Otra vez».

La abuela Sherry entró en la habitación y sonrió.

—Acabo de hablar por teléfono con tus padres. Vuelan desde Scottsdale por la mañana. —Se detuvo en medio de la habitación, mirándome—. ¿Qué ha pasado, cariño? Estás más pálida que la pared.

Apenas pude articular palabra.

—Ted ha ganado la medalla de oro.

La abuela Sherry abrió los ojos como platos.

—¡Eso es maravilloso!

—No. ¡No lo es!

Se sentó a mi lado.

—¿No deberíamos estar contentas? ¿Por qué es malo que haya ganado?

—¡Porque sí!

Quizá necesitaba darle una respuesta mejor que esa, pero estaba furiosa, intentando encontrar las palabras adecuadas.

Levanté la vista hacia mi abuela.

—Ted me mintió. Dijo que no iba a presentar ningún vino al concurso este año. Presentó nuestra mezcla colaborativa a mis espaldas y bajo el nombre de su bodega, cuando yo dejé muy claro que teníamos que esperar a resolver todos los aspectos legales de nuestro acuerdo comercial antes de seguir adelante con nada.

—Oh, cielos. —La abuela Sherry me cogió la mano y me la apretó—. Eso no es propio de Ted. Me sorprende mucho.

—Y por si la mentira y el engaño no fueran suficientes, la guinda del pastel es que yo habría ganado la medalla de oro si él no se hubiera presentado.

La abuela Sherry lo meditó.

—Eso no lo sabes. Además, ¿por qué mentiría? Ted es un hombre muy íntegro y honesto.

—Es un estafador, abuela, alguien que tiene su propia agenda. Me ha utilizado. Está clarísimo. Probablemente su abuela sea parte del plan. —Me levanté y recogí mi móvil del suelo—. Voy a salir a tomar un poco el aire. Envíame un mensaje si tienes alguna noticia de Mindy.

—Lo haré —dijo la abuela Sherry.

Salí de la habitación, bajé por las escaleras hasta la primera planta del hospital y me dirigí lo más rápido que pude hacia la salida.

Mis pulmones no parecían recibir suficiente aire.

Caminé de un lado a otro en el aparcamiento, intentando decidir si quería llamar a Ted y cantarle las cuarenta, o simplemente olvidarme de él y no volver a hablarle nunca más.

Me dirigí a mi coche, entré y respiré hondo.

Ignorando las constantes vibraciones de mi móvil con mensajes de texto y de voz, marqué el número de Ted.

—¡Hola, ganadora! —respondió al primer tono.

—¡Me mentiste! —dije, contenta de estar dentro del coche con las ventanillas cerradas para no montar una escena—. ¿Cómo has podido hacerme eso?

—Tranquila. Me imaginaba que podrías estar un poco enfadada, pero todo ha salido bien, ¿no? ¡Tenemos las medallas de plata y de

oro!

Solté un profundo suspiro.

—Fui muy clara contigo sobre no hacer nada con ese vino hasta que tuviéramos un plan de negocio y resolviéramos los trámites legales.

—Lo sé y lo siento mucho…

—Es más fácil pedir perdón que permiso, ¿verdad? —dije—. Creo que esas fueron las palabras exactas que usaste una vez.

—Iris, espera. Por favor, escucha. —Ted suspiró al teléfono—. No es así en absoluto. No tenía la certeza al cien por cien de que a Dupont le fuera a gustar tu vino. Quería una póliza de seguros y por eso presenté el otro vino al concurso.

Golpeé el volante.

—¡Ja! La póliza de seguros era para ganar tú y llevarte toda la gloria y los elogios. Me has utilizado.

—¿Qué? No estás pensando con claridad. ¡Pensaba que te alegrarías!

—¿Alegrarme de que me mintieras? ¿Alegrarme de que no escucharas mis preferencias con respecto a ese vino? ¿Alegrarme de que tomaras la decisión, independientemente de lo que habíamos hablado?

—Lo hice por nosotros —dijo Ted.

Dejé que esas cinco palabras se hundieran en mí, como un cuchillo clavado muy hondo en mi espalda.

«Lo hice por nosotros».

Esas fueron las famosas últimas palabras que usó mi ex después de haberme arruinado prácticamente.

—Vamos, Iris —dijo Ted—. No es tan grave como parece.

—¿Que no es tan grave como parece? —resoplé—. ¿Sabes lo que eres?

—Seguro que vas a decírmelo.

—Eres un hombre arrogante y egoísta, al que solo le importa él mismo. Eres un mentiroso que no tiene ni una gota de dignidad ni de respeto por los demás. Eres lo más rastrero que hay. Eres como el fondo del barril. El barril con vino rancio.

—Eso me duele más de lo que crees —dijo Ted—. No puedes decirlo en serio.

—Pues claro que sí, y estoy siendo amable —dije—. Quiero que sientas mi dolor.

Ted suspiró al teléfono.

—Iris, por favor, dime cómo puedo arreglar esto. No quiero que esto se interponga entre nosotros.

—¿Nosotros? Es demasiado tarde para eso… no hay un «nosotros» y no quiero volver a verte jamás —dije, terminando la llamada.

Capítulo Veintitrés

Iris

Estaba hecha polvo. Sin haber pegado ojo en toda la noche. Incapaz de recordar qué día de la semana era.

Cuanto más pensaba en Ted, más me dolía el corazón.

Cuando estuvimos fantaseando juntos en el festival Pisado y Bocado, me vi pasando el resto de mi vida con él, haciendo vino juntos y viajando por el mundo.

Era curioso lo rápido que se había convertido todo en una pesadilla.

Negué con la cabeza, decepcionada, intentando apartar de mi mente los pensamientos sobre aquel estafador, pero me costaba muchísimo. Bajé la guardia un solo instante y Ted me había arrancado el corazón y lo había pasado por la trituradora.

Lo único que me mantenía cuerda y me salvaba de perder la cabeza fue la llegada de mi preciosa sobrina a las doce menos diez de la noche.

Abigail.

Ella fue el regalo más valioso y especial de mi vida, con sus mejillas sonrosadas y esas manitas y piececitos diminutos.

Así que volví corriendo al hospital por la mañana, deseando verla y tenerla en mis brazos de nuevo.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Mindy en cuanto entré en su habitación.

—Lo mismo debería preguntarte yo a ti —dije, rodeando la cama y sentándome en el borde junto a ella.

Sonreí al ver la tierna imagen de mi hermana acunando a su bebé, agradecida por la distracción.

Mindy negó con la cabeza.

—Estoy segura de que lo que tú pasaste anoche fue mucho más doloroso que dar a luz. Entre las cosas que te dan y los nervios, yo casi ni me enteré. Créeme.

Me reí y dije:

—Dudo que traer una persona a este mundo pueda compararse con nada. —Señalé a Abigail—. Cuando quieras, yo estoy lista para cogerla otra vez. Voy a lavarme las manos.

Cuando regresé del baño, Mindi sonreía.

—¿Por qué has tardado tanto en pedirlo? —Me pasó a Abigail—. Tómala. Mi amor, saluda de nuevo a tu tita Iris.

Le miré la carita y los ojitos cerrados mientras dormía plácidamente, pensando en la suerte de no tener ni una sola preocupación en su vida. La mecí de un lado a otro, envidiando y admirando su paz y tranquilidad.

Alcé la mirada hacia Mindy.

—Te agradecería que tuvieras un bebé cada vez que sufra un desengaño amoroso o tenga algún drama de los gordos. Los recién nacidos son una terapia estupenda.

—Tomo nota. —Mindy me observó un momento—. ¿Has sabido algo de Ted?

Negué con la cabeza.

—No. Ni quiero. No tenemos nada de qué hablar. Se acabó para siempre.

—Aun así, hay algo que no me cuadra.

—¿El qué? —pregunté.

—Has dicho que utilizó tu vino, para poder ganar el concurso y obtener reconocimiento, porque entonces las ventas se dispararían.

—Así es.

Mindy inclinó la cabeza a un lado.

—Entonces, ¿cómo demonios va a hacer eso si depende de tu vino para hacer la mezcla para esas ventas? Lo único que tienes que hacer es decirle que no. No tiene forma de conseguir tu vino si no se lo permites. No hay un contrato firmado ni nada.

Asentí con la cabeza, pensándolo.

—Tienes razón. No puede mezclar más vino sin mí, lo que significa que no ganará ni un céntimo con el Bomboncito de las narices, solo esta medalla y ya está. ¡No puedo creer que no haya pensado en eso antes! Ted no es tan inteligente como parece.

Mindy suspiró.

—¿Cuánto has dormido esta noche?

Me encogí de hombros.

—Nada.

—Se nota a la legua, porque tampoco estás entendiendo nada.

—¿De qué hablas?

Mindy se incorporó en la cama.

—Presta atención y escucha bien mis palabras. ¿Por qué iba Ted a intentar ganar un concurso por beneficio económico cuando sabe que la única forma de ganar dinero es si tú aceptas darle más vino?

Abrí la boca y la volví a cerrar.

—Si estuviera intentando engañarte, seguiría necesitando más vino tuyo después del concurso, ¿no? Podrías simplemente decirle que no y su juego se acabaría en ese mismo instante. Lo que me lleva a creer que quizá, solo quizá, no es el estafador que te piensas, y probablemente estés muy equivocada en el caso de Iris contra Ted. No le dejaste que te explicara y le colgaste. Ted es una persona inteligente. No lo hizo para llevarse la gloria y quedarse ahí sin poder vender el vino.

Me quedé helada, pensándolo.

¿Tendría razón Mindy?

De todas formas eso no cambiaba el hecho de que me había mentido y había actuado a mis espaldas para presentar el vino al concurso. Claro que sería distinto si no lo hubiera hecho para aprovecharse de mí y ganar un montón de dinero. ¿Y si la verdadera razón fuese otra que no se me ha ocurrido?

—¿Has comprobado si ha puesto el vino en preventa en su página web? —preguntó Mindy.

No podía creer que tampoco hubiera pensado en eso ni lo hubiera mirado.

Le devolví la niña a Mindy con cuidado, saqué el móvil y me senté en la cama a su lado.

Entré en la página web de Perro Bailón. Lo primero que apareció en la página de inicio fue la imagen principal que mostraba a Bomboncito como el ganador de la medalla de oro de *El Próximo Gran Vino* y las palabras «reserva aquí tu botella». Debajo había un vídeo del programa de televisión.

Le enseñé el móvil a Mindy.

—Sin duda está intentando vender el vino en su página web.

Mindy acarició el bracito de Abigail y dijo:

—Toca la imagen.

Hice lo que me dijo y eché la cabeza hacia atrás al ver lo que salió a continuación.

Fruncí el ceño y dije:

—No tiene sentido. Cuando hago clic en la imagen de su web, mira a dónde me lleva. —Incliné el móvil hacia Mindy—. Va a la tienda de vinos de la página web de *mi* bodega, no de la suya.

—Eso significa que todas las ventas están vinculadas a tu cuenta bancaria —dijo Mindy, sonriendo—. Muy interesante.

El vino ganador de la medalla de plata también aparecía allí para reservarlo.

Empezaba a pensar que había cometido un error garrafal.

Mindy señaló el móvil y dijo:

—Vuelve a su página de inicio y haz clic en el vídeo.

Negué con la cabeza.

—No quiero verlo.

—Dale.

—Vale. —Resoplé, volví a su página de inicio y toqué el vídeo.

Era del programa de televisión, con Antoine Dupont deshaciéndose en elogios sobre lo increíble que era el vino de Ted. Luego, el presentador le dio la bienvenida a Ted al programa.

—Estoy seguro de que a nuestros espectadores les encantaría saber más sobre Ted Jacobs, propietario de Perro Bailón y creador de Bomboncito. Lo tenemos en directo por Zoom desde su bodega de Petaluma, California. Bienvenido al programa, Ted, y enhorabuena.

—Muchas gracias —dijo Ted—. Es un gran honor estar aquí.

—Sale increíblemente guapo en la televisión —dijo Mindy.

Le eché una mirada de las mías para que dejara esos comentarios a un lado.

—Cuéntenos cómo surgió este vino —dijo el presentador—. Me encantaría saber más sobre el proceso de reflexión, a la hora de elaborar la mezcla, y su inspiración para algo tan audaz que pudiera captar la atención de Antoine Dupont.

Ted se rió y respondió:

—No es fácil captar su atención, eso lo sabemos todos. El objetivo era crear algo completamente único y equilibrado sin dejar de deleitar los sentidos, pero sabía que no podría hacerlo solo con mis uvas. Solo conocía a una persona que tuviera las uvas del calibre que yo buscaba, y esa era Iris Dobbs, de la bodega Luna Roja.

—Vaya —dijo el presentador—. No creo que hayamos tenido nunca a una misma persona relacionada con los dos premios principales.

—Eso demuestra lo increíble que es Iris —dijo Ted—. Ahora ya sabe por qué la llamé y le pedí que colaborara conmigo.

—Estoy seguro de que, con la reputación que tienes, ella aceptó la oportunidad sin dudarlo —dijo el presentador.

Ted soltó una risita.

—Me costó un poco convencerla, ya que todo el mundo quiere trabajar con ella, pero sí, aceptó y me dejó pleno control creativo para mezclar lo que yo creía que era algo excepcional. Por suerte, le encantó lo que se me ocurrió y estuvo de acuerdo en que teníamos que embotellarlo. En cuanto a la inspiración para el vino, en realidad, fue Iris.

—Ohhh —dijo Mindy—. Qué tierno.

—Iris es preciosa, tentadora, embriagadora y compleja, igual que el vino ganador —dijo Ted—. Hice esto para demostrarle lo mucho

que me importa de verdad. Bomboncito es como la llamo cariñosamente, así que me pareció apropiado ponerle ese nombre al vino, ya que ella fue la inspiración de todo. Y que no quepa la menor duda: este vino está bajo mi etiqueta de Perro Bailón, pero es una colaboración con Iris Dobbs y su bodega Luna Roja. No podría haberlo hecho sin ella.

El presentador sonrió y dijo:

—Algo me dice que podría haber un bonito romance cociéndose en el horizonte. O quizá «fermentando» sea la palabra más apropiada.

—Esa es mi esperanza, sí. Y sé que va a envejecer bien.

—Por último, ¿tiene Bomboncito algún ingrediente secreto que le gustaría compartir con nuestros espectadores esta noche? —preguntó el presentador.

—Amor —dijo Ted—. El amor es siempre el ingrediente secreto.

—No creo que pudiéramos haber terminado esta entrevista con una nota más dulce —dijo el presentador—. Enhorabuena de nuevo a ambos entonces.

—Muchas gracias por la invitación —dijo Ted—. Y un enorme agradecimiento a Iris Dobbs, que habría estado aquí para celebrarlo conmigo esta noche si no fuera porque su hermana está dando a luz en este mismo momento. Eres la mejor hermana, Iris. —Me lanzó un beso.

El vídeo se detuvo.

Me quedé mirando el móvil.

Luego me tapé la cara con las manos y negué con la cabeza. Lágrimas de emoción, vergüenza y no sé qué más empezaron a brotar de mis ojos de una manera incontrolable.

—Soy una idiota.

—Sabía que algo no cuadraba con lo que me estabas contando de Ted. —Mindy extendió la mano y la posó sobre mi pierna—. Oye, es un chico comprensivo. Pídele perdón y ya está. Dile que estabas aturdida y cansada por lo del bebé y que no escuchaste su testimonio. No lo sabías y asumiste lo peor.

—No es tan sencillo. No sabes todas las cosas horribles que le dije.

—¿Tan grave fue? —preguntó Mindy.

Hice una mueca.

—Peor que eso. O sea, si yo fuera él, nunca me perdonaría.

—Bueno, vale, quizá necesites mucho más que una disculpa. Piensa a lo grande. Arrástrate, suplícale, bésale los pies y luego cúbrelo de regalos y un millón de besos.

—No creo que eso sea suficiente.

—Iris, mírame.

Levanté la vista hacia mi hermana.

—¿Lo quieres? —preguntó Mindy.

—Sí —dije—. Creo que es bastante obvio, considerando el dolor que he sentido.

—Pues demuéstraselo. Tienes que recuperarlo. Estoy segura de que él debe de sentirse tan dolido y tan mal como tú. Vete. Ahora. Ya les diré a mamá y a papá que los verás más tarde. Probablemente nos den el alta dentro de un rato y estaremos en casa pronto.

Lo pensé un momento y luego asentí.

—Tienes razón. —Le di un beso a mi hermana en la mejilla y luego a Abigail en la cabecita—. Vale, deséame suerte.

—¡Buena suerte! —dijo Mindy mientras yo salía volando por la puerta.

Tenía que trazar un plan.

Iba a recuperar a Ted.

La pregunta era ¿cómo iba a hacerlo exactamente?

¿Qué podría decir para que olvidara todas las cosas horribles de las que le había acusado injustamente?

Capítulo Veinticuatro

Ted

—¿Estás enfadado o simplemente de bajón? —me preguntó mi hermano, Alex, mientras se acercaba. —Porque no paras de hacer pucheros y gestos raros con la cara.

Me encontraba sentado en el banco con vistas al valle que hay detrás de La Bodega Perro Bailón, contemplando mi existencia, mis malas decisiones y las hirientes palabras de Iris.

Me encogí de hombros.

—La respuesta es las dos cosas. Tengo un bajón de campeonato y una rabia que muerdo. —Apreté los labios e inflé los mofletes como un pez globo y luego los desinflé.

Alex se rió y se sentó a mi lado en el banco.

—Hace mucho que no te veo con esa cara tan larga que te va a llegar al suelo.

—Gracias. Pues vete acostumbrando. —Lo pensé un momento—. De hecho, es muy probable que también esté apático.

—No te quedes como un pasmarote —dijo la abuela Loretta, apareciendo por el otro lado y uniéndose a nosotros en el banco.

—No te lo voy a negar. —Hice una respiración profunda tomando aire fresco de la mañana, disfrutando de la vista panorámica de las ondulantes tierras de cultivo a lo lejos y del sonido de los pájaros y del río Petaluma al borde de nuestra propiedad.

Agradecí la compañía de mi hermano y mi abuela a ambos lados, pero sospechaba algo.

—Si esta es otra de vuestras supuestas maniobras, podéis ahorraros el aliento —dije.

Alex señaló los edificios del centro histórico de Petaluma.

—En realidad, voy a ir al pueblo y quería saber si necesitas algo. ¿Prozac? ¿Marihuana medicinal? ¿Una caja de tequila?

Bromeaba, por supuesto, pero yo no estaba de humor para reírme.

Me volví hacia él.

—¿Qué tal un trasplante de corazón? Tengo algo roto por dentro.

—Lo siento… —Alex me dio una palmada en la espalda—. Las mujeres, ¿eh?

—Sí. Las mujeres.

—Oye, que yo estoy aquí —dijo la abuela Loretta—. Y ni se te ocurra echarle toda la culpa de este desastre a Iris. Es una buena mujer. Claro que tiene sus cositas, pero todos las tenemos. Lo que de verdad importa es lo que hay en el corazón. Las cosas se arreglarán, ya verás. Seguro que es un malentendido. Tiene que serlo.

Suspiré.

—No lo creo, abuela. Deberías haber oído las cosas tan horribles que me dijo anoche. Lo que más me duele es que creo que de verdad las pensaba. Rozaban la crueldad.

La abuela Loretta le restó importancia con un gesto.

—Es normal atacar a otra persona cuando te sientes herido o traicionado. La gente no suele pensar esas cosas en el acaloramiento del momento y casi siempre se siente culpable después. Tenías la mejor de las intenciones y ella se dará cuenta tarde o temprano. —Tecleó en su teléfono después de recibir una notificación, luego se inclinó hacia delante y miró a mi hermano—. Alex, necesito tu ayuda.

—Sin problema —dijo él.

Los miré a ambos.

—¿Necesitas también mi ayuda?

La abuela Loretta se puso de pie.

—Puedo apañármelas sin ti. Ahora volvemos.

Los dos se dirigieron a la bodega, dejándome de nuevo a solas.

Miré a lo lejos, respirando hondo otra vez.

Para alguien que acababa de ganar el premio más prestigioso de la industria vinícola, me sentía como una auténtica mierda. Con suerte, podría distraerme lo suficiente con el trabajo para no pensar en Iris.

Quizá no fuera tan fácil, ya que había recibido al menos un centenar de llamadas y correos electrónicos de cadenas de televisión y periódicos de todo el país; todos querían entrevistarnos a Iris y a mí. Todavía tenía el vino ganador de la medalla de oro en preventa, en la página web y tendría que hacer algo al respecto pronto.

Unos zapatos crujieron en la grava detrás de mí, y los pasos se acercaron.

Giré el cuello para ver quién era y me quedé helado.

Era Iris.

Llevaba unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta negra que decía: «Hay un 99 % de probabilidades de que esta noche haya vino». Llevaba una gran bolsa de la compra, de esas reutilizables.

Iris se detuvo frente a mí.

—Hola. —Se encogió de hombros.

Me levanté y tragué saliva.

—Hola.

El hecho de que estuviera allí era una buena señal, ¿no?

A menos que hubiera venido a echarme la bronca de nuevo. O a matarme de una vez.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, esperando que no sonara demasiado seco, porque la verdad es que me había sorprendido verla.

—Hay cosas que necesito decirte —contestó Iris. Parecía tranquila.

—Sinceramente…, todavía estoy intentando recuperarme de lo que me dijiste anoche. No estoy seguro de poder soportar mucha más realidad ahora mismo.

—Deja que sea un poco más específica. —Iris dio otro paso hacia mí, sin apartar sus ojos de los míos—. He venido a disculparme.

Capítulo Veinticinco

Iris

Quizá la tarea que tenía entre manos iba a ser más difícil de lo que había previsto, a juzgar por la expresión de Ted, o más bien por la falta de ella. Esperaba algún tipo de señal positiva después de decirle por qué me había presentado en su bodega, pero no conseguía leer nada en sus ojos o su cara.

No debería haberme sorprendido.

Era obvio que lo había herido mucho y que probablemente habría decidido pasar de mí olímpicamente.

Lo único que podía hacer era seguir con el plan que había ensayado y esperar que me perdonara y volviera conmigo.

«Era hora de abrirle mi corazón por completo».

Ted por fin habló:

—Iris…

—Por favor —dije, levantando un dedo—. Déjame empezar a mí.

Asintió.

—De acuerdo…

Dejé la enorme bolsa de la compra encima del banco, dispuesta a hacer lo que fuera necesario para recuperar al hombre que tenía delante.

Miré a Ted a los ojos y dejé escapar un suspiro nervioso.

—Vale. Estoy lista. —Saqué la bolsa de Le Paris de dentro de la bolsa grande—. Te he traído tus dulces favoritos.

—¿Cruasanes de chocolate? —preguntó Ted.

Noté cierto entusiasmo en sus ojos, pero lejos de lo esperado.

Asentí.

—Cuando te disculpas por haber sido rematadamente horrible, es importante traer obsequios apropiados como ofrenda de paz para animar a la persona herida a escuchar.

Confiaba en que eso despertara su interés o que al menos le hiciera sonreír.

Nada.

Miró la bolsa y luego hizo la pregunta más extraña:

—¿La empleada los ha apilado uno encima del otro dentro de la bolsa o los ha puesto de lado, uno junto al otro?

Junté las cejas, confundida, luego abrí la bolsa y miré dentro.

—De lado, uno junto al otro.

—Cuatro cruasánes —murmuró Ted.

—¿Cómo lo sabías?

Se encogió de hombros.

—Mi mente funciona de formas misteriosas. ¿Y me los das porque…?

Le entregué la bolsa.

—Es parte de mi elaborado proceso de disculpa. Pero no pareces muy impresionado, así que pasaré a la siguiente fase.

—Iris…

Levanté la mano.

—No. Necesito hacer esto. —Saqué una camiseta de la bolsa y se la di.

Ted la desdobló y leyó lo que ponía en la parte delantera.

—El amor es como el vino. Mejora con el tiempo.

—Desde luego. Que no se te olvide.

Ted se limitó a observarme, con una expresión aún indescifrable.

Iba a hacérmelo sudar de verdad.

No es que lo culpara.

Mi comportamiento hacia él había sido horrible, y de verdad que debería haber sabido que no tenía que culparlo por intentar darme

exactamente lo que yo quería.

Una medalla de oro.

Ted era más importante que nada, incluida esa medalla.

Arrastrarme no estaba descartado, pero eso sería un plan B, o C.

Saqué el táper de la bolsa de la compra y le quité la tapa.

—Cerezas, fresas, higos, almendras y guindillas.

Sus cejas se dispararon, casi tocando la línea del pelo, seguido de una lenta y sexi sonrisa.

Había señales de vida. No estaba todo perdido.

Un verdadero atisbo de esperanza.

—Afrodisíacos, ¿eh? —dijo—. Muy interesante.

—No es que los necesite contigo —solté—. Es solo un seguro, como tú dices.

Me miró a la boca.

«Por fin».

Estaba entrando en razón.

De repente Ted se puso serio.

—¿Has terminado ya?

—No del todo. —Negué con la cabeza—. Es hora del gran final.

Saqué el móvil del bolso y le envié un mensaje a Loretta para hacerle saber que estaba lista para la última fase de la misión: recuperar a Ted.

Treinta segundos después, Loretta salió de la casa con la sorpresa.

Ted entrecerró los ojos para verla mejor.

—¿Qué lleva mi abuela? —Volvió a mirarme.

—Un cachorro —dije.

—¿Un cachorro?

—Tu cachorro. Se llama Corcho.

La boca de Ted se abrió de par en par, y luego su mirada se disparó de nuevo hacia Loretta y Corcho.

—¿Mi cachorro?

Así, sin más, Ted volvió a la vida.

Era como si acabara de tomarse tres cafés solos de un solo trago.

Observó con expectación cómo Loretta se acercaba.

«Otra muy buena señal».

La mirada de Ted oscilaba de un lado a otro entre el cachorro de pastor australiano y yo.

—¿Me estás regalando un cachorro?

Asentí, sonriendo.

Loretta dejó a Corcho en el suelo y lo orientó hacia nosotros.

Di tres palmadas y grité:

—¡Ven aquí, Corcho! ¡Ven, chico listo!

Como si el perro se activara por la voz, Corcho corrió inmediatamente en nuestra dirección, dando saltitos mientras corría, con las orejas agitándose arriba y abajo, apenas capaz de controlar su cuerpo.

Sorprendentemente, en lugar de venir hacia mí, se fue directo hacia Ted, con su rabito meneándose a mil por hora, como mi corazón.

Ted se puso en cuclillas y cogió a Corcho en brazos, luego le rascó la cabeza.

—Pero qué guapo eres. —Corcho levantó la vista y le lamió la barbilla a Ted.

Ted se rió sin apartar los ojos del perro.

Pasó los dedos por su pelaje negro, blanco y cobre.

—Eres increíble.

Corcho se tiró al suelo patas arriba, haciéndole saber a Ted que le gustaría que le rascara la barriga.

Ted se reía como un niño, mientras le rascaba la barriga a Corcho.

—Ah, ¿te gusta eso, eh? Bueno, pues estaré encantado de seguir haciéndolo todo el tiempo que quieras.

Mi corazón se derritió, solo de ver la alegría en la cara de Ted.

Se merecía esto después de lo que había pasado con la bruja de su exmujer.

No es que yo fuera mucho mejor después de cómo lo había tratado anoche, pero al menos no lo hice a propósito. Fue el resultado de mi estupidez y mi ignorancia.

Ted me hizo un gesto para que me acercara, con aspecto emocionado.

—Ven conmigo.

Me puse en cuclillas a su lado, hombro con hombro, y añadí una segunda mano a las caricias en la barriga de Corcho.

Ted me cogió la mano libre y me la apretó.

—Gracias por mi cachorro.

—De nada —dije—. Y está registrado a tu nombre, por si no quieres volver a verme nunca más. Es solo tuyo.

Me miró y dijo:

—No digas tonterías.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante.

Lo único que quería hacer era abrazar y besar a Ted y no soltarlo nunca.

Pero primero, necesitaba hacerle saber cómo me sentía.

—Lo siento mucho, Ted. —Me sequé los ojos—. No quería decir lo que dije anoche. Por favor, perdóname. No había escuchado lo que dijiste hasta hoy.

—El que lo siente soy yo. —Se inclinó más, apoyando su frente contra la mía—. Lo único que quería era hacerte feliz y sorprenderte, pero lo fastidié a lo grande. Sabía lo traumatizada que te dejó tu ex, y en esa décima de segundo, lo olvidé porque estaba deseando complacerte. —Me apretó la mano—. Somos un equipo y tenemos que permanecer unidos.

Sorbí varias veces por la nariz.

—¿Estamos bien entonces? ¿Me perdonas?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Ted—. Me tenías en tus manos desde los cruasanes de chocolate.

Me reía mientras un chorro de lágrimas resbalaban por mi cara.

—Te quiero —dije.

Ted me miró como si le estuviera hablando en chino.

Se quedó con la boca abierta. Paralizado.

Tragó saliva.

Dos veces.

Yo volví a sorber por la nariz.

—¿Me has oído?

Ted asintió, una sonrisa se dibujó finalmente en su rostro.

—Alto y claro. Solo estoy saboreando tus palabras. Dilo otra vez.

Sonreí.

—Te quiero.

Ted me acarició la mejilla, sin apartar sus ojos de los míos.

Corcho pareció intuir que sus caricias debían esperar, y saltó, corriendo hacia Loretta.

—Yo también te quiero, Bomboncito.

Me acercó a él y me fundí en sus brazos.

Entonces me besó.

—¡Yuju! —gritó Loretta desde atrás—. ¿Significa eso que al final va a haber boda?

Me reí contra la boca de Ted.

—¿Qué vamos a hacer con nuestras abuelas? —pregunté.

Ted se encogió de hombros y dijo:

—Parece que nos ha tocado ceder. No estaríamos juntos si no fuera por nuestras abuelas, así que supongo que se lo debemos.

Hundí mis dedos suavemente en el pelo de Ted.

—¿Y qué sugieres que les demos como regalo de agradecimiento?

—Ya puestos, que sea una boda. —Me guiñó un ojo y me besó de nuevo.



Muchas gracias por leer *Vino a Molestar*. ¿Quieres más diversión? Sigue a Rich en Instagram (instagram.com/rich.a.secas) y Amazon para saber cuándo sale su próximo libro en español. También visítalo en richamooi.com/espanol o escríbele directamente a rich@richamooi.com. ¡Promete risas y finales felices!

Agradecimientos

Querido lector:

Espero que hayas disfrutado de *Vino a Molestar*. Me he divertido muchísimo escribiendo este libro, sobre todo las escenas con las abuelas entrometidas.

Publicar un libro requiere el trabajo de unas cuantas personas, así que quiero darles un enorme GRACIAS a todos los que me han ayudado.

Primero, gracias a mi maravilloso ángel, mi esposa, Silvi Martín, la primera persona en leer cada uno de mis libros, ayudándome con su edición a pulirlo y mejorarlo. La verdad es que nunca podré agradecerle lo suficiente todo lo que hace. Es increíble de mil maneras distintas. ¡TE QUIERO MUCHÍSIMO, ÁNGEL MÍO!

También, muchas gracias a Ana Pérez Llorens y Óscar López Martín, por revisar el manuscrito y encontrar sutilezas que le han dado el acabado perfecto.

Gracias a Maché y a Chris Indelicato, de la bodega Black Stallion y Vinos Delicato, por responder a mis innumerables preguntas sobre la industria del vino. Maché me ha ayudado mucho con sus comentarios sobre mis libros anteriores, así que no pude resistirme a convertirla en un personaje de la historia. Sí, la bodega Black Stallion es un lugar real en Napa, California. Podéis echarle un vistazo aquí:
https://www.blackstallionwinery.com

Gracias a Ray Schnorr y Jeannine O'Brien, de Highland Valley Vineyards en Escondido, por vuestra amabilidad y ayuda. www.HighlandValleyVineyards.com

A mis maravillosos lectores: vuestro apoyo significa mucho para mí. Gracias por compartir mis libros con otras personas y por vuestros interesantes correos electrónicos (rich@richamooi.com), comentarios e interacciones en Instagram. Gracias por vuestras valoraciones en Amazon, que ayudan a que mis libros sean más visibles a otras personas. ¡Vuestro entusiasmo alimenta mi pasión y me inspira a escribir más rápido!

Este libro es un trabajo hecho con amor, y ha sido posible gracias a cada uno de vosotros. Desde el fondo de mi corazón, gracias por formar parte de este viaje.

Un abrazo desde San Diego, California.

Rich

Acerca del autor



Rich Amooi es un aclamado autor de comedias románticas y ganador del premio Taleflick Discovery y de tres Medallas de Oro del concurso anual Readers' Favorite.

Antes de sumergirse en el mundo literario y dedicar todo su tiempo a escribir, Rich era locutor de radio en Silicon Valley. Pronto dejará California, donde nació y ha vivido toda su vida, para mudarse a España, país de origen de su esposa, el amor de su vida, una princesa andaluza que es su musa y mejor amiga.

Rich es un entusiasta de disfrutar la vida a tope, aprovechando al máximo cada día, y viviendo en el presente. Cree en las posibilidades infinitas, los churros, el poder de la gratitud y de la risa.

Sigue a Rich en Instagram (instagram.com/rich.a.secas) y Amazon para saber cuándo sale su próximo libro en español. ¡Promete risas y finales felices! También visítalo en www.richamooi.com/espanol o escríbele directamente a rich@richamooi.com.